

Z/ 13135 : 15,740 (1926)

FRAY MOCHO



"Juanita"

N.º 740

29.6.1926.



Clara Windsor

BELLE-
ZAS DE
CINE



Clara Adams



FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 29 de junio de 1926

N.º 740

DEL MOMENTO, por Rojas





EL CONSORTE

Por Marcelo Peyret

Se abrazaron efusivamente. Habían sido tan amigos, tan íntimos, habíanse querido tanto, que no podían, después de diez años de ausencia, volverse a encontrar sin que experimentasen una gran alegría.

—Recién, mientras pagabas el "taxi" y bajabas de tu lujoso automóvil, casi no te conocí. Y no es que hayas cambiado, sino que no podía creer en un cambio tan radical de fortuna. Eres rico, César...

—Sí...; es decir... ya te explicaré.

—¿Cuánto me alegro! Yo, en cambio, continúo pobre. Administré una estancia de Manengo Fernández, en el Azul. Vengo poco a Buenos Aires. Por eso no nos hemos visto. Estoy hecho un verdadero campesino. Cuando bajo a la ciudad, es sólo en épocas de exposiciones rurales. Ahora me volvía a la estancia. Y tú, ¿qué hacías en la estación?

—Iba también a una estancia.

—¿Tuya?

—O de mi mujer, que es lo mismo. Pero aun falta mucho para el tren. ¿Quieres que tomemos algo en la confitería mientras charlamos?

—Encantado. Son las diez y nueve y media y tenemos tiempo hasta las veinte.

Ambos amigos se dirigieron al bar de la estación. Sentáronse ante una de las mesitas, y luego de pedir café, reanudaron la conversación.

—¿Tantas cosas tenían que contar-se después de diez años de separación?

César Bulnes y Jacinto Calderón habían sido compañeros inseparables en el colegio, y cuando ambos tuvieron que abandonarlo por exigencias de la lucha por la vida, se emplearon en la misma casa de comercio, viviendo en la misma pensión. Eran las épocas duras, en las que el sueldo apenas alcanzaba para cubrir las necesidades más apremiantes. Fué entonces cuando Calderón, buscando otros horizontes, se despidió de su amigo y fué a buscar fortuna a un pueblo de la provincia.

—¿Recuerdas cuántas ilusiones me había hecho con aquellas cartas de recomendación para el caudillo del pueblo? Creí que, según promesas, iba a nombrarme su secretario. De allí a fuerza de tesón y trabajo, iba a labrarme un porvenir en la política. Nunca llegué a otra cosa que a escribiente de policía, yo, que soñaba con diputaciones, ministerios y quién sabe... En fin; después de varios años de luchar en vano, acepté un puesto de segundo mayordomo en una estancia. Ahora he ascendido a administrador, y toda mi ambición se ha reducido a esperar que se me habilite. Pero, háblame de tí.

César Bulnes encendió un cigarrillo y comenzó su relato.

La suerte se le había presentado de improviso, después de bregar inútilmente en su busca y cuando ya había renunciado a ella.

Un incidente callejero, en que le tocó actuar obligado por las circunstancias, lo puso en contacto con una encantadora mujercita, de quien se enamoró con una intensidad sólo comparable al cariño que a su vez supo inspirarle. Pero existía un gran obstáculo. Ella era rica, muy rica, y él pobre, muy pobre.

—Mi delicadeza me ordenaba retirarme... ¡Pero la quería tanto! Fué ella, mi Carmen, la que allanó todos los obstáculos. Me dijo que era una tontería hacer hincapié en una ridícula cuestión económica y

que mi resistencia era sólo hija de mi desamor.

Yo la quería mucho, mucho, y... me casé con ella. Pero no fué sin antes establecer mis condiciones. Yo había logrado, merced a la influencia de unos parientes de mi novia, un empleo bien rentado, y exigí a Carmen que se contentase con vivir modestamente, conforme a mis recursos. Sin obligarla a renunciar a su fortuna, ni un centavo de ella debía venir a aumentar el presupuesto de nuestra casa. Que se comprara ella vestidos, alhajas, o que regalara sus rentas, poco me importaba, pero yo no viviría de ellas. Nos casamos...

Sí, se habían casado. El continuaba yendo a su empleo y habiéndose una modesta casa. Se había resistido a ir a vivir a un palacete que les regalara la madre de ella, hasta que un año después en ocasión de habersele pedido la casa

dinero. Una vez fué un mueble, otra un cuadro, luego un automóvil. César no usó el lujoso vehículo en los primeros tiempos.

—Eres malo conmigo. Me consideras como a una extraña. Tú no tendrás reparos en ir en el "auto" de un amigo, de un conocido cualquiera...; pero a mí, a mí que soy tu esposa, tu compañera, tu amiga, a mí me colocas en una situación de inferioridad; se diría que desprecias lo que es mío, nada más que porque es mío...

César, por complacerla, utilizó el "auto" algunas veces. Luego se acostumbró a salir en él siempre, y cuando Carmen compró otro, él siguió usando el primitivo, que ahora era para él solo.

Y así, poco a poco, fueron quebrándose sus resistencias. Fumaba unos soberbios cigarros habanos, de los que siempre había en el escritorio. En las comidas, adereza-

men anduviera siempre sola. Era menester acompañarla en sus deberes sociales, acudir al teatro, a recibos, saraos, cumplir con los invitados... Sí, era imposible pretender tener tiempo para un empleo.

Tres años después de su matrimonio, César se había olvidado de sus escrúpulos. Frecuentaba las playas de moda, había hecho un viaje a Europa, adaptándose por completo a su nueva vida.

—Hace siete años que somos casados. Carmen es una encantadora mujercita, en quien, una vez pasados los primeros entusiasmos, he encontrado una compañera incomparable. Buena, cariñosa y bella, nada le falta para ser querida como la quiero yo.

Calderón escuchaba a su amigo en silencio, sintiendo una secreta envidia por su suerte.

—Te felicito. Ojalá yo pudiera haber hecho otro tanto.

Habían vuelto a pedir café y licores.

César extrajo de entre sus ropas una magnífica cigarrera, en la que centellaba un záfiro de purísimas aguas y, abriéndola, ofreció un puro a su amigo. Una vez que cada uno encendió su cigarro, César miró la hora.

—Las veinte ya. El tren ha de estar por partir.

Apresuradamente pagó la consumación, y abandonaron la confitería.

Corrieron hacia el andén por donde debía partir el convoy para Azul pero ya era tarde. Alcanzaron a ver el tren que salía de la estación.

Luego de mirarse un instante en silencio, ambos rieron.

—¿Caramba! Hasta mañana no sale otro.

—Pues bien, no hay más remedio que conformarse. Nos iremos juntos mañana. Ahora vamos a cenar. Mi señora ha ido a casa de mi suegra, con quien irá después al teatro, así que no es necesario que la avise. Cuando vuelva me hallará en la cama y tendrá una grata sorpresa. Si quieres acompañarme a cenar, iremos a algún "restaurant".

Calderón aceptó. Dejaron las valijas en depósito y, tomados del brazo, salieron de la estación.

Concluida la cena, Calderón propuso:

—¿Vamos a dar una vuelta?

—No; mañana el tren sale temprano. A las ocho.

—¿Y llamas temprano a eso? Cómo se ve que eres rico.

—Sí, estoy mal acostumbrado. Nunca me levanto antes de las diez. Por otra parte, deseo que Carmen me encuentre en casa cuando vuelva.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana.

César llamó un "taxi" y se hizo conducir a su casa. Sentíase contento. La conversación tenida con Calderón había hecho rememorar sus épocas de pobreza, en las que su amigo aun estaba obligado a luchar. Tendría que levantarse temprano, lidiar con los peones, trabajar rudamente, de sol a sol, para poder vivir, sujeto al malhumor o al capricho de su patrón. En cambio él... Aspiró con fruición el humo de su cigarro. No quería pensar en la vida que le hubiera esperado, a no depararle la suerte a su mujercita. ¡Con cuánta gratitud pensaba en ella! Jamás había habido un rozamiento entre ellos; ja-

Canción de los días serenos

Tenemos el corazón
abierto como una rosa
y liba en él, mariposa
de juventud, la ilusión.

En los labios musicales
canción y beso han nacido
juntos, al calor del nido
de los ensueños cordiales.

Los ojos, a toda forma
dan su dulzura, y en torno
armonizan el contorno
con la visión de su norma.

Y vemos crecer el día
como un árbol a la vera
de un amor de primavera
que canta, espera y confía.

(Y van las horas fatales
hilando la eternidad
con esta fugacidad
de nuestras vidas mortales.

Mas nada en redor advierte
la inevitable presencia:
tal es la ilusoria ausencia
del dolor y de la muerte...)

Miramos crecer el día
como un árbol absoluto
de cuyo inminente fruto
se nutre la fantasía.

El sol renueva las rosas
con su oro matinal,
y da su amor sustancial
a las almas y a las cosas...

¡Inefable beatitud
la de estar sano y ser bueno
y adormecerse en tu seno,
pasajera juventud!

Serenidad, honda fuente;
en tu espejo cristalino
muéstrame casi divino:
silencioso y transparente.

Rafael Alberto Arrieta.

que ocupaban y no encontrando otra, se resolvió a ir a habitar en el palacete.

Carmen había insistido mucho, argumentando que era un regalo hecho a los dos.

César entregaba todos los meses a su esposa determinada suma de dinero para los gastos del hogar. Cuando se mudaron, quiso aumentar la asignación, privándose él de su dinero de bolsillo, pero Carmen se opuso terminantemente. Ella era una mujer económica, hábil en el manejo de la casa, y bastábale con la suma primitiva. César accedió una vez más, sabiendo que así daba un gran placer a su esposa, y ahogando sus fundadas sospechas de que no era sólo su dinero el que mantenía al hogar.

Después, poco a poco, a medida que Carmen tenía un capricho, él toleraba que lo satisficiera con su

das por un "chef" cuyo sueldo él no se animó nunca a preguntar, tomaba vinos de marca, porque era ridículo que Carmen tuviese su botella y él la suya.

Se hizo cargo de la administración de los bienes, sin que Carmen jamás permitiera una rendición de cuentas, y cuando, por un motivo fútil, tuvo un altercado con el jefe de su oficina, su esposa le aconsejó que renunciara.

—Buscarás otro empleo. Con nuestras relaciones te será fácil.

Y César renunció a su empleo, sin apresurarse a buscar otro. Es verdad que la administración de los bienes de su esposa le llevaba casi todo el tiempo. Era necesario inspeccionar las estancias, atender un escritorio con varios empleados, tratar con inquilinos, vigilar los negocios y cien cosas más. Por otra parte, no podía permitir que Car-

más se sintió humillado por ella, que con un tacto y una delicadeza exquisitos le había convencido de que él era el dueño, el patrón, el señor. Cuando él quería informarla de sus asuntos, Carmen se lo impedía.

—Eso es asunto tuyo. ¿Qué entiendo yo de eso?

Y en verdad, César concluyó por habituarse a su condición de amo.

El "auto" se detuvo ante una mansión señorial. Bajó, y pagando al "chauffeur", lo despidió.

Las puertas de su casa se hallaban cerradas. La servidumbre dormía sin duda. Era ya casi media noche.

Introdujo su llavín en la cerradura y la abrió. Penetró en el amplio vestíbulo y luego en el "hall", donde se despojó de su abrigo y su sombrero.

—Si los dejo aquí, los verá al llegar, y adiós sorpresa—pensó.

Escondiólos, pues, tras un mueble.

Los dormitorios se hallaban en la planta alta, y se dirigió allí por la alfombrada escalera, donde se apagaba el ruido de los pasos.

Cuando llegó arriba, le llamó la atención que hubiera luz en el dormitorio de su esposa.

—La criada—pensó,—que está enterándose de lo que no le importa.

Decidido a sorprenderla, caminó de puntillas. Una risa sofocada, cuyo metal reconoció en seguida, lo hizo detener.

—Es Carmen. ¿Qué le habrá pasado que no ha salido?

Inquieto, se acercó más. Y percibió un cuchicheo, en el que se mezclaba la voz de su esposa con otra, ronca, de hombre.

Muy pálido, anhelante, continuó avanzando. Sí, no había duda. Carmen no estaba sola.

Temblando de emoción, con la respiración entrecortada, se inclinó y aproximó el ojo al agujero de la cerradura. Lo que vio fue horrible.

Carmen, su Carmen; su buena, su santa mujercita, en quien había depositado una ilimitada confianza... Pero no, no era posible; era una ilusión de sus sentidos, un resultado de haber bebido quizá demasiado. Volvió a mirar.

Sí, allí estaba con ella un hombre desconocido, de hercúleas proporciones, que la besaba en la boca, en la nuca; mientras ella reía levemente, nerviosamente.

Una nube roja le obscureció la vista.

—¡Canallas!

Iba a arrojarle contra la puerta cerrada, mas, súbitamente, lo detuvo una consideración de hombre sensato: era su espíritu de hombre tranquilo, de burócrata, de empleado de casa de comercio, habituado a reprimir todos sus impulsos, a ocultar sus impaciencias, sus cóleras, sus rebeliones, el que lo trajo a la realidad. ¿Qué iba a hacer? ¿Arrojarse sobre aquel gigante, él, un hombre casi débil, y pretender golpearlo? Los resultados eran de preverse. Tras de vejado sería humillado delante de ella, de la ramera, de la hipócrita, de la ruin, la falsa... ¡No, eso nunca!

Se palpó los vestidos. No llevaba armas. Entonces, de puntillas, comenzó a desandar el camino.

En uno de los cajones de su escritorio, en la planta baja, guardaba un revólver. Fue a buscarlo.

Revisó su carga. No tenía cápsulas.

Recordó que guardaba una porción de ellas en otro de los cajones. Buscó la llave, lo abrió y encontró las balas. Sacó cinco de la caja y púsolas en el tambor del arma.

Todo esto lo hizo calmamente, mecánicamente, mientras en su cerebro las ideas iban poniéndose en orden.

¿Qué iba a hacer? Matar... Indudablemente, matar; no le quedaba otro remedio. Sólo así podría borrar en parte lo ridículo de su situación.

¿Borrar?... No, borrar no; acentuarla. Ahora nadie la conocía. Carmen era de una hipocresía increíble y no había dejado traslucir su falta. En cambio, ahora vendría el escándalo, el bochorno... Su situación de millonario consorte, envidiada por muchos, pondríase de actualidad, sería comentada. Sus ene-

Aun en el caso de que el escándalo no trascendiera, tendría como forzosa consecuencia el divorcio o, por lo menos, la separación. Pensó en cuál sería su vida. No podría ir a golpear a las puertas de las casas amigas, ya que todas sus relaciones las tenía por intermedio de su mujer, y en un caso de tener que decidirse por uno o por otro, no lo harían por él, pobre hombre que nada poseía, ni fortuna, ni apellido, ni ningún talento especial capaz de darle valores propios, y el que, a pesar de los años transcurridos y de la simpatía que había sabido captarse, era considerado como un intruso, sino por su esposa, cuyos millones y cuya alcurnia serían bastante motivo para que todo se le perdonara. César parecía escuchar ya los comentarios inevitables.

—¡Pobre muchacha! ¿Qué iba a hacer, en manos de un aventurero? Si, él tendría que volver a su vida primitiva. Conseguiría algún puesto en una casa de comercio o

torcería el rostro, fingiendo no haber reparado en él. Muchos lo dejarían pasar. Otros, los más crueles, lo llamarían.

—¡Eh, César!... ¿Qué tal?... ¿Qué haces ahora? ¿En qué te ocupas? ¿Por qué no se te ve ya en el club?

Y se lodirían con una sonrisita de burla, felices de poder humillarlo.

Era un porvenir poco grato el que le esperaba, ahora que él se había acostumbrado a los sibaritismos del lujo.

¡Renunciar a todo! ¡Qué duro le parecía eso!

¡Oh! ¡Si él hubiera sido menos honrado y del dinero de su mujer hubiese reservado una parte! Pero no; la confianza depositada en él por Carmen había sido correspondida por una absoluta honestidad. César dudaba en la elección de su conducta. ¿Qué hacer?

Ya estaba resuelto a no volver arriba. ¿Para qué? Siempre tendría tiempo.

Lo mejor era retirarse y reflexionar.

Sigilosamente tomó, de donde los había ocultado, su abrigo y sombrero, y sin hacer ruido, temiendo se le oyese, se dirigió al vestíbulo, abrió con cuidado la puerta de calle, salió, y volvió a cerrarla con su llavín.

Luego se alejó velozmente y llamó un "taxi".

Se hizo conducir a un hotel. Bebió un par de copas de licor y se acostó. No tardó en dormir.

A la mañana siguiente, cuando el camarero lo despertó, levantóse prestamente y se dirigió a la estación.

Lo esperaba Calderón.

—Apresúrate, que ya sale el tren.

Lo alcanzaron.

En camino hablaron de mil diversos temas.

Sin embargo, César Bulnes hallábase preocupado con una idea fija.

—¿Qué te pasa?

—Nada... Una jaqueca.

Pensaba en la actitud que adoptaría a su vuelta. Aun no había resuelto nada.

Y tres días después, a su regreso, aun seguía sin resolver nada.

Cuando Carmen, avisada por un telegrama, lo fue a buscar en la estación y lo besó, él sintió un pequeño escalofrío.

—Ya veré después lo que hago—pensó.

Subieron al "auto", al magnífico "auto" de lujosa carrocería.

—A casa—dijo ella.

Y cuando el "auto" arrancó, agregó:

—¿Cuánto te he extrañado estos tres días!

El hizo una mueca que no pudo ser sonrisa.

—¿Qué te pasa? —inquirió entonces ella. —¿Te sientes mal?

—No; es el cansancio del viaje.

Lo enlazó con sus brazos.

—Pobre mi César. Ahora descansarás y todo pasará.

Le acariciaba la frente.

—Todo pasará.

El contestó entonces como un sonámbulo:

—Sí, todo pasará.

Y dejó que ella continuara acariciándolo...

TU BOCA

Yo hacía una divina labor, sobre la roca
creciente del orgullo. De la vida lejana,
algún pétalo vívido me volvió en la mañana,
algún beso en la noche. Tenaz como una loca,
seguí mi divina labor sobre la roca,

Cuando tu voz que funde como sacra campana

en la nota celeste la vibración humana,
tendió su lazo de oro al borde de tu boca;

—Maravilloso nido del vértigo, tu boca!

Dos pétalos de rosa abrochando un abismo...

Labor, labor de gloria, dolorosa y liviana;

¡Tela donde mi espíritu se fué tramando él mismo!

Tú quedas en la testa soberbia de la roca,

y yo caigo sin fin en el sangriento abismo!

DELMIRA AGUSTINI.

migos hallarían razón a su mujer. Total era ella la que mantenía el hogar y a ese zángano... El no era más que un empleado, un marido a sueldo, a quien le quedaban mal esas actitudes, que no condecían con su conducta anterior.

César albergaba ahora más vergüenza que ira.

Sí; allí él era un intruso, un extraño, cuyo único motivo de la permanencia era el amor de Carmen... o la voluntad de Carmen. No tenía ni el derecho de arrojarla de su casa, de esa casa que era de ella.

¡Ah! ¡Pero no! El no podía permitir que allí, en su propio hogar, casi delante de él...

Salió del escritorio y cruzó el "hall".

Se detuvo ante la escalera.

Era un disparate el que iba a hacer. No era necesario apresurar las cosas. Antes lo reflexionaría. No debía proceder como un adolescente, como un alocado. Su caso era particularísimo.

Volvió al escritorio y, apagando la luz, sentóse en una de las mullidas butacas. Casi con tranquilidad analizó su situación.

en alguna oficina pública, y reanudaría la existencia que su casamiento dejó truncada.

Pero ahora hacíasele cuesta arriba el someterse a una vida así. Tener que renunciar a su palacio, a su automóvil, a sus cigarros, a las buenas comidas, al club, a los amigos, a la consideración general, y volver a ser el César Bulnes, oficinista pobre y oscuro, a quien los superiores se complacerían en gritar bien fuerte, para gozar del sádico placer de mandar a un ex millonario.

Debía renunciar a todo.

Volvería a vivir en una modesta casa de pensión, ahorrando sobre su sueldo para poder comprar dos trajes por año, procurando de no mudarse muy a menudo la ropa interior para no abultar la cuenta de la lavandera. Levantaríase temprano, apenas si tendría tiempo para almorzar, y volvería corriendo al empleo. Los domingos, cansado, vencido, iría a ver una sección a un "cine" barato.

Por otra parte, tendría que ocultarse de sus conocidos y amigos de la opulencia. Cuando viera a uno,



El piano es un sepulcro y el violín reza a su lado.

El piano de basio negro, rico y macizo, vestido de reflejos, me ha impresionado siempre en la soledad llena de almas que desean su revelación, cuando, aislado en el silencio que precede al concierto, yace cual bloque de noche coagulado, y cabrillea en sus flancos, como en las ondas de un río o en la tristeza de una rada, los destellos fugaces de las luces.

La tapa está levantada; y si me inclino sobre ella no verá la forma grácil, en sus cintas desbordadas, de alguna Leukyone gentil exhumada de una cripta de Antinoo, sino unos hilos de oro entrecruzados, trampa deliciosa y temible de la beldad sorprendida en sueños, como las redes que echó Vulcano, en su resentimiento sutil, sobre Venus culpable. Mas la melodía descansa invisible, ángel o deidad voluptuosa, y bajo el emparrado de cuerdas no oigo el gorjeo de la pajarera, ni distingo los pájaros.

Pláceme suponer en este cofre la sombra de las imágenes de vida y de muerte que conoceré pronto, cuando su vuelo vibrará en la luz. Todas las existencias

El piano y el violín

Por Camilo Mauclair

posibles se ocultan en esa caja de Pandora. Pájaros, diosas, muertas, todo está ahí dentro, y también mi dolor y mi goce, mi exaltación y mis sollozos.

El piano es un sepulcro pagano. Pero el violín es un instrumento religioso. El piano encierra imágenes, pero el violín las hace cantar. El piano es un regío estuche de joyas, pero sólo el violín las hace brillar. El piano es la caja de Pandora, pero el violín es Pandora misma que habla y se asusta de los dolores presentes que dió.

Cuando la mujer ceremoniosa y adornada para el rito avanza lentamente con crujidos de seda y se sienta ante el sepulcro como Electra, apoyado el pie en la lira oscura de los pedales, pálida y pensativa, me place verla reflejada por el barniz del ébano, como una pintura de Whistler; e inclina hacia el fantasma sus

manos, que, al reflejarse, se tienden hacia manos verdaderas como si las atizaran desde lo fondo de la sombra. Entonces comienza la caricia rítmica y la evocación de la magia blanca y negra, y poco a poco nacen las imágenes y el ángel de la sonoridad despliega sus alas y sale del sepulcro abierto.

Pero el piano no sabe llorar. Sus notas reiteradas no duran jamás lo que un sollozo. Las manos activas de la mujer tocan rápidamente la multitud que se hacina en el resalto de ébano: el violín intercede por ella y pide gracia para todas esas almas. El piano las convoca, y el violín implora por ellas.

Admiro la majestad del hombre en pie y arqueado, también el ritual, y el sudor de su frente, y su rostro en la oscuridad, y el balanceo ebrio de todo su cuerpo delgado y negro, mien-

tras parece escuchar al instrumento y hablarle en voz baja estrechándole y su mano derecha conjura o exalta armada con la varilla de fuego. El piano es horizontal y dice de cosas de la tierra. Pero el violinista se dirige todo él al cielo, y es el tronco oscuro del cual se lanzarán e irradiarán por lo infinito las ramas luminosas de la música.

Sugíreme siempre el piano un paisaje enorme, poblado de figuras chiquitas, a la manera de Poussin, y el drama secundario del hombre perdido en el gran drama elemental; pero es un fresco decorativo, un impresionismo de toques sonoros yuxtapuestos, que reconstituyen una armonía por disociaciones constantes, una pintura, en suma. Mientras que sólo el violín es una voz, y el sonido mismo de ese paisaje del piano, su lamento o su éxtasis. La música del piano es indirectamente musical, todavía tiene algo del dibujo o la escritura. Pero el arco del violín toca directamente un alma, y las cuerdas del violín están tensas en nosotros.

El piano es un sarcófago vasto y antiguo, pero el violín duerme en un ataúd pequeño, parecido a los nuestros.

—Buenas noches, prenda. ¡Qué tarde has acabao el servicio! ¿O lo has hecho pa no sentir mi sonata?

—¡Qué esperanza! Ya sabe que estoy desilando que traguen pronto los patrones pa venirme a la puerta. Yo no tengo dos caras, ¿sabe?

—Eso lo que te faltaba. Vos que sos media cara ancha y un poquito barrigona, algo levantada de pechuga,—y perdoná la espresión, que tuviera dos caras, cuando con una sola has puesto tísicos a cuatro vigilantes del tersio nocherero.

—No es pa tanto.

—¿Qué no es pa tanto? Cuando yo te conocí, te andaba filando el cabo López que lo desbancó al agente Nuñez, el que lo suplantó al sargento Cabrera, y dispensáme que lo saque de lista al chino Suarez por fiero, que fué de los primeros que hicieron centinela en tu garita.

—Déjese de historia antigua, como dise el patrón. ¿A qué me viene con esa música destemplada? He salido porque le prometí salir, y yo soy como la luna, no tengo más que una cara; pero, si me va a refregar a cada rato lo pasao, en ves de pintarme el porvenir, avise pa quedarme en el nido. ¿Qué necesidad tiene de hurgar las senilas de otros fuegos, pa hacerme estornudar? ¿Por qué me empieza a pinchar el pensamiento dormido? ¿No sabe que es malo escupir pa arriba?

—¡Perdone niña, no craiba! Es que yo soy medio Longine pa la esatitú, y me gusta que el otro minuterero que camina conmigo por la esfera e la vida, no se atrase en la corrida. Yo he tomao el amor como una especie de alimento. Lo mismo que preciso el bullón pa sustentar la barriga, el aire pa los pulmones, la lus pa la vista, y la música pal

PAGINAS OLVIDADAS VEREMOS DIJO UN CIEGO

Por Nemesio Trejo

óido, necesito el amor pa alimentar el alma. Soy como esas plantitas de rosa que se emborrachan con luz y aire y cuanto más se hartan de sol y de luna, viven rechonchas y coloraditas como genovesa de quince años.

—Es más mentiroso que un sastre.

—¡Mentiroso! Es que soy de una sola piesa como palo e barco. Vos estás acostumbrada a que te cuenten con los dedos y yo te hago números con lápiz. A mí no me vas a sentir pensar mal, porque pa hablar paresco agrimensor, cada palabra la mido y por más que me veas encogermelo como la sensitiva cuando la tocan, soy lial como cusco casero y no falso como cara e turca.

—Casi todos dicen lo mismo, porque no hay quien se rasque pa fuera.

—Aistá el engaño; que yo no me

paresco a nadie. Soy como madera verde, por más que me sepillés no me vas a sacar viruta. A mí se me mete una pasión entre el pecho y se priende como la víbora, que pa sacarla, hay que arrancar el pedaso. Vos te me empestastes a escurrir por los alrededores del corazón y cuando acordé, te habías metido adentro. ¡Cómo iba a sentir dolores si te refalás tan suave! Es claro, sos como el estileto, herís pero no sacás sangre.

—Yo soy de la misma pasta que usté, me paresco al terciopelo, hay que cepillarme pa un solo lao, sino se me paran los pelos. Yo pego la ojeda a un cariño y vivo con la ilusión como el que juega a la lotería. Usté ha injertao su pasión en mis amores, y cuando me duermo sueño como chico con fiebre, porque me parece que nos hemos entendido; pero no juegue con la

pólvora, que ya sabe el peligro y no se fie del agua mansa, porque ande menos se liebre salta una piensa.

—Al revés te has puesto el poncho.

—Bueno, me he equivocado por hablar ligero, pero usté me ha comprendido.

—Ya lo creo, si te estoy sobrando en el pensar. Sos más donosa que viuda joven. Tenés una cara que parece distionario porque lo enseña todo. Hablás más con los gestos que con la cara. Los ojos te retratan la alegría y la dulsura, el sentimiento y la pena. Tu risa muestra el contento, el gusto, hasta el interés; por eso de una mirada que me echás cuando me ves, no necesito sentirte hablar porque te adivino lo que tenés y lo que querés.

—Me alegro que acierte el punto, con eso no me hace el largue de entrada; que si no salía por esto y si me tardaba por esto otro. Yo soy como la luna, ya le he dicho, no tengo más que una cara, que no se da vuelta sino cuando el sol la quema.

—Entendido, mi alma. El sol soy yo, ¿no es cierto?

—Sí.

—Entonces, perdoná el arrempujón y dende hoy, tardate lo que querás en salir, que yo te haré la guardia siempre, porque sé que no tenés más que una cara como la luna.

—Sí, pero mire que también menguo, así es que tenga cuidao.

—Cuando mengüe, yo te la pondré en cuarto creciente de una piña.

—Atrévase y verá si el sargento le acomoda un eclipse y se queda a oscuras.

—Veremos, dijo un ciego.

—Y no vió nada.

Si intentáramos, etc.

Si intentáramos imaginar el alma de una planta, no podríamos atribuirle ideas ni sentimientos: no habrá en ella más que sensaciones, y aún éstas, vagas, difusas, atmosféricas. La planta se sentirá bien bajo un cielo benigno, bajo la blanda mano de un viento suave; se sentirá mal bajo la borrasca, azotada por la nieve invernal. La voluptuosidad femenina es, acaso, de todas las humanas impresiones, la que más próxima nos parece a la existencia botánica.

J. ORTEGA Y GASSET.

Es un ejemplar característico e inconfundible de nuestra fauna social. Así como a su primo hermano, el felino, se le encuentra en pajarres, desvanes, alfombras, camas, bibliotecas y almohadones, éste abunda en todas las clases de la sociedad y se le ve frecuentemente desde el despacho de camaristas y ministros, hasta en los más modestos vericuetos de la banca, de la administración o de la política. Es abundante y parecido, pero siempre diferente. No tiene cuatro patas como el otro, pero a las dos que lleva parece que le faltara algo; no maulla, aunque a veces diga discursos o escriba libros. No ronca; pero suele hacer roncár.

Uno no sabría decir en qué consiste su especialidad, pero se está seguro de que el gato es inconfundible. El ministerial, por ejemplo, suele ser cincuentón, pesado, solemne y obeso. Habla poco, en máximas morales que lo mismo estarían en la boca de Cristo que en la de un profesor de castellano. Alguna vez, en su juventud, recogió en uno o dos volúmenes los discursos que pronunciara en las Cámaras o las cartas que escribiera a algún amigo con motivo de la publicación de un libro de éste. Desde entonces, se llamó a silencio y para no comprometer opinión jamás, prefiere ser discretamente mudo. Es amable, sonriente, atento y saludador.

Otras veces, el gato es parlamentario. Habla, acciona y grita mucho. Asegura que lo que él dice es así y no podrá ser de otra manera, y al día siguiente de pronunciar sus discursos, se lee con avidez todos los periódicos para saber si se han ocupado de su persona. Está satisfecho de él y de su acción y es de una pastosa impermeabilidad para las ironías. Está seguro de que si él no existiera, el mundo carecería de razón de ser. Cree en el "electorado", en el "sufragio universal", en la "acción orgánica y sistemática de la ley", etc.

En la misma esfera, pero con ejemplares más numerosos, podría colocarse a la gran subfamilia de lo que llamaríamos el "gato docente"; subfamilia que a su vez abarca tres tipos perfectamente caracterizados: el gato universitario, el secundario o normal y el gato suelto o jubilado. El primero viene a ser como el Angora de la raza: tiene la orgullosa belleza de su inutilidad. Ha sido ministro, juez, diputado, director de arsenales, ingeniero jefe, gran clínico, atrevidísimo cirujano, extraordinario poeta, historiógrafo o embalsamador; en una palabra: ha sido de todo, aunque en la actualidad no sirva para nada. Recuerda siempre su amistad con el general Mitre, o la simpatía que le dispensaba Sarmiento, o su acción como ministro el año tal, o sus discursos parlamentarios de la época cual, o las cartas que ha recibido de distintos personajes sudamericanos, etc.

Suele tener fortuna, es conservador y vagamente católico.

En cuanto muera se pondrá su nombre a una de las calles del municipio y se le levantará una estatua.

El gato docente, secundario o normal, es más numeroso y puede ser observado por cualquier pro-

fano. Por lo general es positivista, ateo y libre pensador. Suele escribir prosa y verso en un estilo inconfundible. Es un apasionado lector de Unamuno, de Max Nordau,

sociedades, círculos, academias, ateneos, conferencias de divulgación, etc. De esta simpática subfamilia han salido cien veces los dirigentes de la enseñanza en la República.

EL GATO

Por Luís María Jordan



CHOCOLATE

GODET

EXTRA (PAPEL BRONCE)

Debe su popularidad única y exclusivamente a su **calidad insuperable**; pues en su elaboración solo entran componentes para hacer un sano y buen chocolate.

Mezcla de los más finos y seleccionados cacaos, azúcar refinada y aromatizado a la vainilla.

DANIEL BASSI & Cia.

8m6 MITRE 2539-54

BUENOS AIRES.

de Lombroso y de Le Bon. Su opinión diaria es la de los grandes cotidianos. Es un animal esencialmente gregario y le agrada fundar

Finalmente, el gato suelto o jubilado es la otra rama de este vasto grupo. Equivaldría al antiguo gato de tienda. Duerme, engorda y abri-

Vida y muerte de la belleza

La belleza sólo es un bien fútil y dudoso, luciente cristal que se empaña de improviso, flor que muere en cuanto empieza a abrirse, frágil vidrio que se quiebra al menor golpe.

Bien perdido, esmalte apagado, vidrio roto, flor muerta en un segundo.

Y como un bien que se pierde, rara vez o nunca se halla, como no hay pulimento que renueve un esmalte empañado, flor marchita viene al suelo ya seca, como ningún cemento torna al vidrio su ser.

La belleza, una vez alejada, jamás se recobra, ni con drogas ni afeites, ni afán, ni dinero.

SHAKESPEARE.

llanta su pelo. Es una especie de patriarca laico, un apóstol sin biblia, un misionero que no tiene nada que decir. Para no aburrirse, se dedica a llamar la atención de su prójimo por medio de actos públicos del tipo, ya clásico, de las veladas literario-musicales. Tiene discípulos, partidarios y admiradores y es una especie de sacerdote que ya no dice misa pero que vive siempre vestido con su traje eclesiástico de gala. Si fuera un poquito menos vanidoso y no tan positivista se le podría tener en cuenta para el primer subprocurador vacante.

El gato doméstico es una variedad sin trascendencia en la vida pública. Suele ser empleado de la administración o de comercio. Se dedica por completo a la consorte y a la prole. Es el que llena Palermo y los biógrafos los domingos a la tarde. Siguenle dos o tres serafines envueltos en blondas puntillas y una mucama que lleva los pañalitos del bebé.

El gato literario se dedica preferentemente a la crítica hablada. Ha leído a Renan, Anatole France, Alberdi y Cejador. Suele escribir peticiones para teatro. Está seguro de que si se le exceptúa a él, nadie tiene talento en la República. Es una variedad en plena evolución y acaso tiende a desaparecer.

Luego viene el gato enamorado: micifuz romántico y aullante que recita poesías de Acuña o de Almafuerte, se perfuma con Agua de Colonia y se pasa la vida festejando a mujeres que están realmente enamoradas de otro. A los treinta y cinco años constituye su hogar y se confunde con la gran variedad de gato doméstico ya citado.

Fuera de todos estos ejemplares típicos existen formas intermedias, casos de hibridación bien marcados y que muestran uno o dos caracteres definidos de cada especie.

Sería de desear que las autoridades se preocupasen decididamente del estudio de esa gran rama de la fauna nacional para evitar que la hiciera desaparecer el vertiginoso ir y venir de la vida moderna. Así como hay sociedades de protección a la infancia, o a los animales en general, o a los árboles, o a los monumentos, yo propondría que se creara un Patronato nacional del gato argentino, con sedes federales en cada provincia y subcomisiones vecinales en cada municipio. La primera tarea de este Patronato sería levantar un censo nacional y luego tratar de obtener del Congreso una ley sabia que garantizara a estos esforzados elementos del progreso republicano, o bien un honroso retiro durante toda su vida, o bien una estatuita o un busto para después de muertos.

Así como entre algunos estancieros existe la idea de perpetuar la memoria del caballo criollo, al que debe tanto la república, sería de estricta justicia preocuparse del gato criollo que al fin y al cabo ha sido y es todavía una de las más sólidas columnas de nuestro edificio social.

De esa manera no se podrá decir que somos injustos con nuestros individuos más genuinamente representativos.



Allá por las puntas del Yaguary, cerca de la frontera brasileña, en el fondo de un vallecito rodeado de sierras poco elevadas, pero sucias y escabrosas, estaba el campo de Elviro Santanna Riveiro Silveira da Sousa.

Doscientas cuerdas de campo ruin, mal cercadas por un alambrado de tres hilos, en muchas partes cortado, flojo y con postes quebrados o caídos, en la casi totalidad de su extensión.

Trescientas ovejas criollas, comidas por la sarna; dos yuntas de bueyes; media docena de lecheras escuálidas, cinco matungos lanudos, y un enjambre de perros, constituían la hacienda de la "Estancia".

Unos ranchos chatos, negros, despeinados, huérfanos de árboles, de jardín y de huerta, rodeados de ortigas, abrojos, cepa caballo, baldeana, cicuta y malvaviscos, eran "las casas".

Los vecinos decían: la "chacra" del portugués.

Pero Elviro Santanna Riveiro Silveira da Sousa, que, efectivamente, era portugués, decía: "¡Minha Estancia!".

Elviro era un viejo grandote, gordo, enormemente haragán, superlativamente sucio. Su larga melena y sus copiosas barbas, sabían del peine lo que saben del hacha las selvas amazónicas.

Su mujer, ña Casiana, era una china petisa, gorda y pansona, activa, siempre en movimiento, pero más rezongona que negra vieja y más zafada que pilluelo de arrabal.

Trabajaba sin cesar y sin cesar echaba sapos y culebras, insultando al haraganote de su marido, quien, con tal de no hacer nada, soportaba los insultos con soberana indiferencia. Con eso, y con tener caña y tabaco, era feliz.

El 5 de diciembre, santo de ña Casiana, había baile todos los años y en aquel año ella esperaba una fiesta suntuosa. Había muerto cuatro gallinas, asado dos lechones, hecho cinco docenas de pasteles y un fuentón de arroz con leche.

Desde temprano empezó a preparar la sala. Elviro, a la fuerza, la ayudaba. Con gran fatiga, fué colocando los escaños contra los muros, después dijo:

—Yastá!... Ainda un bocadinho mais y tudo fica arranyado!... ¡uff!... ¡Vida arrastrada!... ¡Mesmo para divertirse carece trabalhar!... ¡Uf!...

Ña Casiana interrogó sin mirarlo:

—¿Ande pusiste el escaño chico?...

—La, na esquina.

—¡Hombre túpido!... ¡Si no tiene geito pa nada!... ¡No sirve ni pa espantar moscas, y ande mete la pata salta el barro a la fija!... ¿Te parece lindo asina?

—Mulher, eu creiba...

—¡Salí, salí! ¡No te da el naipe pa nada!...

La china cogió el banco, lo dió vuelta, dejándolo en el mismo sitio, y exclamó con aire de suficiencia:

—¡D'esta laya!

—E o mesmo que en fise... —aventuró el portugués; y ella, encolerizada:

—¿Lo mesmo, no?... ¡Es claro!... ¿Cómo pa vos tanto da caracá que aceite'e pelo!...

—¡Ta bon... ta bon!... —murmuró él resignadamente.

—¡Salí de acá!... ¡Salí de acá!... ¡Más mejor será que no hagas nada!...

El baile de Ña Casiana

Por Javier de Viana

—¡Eso e o que eu gosto!...

—¡Parece mentira!... Aurita no más van a empezar a cáir los invitados y no hay ningún preparo hecho!... Se mi hace que no van a alcanzar los asientos, porque carcu-

mo Peralta.

—¡Pois eh!...

Ña Casiana había sostenido este diálogo ocupada en sus arreglos, dando la espalda a su marido. De pronto volvióse:

PIRATERÍA

Medianoche. Camino lentamente por una calle solitaria, oscura. Sueño. Mi loco corazón presiente una audaz y romántica aventura.

De pronto oigo un rumor; detengo el paso. En lejano balcón surge una dama; acaso es bella como un astro, acaso languidece y suspira y sueña y ama.

Despierta en mí el pirata y en acecho del ajeno tesoro de su pecho, mi pasión en raudales se desata... Ella tiembla, vacila, ensaya agravios... Suenan un grito. Alguien llega. Huyó. En los labios lleva un tesoro lírico el pirata.

CARLOS C. SANGUINETTI.

lo que va venir gente como mundo...

—¡Con certeza!...

—Pueda que venga hasta el comensario...

—Nao ten dubida!...

—Y las muchachas del mayordo-

—¡Pero qu'estás haciendo haragán?

—Estou descansando.

—¡Picando tabaco sobre el escaño ricién lava!... ¡Si serás cochino!... ¡Animal desasiao!...

¡Con vos, con el gato barcino y

El esclavo y el visir

Un esclavo de Amro, que había escapado, fué arrestado y traído ante el rey. El visir aconsejó ejecutarlo, a fin de dar un ejemplo.

El esclavo, entonces, se arrodilló ante el rey, y le dijo:

—Todo te es permitido. Tú eres poderoso, y nadie puede desobedecer tus órdenes. Yo he sido criado en este palacio, y no quiero que en el día de la resurrección mi sangre se levante contra tí. Si estás decidido a matar á tu esclavo, toma, por lo menos, algunas apariencias de derecho, a fin de que no seas obligado a responder de mi sangre en el día del juicio.

—¿Y qué entiendes tú—preguntó el rey—por apariencia de derecho?

—¡Oh, rey sublime!—contestó.—Déjame matar a ese visir, y mátame tú luego. Así tendrás derecho de vengar su muerte con la mía.

El rey no pudo contener la risa; miró al visir y le preguntó:

—¿Qué te parece este expediente?

—Os conjuro por los manes de tus antepasados—gritó el visir—des libertad a ese malvado, de miedo que me lleve con él al otro mundo, y sería yo el culpable de mi pérdida, por no haber seguido el consejo de los sabios, que dice: "cuando tú tires una flecha contra tu enemigo, guárdate a tu turno de servirle de blanco".

SAADI.

con la perra tuerta, nunca se puede tener limpia la casa!...

El quiso protestar:

—¡Ora isto, senhora, ora isto!

Ella, amenazándole con la escoba, ordenó furiosa:

—¡Mandate mudar de aquí, portugués caspudo!

—¡Sosiega, mulher, sosiega!...

Y se apresuró a salir, sin más protestas...

Pasaban las horas y no llegaban más invitados que cuatro negras y media docena de gurises atraídos por la perspectiva de la comilona.

Comenzó a declinar la tarde; llegó la noche: nadie.

Ña Casiana estaba hecha un basilisco. ¡Semejante desaire a ella!...

—¡Elviro!... ¡Elviro!... —comenzó a gritar.

A las cansadas apareció el portugués, bostezando y restregándose los ojos.

—¿Qué e o que pasa, mulher?

—¿Qué pasa?... ¿No ves lo qué pasa?... ¡Que no ha caldo ningún invitao!...

—¡Melhor!... ¡Mais leite para o ternero!... ¡Mais caña para mi!...

—¿Con que mejor, no?... ¡Hacerme a mí ese desaire, toda esa punta de arrastraos y arrastradas!... ¡Hacerme ese poco caso a mí!...

Y luego, dejándose caer sobre un banco, y llevándose las manos a los ojos llenos de lágrimas, exclamó con infinita angustia:

—¡Ensuciarme el santo asina!...

La edad de los peces.- Modo de conocerla.

El alemán Hoffbauer fué el primero que tuvo la ingeniosa idea de querer determinar la edad de los peces por sus escamas. Al efecto, demostró que las escamas de las carpas presentan líneas concéntricas, cuyo número y la distancia relativa están en relación con el crecimiento de su poseedor. Expresemos esto más claramente.

La vida de las carpas está dividida en dos períodos anuales: un período de estío, o de vida activa, y otro de invierno, o de vida retardada. El período de estío comprende la primavera, el estío propiamente dicho y el comienzo del otoño; el de invierno, el tiempo restante. Durante el primer período, la temperatura elevada del agua es favorable, y las carpas se nutren abundantemente. Por el contrario, el invierno coincide con una detención de todas sus funciones vitales. Es decir, que las carpas crecen únicamente en estío; lo que cuentan de vida son los estíos sucesivos, no los inviernos, que no se cuentan.

Las carpas poseen zonas características de estío y de invierno: éstas, estrechas y formadas de estrías poco numerosas y compactas; aquéllas, más grandes y con estrías numerosas y separadas. Basta, por tanto, con contar el número total de zonas y dividir las por dos para obtener la edad del pez.

La piedra filosofal

Por Francisco Caravaca

No sería justo ni rigurosamente exacto decir que fuera todas las noches; pero la mayoría, sí. Cruzaba el café de extremo a extremo, y, sombrero en mano, se acercaba a la tertulia formada por periodistas, gentes de teatro, toreros, etc., y con la mirada buscaba afanosamente a su víctima de siempre, al bueno de don Luis, cuyo bolsillo, aunque algo resentido de tanto golpe consecutivo, estaba, no obstante, a merced de cuantos menesterosos acudiesen a demandar su ayuda.

El pobre bohemio, con su raída chaqueta, llena de costurones deslucidos; con su fieltro grasiento y su rostro ingenuo, sonriente, las más de las veces sin afeitarse, se acercaba a don Luis, y con una fina sonrisa de timidez le decía entre sonrojos:

—Usted perdone, don Luis; pero esta noche no he cenado...

Don Luis metía una mano en su bolsillo y daba algunas monedas al necesitado pedigüeño.

Pero he aquí lo singular: la primera vez que don Luis fué asediado por las peticiones del necesitado joven, con aquella magnanimidad que caracterizaba a don Luis, puso en la mano del demandante un billete de cinco pesos.

Imagínese cuál no sería su asombro cuando el astroso, con una ironía espiritual, le devolvió la moneda diciéndole:

—No, tanto no; yo no necesito

más que cincuenta centavos. Eso es excesivo...

—¡Pero, hombre!—exclamó don Luis, desconcertado ante tal insolitez. —Guarda el resto para mañana... Toma.

—Perdone—dijo el bohemio sin inmutarse;—el dinero engendra vicios, y yo sólo pretendo cubrir mis necesidades... Con cincuenta centavos tengo lo suficiente para cenar modestamente...

Esta conducta del peticionario causó la general sorpresa. ¡Qué hombre más singular!...

Se tributaron grandes elogios a la sobriedad y honradez del joven, que, indudablemente, tenía que ser hombre de talento y de suma dignidad, por el hecho inconcebible de negarse a aceptar lo que tantos otros hubieran admitido sin reparos de ningún género... ¡Era admirable, sencillamente admirable!...

A partir de aquella noche el pedigüeño, con aquella su hermética sonrisa de indiferencia aristocrática, acudía con cierta regularidad al café, donde recogía su modesto óbolo, que nunca era negado. Alguna otra vez don Luis llegó a ofrecerle más dinero que el reglamentario, propiamente dicho, el joven, dando vueltas a su lubricante sombrero, sonreía y rechazaba generosamente la tentadora oferta... ¡Era cosa de maravillarse!...

—Muchas gracias, muchas gra-

cias... Con esto me basta—decía, y se retiraba modestamente por el foro del café, entre la admiración nunca menguada de los contertulios.

¿Qué misterio habría en la vida oscura y honrada del pobre Ismael?—que así se llamaba.—¿Qué profundos, qué insondables gérmenes de probidad anidarían en su alma?... ¡Hondo enigma!...

Pero una noche...

Una noche, don Luis, intrigado por la resistencia sistemática de su protegido, quiso desentrañar el misterio, costase lo que costase...

—Dígame, joven—le interrogó de un modo directo:—¿a qué obedece su negativa de aceptar lo que varias veces le he ofrecido, siendo así que su situación no mejora?...

El joven Ismael no se turbó por lo brusco de la pregunta, y con aire modesto contestó:

—Ya tuve el gusto de decirselo la primera noche... El dinero engendra vicios...

—Sí, sí, en efecto, recuerdo. Pero no me satisface la explicación, y es preciso que me dé usted otra.

—¿Es preciso?—preguntó tranquilamente.

—Desde luego; va en interés suyo...

—Bueno; si usted quiere saberlo... se lo diré. Mire usted: yo soy un hombre metódico. No tengo, desgraciadamente, un peso, pero esto no es obstáculo para que yo sea un hombre metódico... Pues bien; si yo le hubiese aceptado los cinco pesos que usted me ha ofrecido con tan generoso desprendimiento, ¿cuántas veces me hubiera podido favorecer? Seguramente muy pocas, sin contar con que yo los hubiera gastado más que de prisa, pues ya conoce usted mi lema: "El dinero engendra vicios..." Y, en cambio, así, contentándome con sólo cincuenta centavos... ¡calcule usted!... ¡Me lleva dados más de trescientos pesos!... Claro que usted sólo me resuelve la cena; pero gracias a mis buenas relaciones tengo quien me proporciona la comida y otro que me paga la cama... No hay como ser metódico para poder vivir sin trabajar... ¿Ha comprendido usted?...

—¡¡...!!

Cuándo se empezó a usar el papel.

Sabido es que en el antiguo Egipto el comercio de papiros tuvo gran desarrollo, y de ellos se servían los griegos y romanos para escribir sus obras famosas. Por el año 1000, el papel de algodón sustituyó al papiro; después, en el siglo XIV, apareció el papel de trapos, cuyo uso fué generalizado a Europa por los moriscos de España. Esto formó la base de la fabricación del papel, cuyo mercado principal fué, hasta el siglo XVIII, Holanda.

En 1799 se construyó la primera máquina de fabricar papel en grandes dimensiones. Hasta el siglo XIX se tuvo la idea de incorporar a los trapos fibras de madera. Esta mezcla empezó a usarse en Francia y Alemania antes que en ninguna otra nación.

DEL AMOR...Y LOS AMORES

Para "FRAY MOCHO".

NO PUEDO... NO QUIERO...

Brevemente... los polos de resistencia de la mujer son siempre dos... no quiero... no puedo...

Así mismo, dos sugestiones se oponen al amor; en el hombre sus dudas... en la mujer sus temores...

También, por dos caminos se aleja el amor... cuando el corazón pesa menos que el cerebro y cuando las razones pesan más que la pasión.

Sin embargo, dos fuerzas conducen al amor... el instinto más fuerte que la razón y la emoción más fuerte que el instinto.

Dos realidades amargan la miel de nuestros amores... la experiencia y los engaños.

Dos ilusiones alimentan las llamas del amor... el querer que soñamos y el querer que nos juran.

Dos amores alumbran nuestra vida... el que nos brindan y aquél que buscamos.

Dos amores oscurecen nuestra existencia... el que fingimos y aquél que nos engaña.

QUERER... PODER

Hacer "lo que se puede", en amor, es no haber hecho nada; hay que hacer lo que no se puede... lo imposible.

"Tú lo has querido...", que nos quisiéramos; porque de nada habría valido quererle... Es inútil morir por una mujer si ella no ha decidido de nuestra suerte...

ERNIQUE FEINMANN.

Córtese ese resfriado

por el "método Bayer"

Esta noche al acostarse, tómese

2 tabletas de FENASPIRINA y un limón exprimido en agua caliente



Abríguese bien. Momentos después empieza Ud. a sudar copiosamente y experimenta una agradable sensación de alivio que lo conduce a un sueño reparador. Mañana, ¡curado! Si algún síntoma persiste, tómese una o dos dosis más en el día.

El "Método Bayer" tiene la aprobación de los mejores médicos, porque durante la epidemia de influenza, la FENASPIRINA fue uno de los remedios que salvó más vidas y el limón demostró ser un excelente auxiliar curativo.

Corta positivamente los resfriados, los catarros, la gripe, etc., y no descompone el estómago como las preparaciones laxantes, ni atonta como la quinina.



Las tabletas no se disuelven en la limonada; se toman antes con un poco de agua.

Desde hace veinte años, don Leoncio Montaner de la Vega es sin duda alguna el exponente más representativo del tartufo en la política argentina. Inteligencia mulata, al decir de Carlos Delcasse, tiene todas las ventajas que traducen las situaciones indecisas al margen de todas las responsabilidades para ser y no ser al mismo tiempo, dominado y dominante, vencido y vencedor, ejecutor propio y ajeno de cualquier iniquidad. Amable con sus víctimas, si teme la reacción inevitable, sagaz para escudriñar y hábil para encaramarse en todas las alturas, sin preocuparse de las piruetas que fatalmente le imponen los acontecimientos.

Cambia de opinión y de sentimientos con la misma facilidad con que se suceden las horas en el día y las estaciones en el año. Cuando por cualquier circunstancia, alguna actitud adoptada impensadamente, puede serle perjudicial, se finge enfermo. Un telegrama a tiempo, por ejemplo, le impide dar su voto en cualquier asamblea legislativa si la opinión murmurada al oído es contraria al poderoso. Un viaje de descanso le permite alejarse en el momento oportuno en que pueda comprometerse. Salvada la dificultad vuelve sonriente y afable, sin tener recriminaciones, cantando al oído del mandatario, la canción siempre escuchada del ditirambo apologetico.

Don Leoncio es senador, diputado, ministro, gobernador, gerente de una casa de comercio, asesor legal de grandes empresas industriales, letrado en pleitos que conmueven la opinión por las sentencias que sancionan la injusticia y legalizan el despojo. El vive en todas partes. En todas partes tiene un sitio reservado. Si no ocupa el primer sitial, se coloca casi siempre en el segundo, para seguir como la sombra al cuerpo al prepotente que en esa hora, domina el ambiente e impone su voluntad. Don Leoncio lo acaricia con todas las artes felinas, casi siempre desconocidas para el mandatario, que, en razón de la altura, pierde el contacto de las cosas y escucha complacido el elogio que evita el pensar.

Si alguna vez, lector discreto, te visita Don Leoncio, recuerda y ten presente la anécdota atribuida al general Urquiza, que Pascual Bera-cochea aplicaba a Don Leoncio. Cuentan las crónicas que un día el vencedor de Casero recibió la visita del ministro de un país vecino. Al verlo, dirigiéndose al ordenanza: "Traiga dos sillas, dijo, una para el señor ministro y otra para su acompañante". El sirviente quedó perplejo, al observar que el ministro venía solo. Pretendió ensayar una rectificación. Entonces Urquiza alzado: "Haga lo que le mando, el señor ministro viene siempre acompañado". También Don Leoncio, dondequiera que se halle y con cualquier persona que hable, se encuentra siempre acompañado. Por eso, lector amigo, debes ser siempre cauto y previsor, cuando hables con él, ponerte en guardia y medir tus palabras, para que no vayan más allá de tus propias intenciones y de tu propio pensamiento.

Don Leoncio no es una excepción en el escenario político del país. Es más bien un espécimen que representa toda una clase en el engr-

naje colectivo. Tartufos se encuentran en todas partes y en las distintas graduaciones jerárquicas que les corresponde.

Tartufo tiene en el escenario el significado que define su doble individualidad: el yo que exteriorizan y el yo que permanece invisible. El uno es casi siempre la antítesis del otro. De ahí la ventaja personal con que lucha y triunfa. La lealtad y la sinceridad son palabras sin sentido para Don Leoncio y sus congéneres. Los principios y las doctrinas, frases sonoras con que encubren propósitos menguados. Siempre, constantemente, en todos los actos más insignificantes, plasma en la acción el personaje inmortalizado por el comediógrafo francés. Tartufo vive en el teatro y en la vida.

XIV

MALHABLADO

Por un golpe de audacia, se transplantó del almácigo plebeyo, al verdadero aristocrático. Creció, adaptán-

es irrespetuoso y desagradecido. Simula, con cierta habilidad, aptitudes de innovador, en la gestión administrativa, en las actividades políticas y en las charlas del club, para congraciarse la voluntad del trapalón, corear las insidias del alacrán y sugestionar la noble sinceridad del cándido.

En las distintas jerarquías que los acontecimientos, casi siempre imprevistos, lo han colocado, al querer ensayar actitudes resonantes, su vuelo de pato casero raras veces salva el corral en que se aprisiona al palmípedo, desprovisto de higiene, pesadilla del creador. Presidente de comité, diputado, ministro, senador, va y viene, murmura chismes y lanza dictérios, sin alcanzar el renombre que da significado al empuje batallador, en las luchas que realzan la vida pública. No obstante sus esfuerzos para conquistar la reputación que vocean sus allegados, es, cuando más, un buen inspector municipal de víveres que destila petróleo. Todas sus iniciativas, giran constantemente

Escenario político

CARACTERES DE AMBIENTE

Con mi dolor a solas....

En la rosada niebla la estrella de la tarde se enciende y en un halo se agudizan los pinos, vesperales campanas elevan sonos trémulos que caen moribundos en los tristes caminos.

El sol se desangró lentamente a lo lejos, una línea violácea lo borra en el ocaso y en la quietud agreste del valle adormecido se ilumina la luna como un farol de raso.

Por los cerros azules leve sombra desciende, los mustios girasoles doblaron sus corolas; me internaré sonriendo—la esperé cuanto pude— en el dorado otoño con mi dolor a solas.

AUGUSTO CORTINA ARAVENA.

dose al ambiente con la hipocresía inevitable que imponía el arraigo ancestral. Por eso, es grosero en sus procederes y perverso en sus juicios, disimulado y servir con los superiores, altanero y soberbio con los inferiores, displicente y malhablado con todos.

En su juventud, supo vincularse con los hombres de su generación, que podían darle lustre señorial, para encubrir el plebeyismo moral y mental que plasma su propia psicología. De ahí una situación que acentúan los años con relieve inconfundible. Al escalar posiciones, le falta aquel sentimiento que forja con el romanticismo, las idealidades que orientan los esfuerzos individuales en la labor colectiva. Con la inconsciencia del advenedizo, se permite, cuando se cree tener resguardadas las espaldas, adoptar empaques que denuncian su falta de hidalguía: vocifera, injuria, amenaza, para amainar y pedir excusas, humilde y constricto, si advierte su error. Por temperamento, inherente a su propia estructura,

alrededor de los procedimientos para higienizar la leche, fabricar pan y ser espectáculos al aire libre con los baños de mocozuelos, que la propaganda ad-usum propio, aplaude sin reservas al son de bombos y platillos. Algunas veces, como el grajo, se pasea por Europa, pavoneándose con las plumas ajenas. Naturalmente, al primer descuido, muestra la hilacha, como dicen las viejas. Estas minucias, que plasman sus propios antecedentes, se han concretado con el chiste callejero que entonan los pilluelos. Al pasar, cuando lo reconocen en las calzadas de la urbe, sisean con gracia inconfundible el epíteto con que lo distinguen.

Malhablado, es el plebeyo, con ínfulas de gran señor, encubre las modalidades de su espíritu y ambula en el escenario político. Por eso, todos sonríen, cuando con su figura de Cuasimodo paquete, pretende ser autoritario en sus ademanes y monosilábico en sus afirmaciones.

Sin él, la farándula no tendría

la síntesis que por contraste exhibe la nobleza moral, en el trato inevitable que impone la libertad política y la igualdad democrática. Por esta circunstancia, si no existiese, Malhablado sería necesario inventarlo, como exponente que provoca la reacción, con la espontaneidad que flota y se condensa en el ambiente.

XV

EL CLIENTE DEL Sr. MINISTRO

Debía solicitar unos datos en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Pedí audiencia y me fué señalado un día para entrevistarme con el ministro. Concurrí puntualmente a la hora indicada. Entregué mi tarjeta al ordenanza. Me introdujeron en una sala donde debía esperar breves momentos. Mientras esperaba aparece un señor. Los porteros le hacen reverentes inclinaciones, las puertas se abren de par en par, atraviesa algunos salones y entra directamente al despacho del ministro sin previo anuncio. Yo quedé un instante perplejo. Supuse que debía ser algún ministro extranjero, representante de alguna gran nación, que de antemano tuviese concertada la conferencia, circunstancia que no admitía, en mi ignorancia protocolaria, anuncios previos ni breves instantes de demora, hasta tanto el señor ministro fuese avisado de la presencia del personaje. Un ordenanza que se encontraba incidentalmente a mi lado aclaró la duda. "¿Quién es, le pregunté, ese ministro que acaba de pasar?". Con sonrisa, entre compasiva y burlona, me murmuró al oído: "Es el señor Don Carlos Poderoso, propietario y señor de todas las ruletas del país. El señor ministro es el letrado que lo patrocina en sus asuntos..."

Confieso que en esa época era el señor ministro un hombre amable, simpático, ilustrado, de abolengo aristocrático y de actuación resonante sin relieves acerados, manso por temperamento y adaptable a todas las situaciones, para caer, como decía mi inolvidable amigo el doctor Antonio F. Piñero, siempre de pie. Hoy, separado de la actividad política se encuentra al margen de las posiciones oficiales, pronto a representarnos en cualquier congreso internacional, para darnos con su oratoria el índice más saliente de la ingenua petulancia que nos caracteriza. Sin filiación partidaria definida, consejero áulico de encumbrados personajes, de vez en cuando pone el dedo en el ventilador, como afirma, sin asomo de ironía, Lisandro de la Torre. Asesor letrado de grandes instituciones, su bufete de letrado le permite tener la influencia que los influyentes conquistan al vincular los intereses creados con los cuales se entreteje la red que aprisiona y estrangula.

Han transcurrido cinco, diez, quince, veinte, treinta años, ayer como hoy la escena que presencié en mi lejana juventud se reproduce con precisión matemática. El cliente del señor ministro es siempre un personaje que tiene abiertas, de par en par, las puertas del despacho. Sin previo anuncio entra y sale, como en su casa. Los ordenanzas le hacen la venia como al Carlos Poderoso del pasado, con una espontaneidad que tiene, a veces, la ironía que lapida y la lápida que perpetúa la triste realidad.

BALTASAR GRACIAN.

Todavía tiemblo al recordar la aventura. Una verdadera estupidez, que pudo costarme la vida como a aquellos caballeros de capa y espada que en la estrecha callejuela de un barrio apartado de la ciudad, y a la débil luz de un farol, sacaban los aceros para agredirse por la sonrisa de una mujer. Son otros los tiempos y otros los hombres. La flor de la galantería, de tan seca y esmirriada, parece haberse refugiado en el sentido práctico del bueno de Sancho. Sin embargo, yo me sentí Quijote, y como tal obré.

El cielo estaba serenamente azul, y el día era claro y luminoso como una aurora boreal. Me fui a Palermo a leer un libro de versos bajo la umbría de los árboles frondosos, en cuyas copas los pajarillos cantaban su sinfonía de primavera. La brisa de la mañana de abril era perfumada por la esencia de las flores, que abrían sus cálices a las caricias del sol. El escenario no podía ser más romántico. Acaso esto influyó mucho en mi gallarda actitud.

Pasó ella radiante de hermosura. La miré con insolente curiosidad, ávido de poseer con el pensamiento alguno de sus ostensibles encantos. Rubia como la espiga de un campo andaluz, negros y rasgados los ojos de sultana, fresca y roja la boca, que escondía tras los labios dos filas de dientes perfectos e iguales, blancos como la nieve de las cumbres.

Al pronto creí que mi osadía iba a tener el castigo de un mohín de desprecio. Y no fué así, sino que, sabedora de mi oculto deseo, sonrió complacida de mi curiosidad. Satisfecho mi amor propio, me levanté rápido y eché a andar detrás de ella. Primero, el piropo, que me salió como un madrigal, nada extraño, puesto que mi alma estaba saturada de poesía, y luego entablé una conversación en la que las palabras bonitas eran música que halagaba su orgullo femenino.

Cuando más entusiasmados estábamos se acercó un joven elegantemente vestido que nos paró. Pálido como la cera se dirigió a mí diciéndome:

—¡Caballero! Esta joven está comprometida...

De buena gana hubiera dicho un "usted perdone", retirándome discretamente algo corrido. Pero mi amiga no apartó su brazo del mío ni un solo instante, como pidiéndome protección. Y repuse:

—Lo sabía... Ella está contenta de que la acompañe y yo lo estoy mucho más de acompañarla.

—¡Eso será si yo se lo consiento!

—¡Y si no, es igual!

—¿Será usted capaz de repetírmelo en un sitio solitario?

—¡Donde quiera y cómo quiera!

—Sonrió, blanco como la leche, y echándome miradas de odio y de rencor me dijo:

—Ya lo buscaré mañana...

Y se marchó ligero como un corzo, no sin antes decirle a ella con los puños cerrados:

¡Falsa!... ¡Mala mujer!

¡Como en los sainetes! Sólo que esta vez amenazaba terminar en tragedia. Ella—no me acuerdo del nombre—iba orgullosa de mi comportamiento, de que dos hombres estuviesen a punto de romperse las narices por su linda personita. ¡Hasta me dió un beso al despedirse!

Y es que las mujeres—como ésta, frívolas, coquetas, sin corazón—agradecen mucho que les halaguen

EL AMOR PROPIO

Por Lázaro Somoza Silva

la vanidad. ¡Cuántas puñaladas dadas en esos crímenes que se ha dado en llamar "pasionales" tienen un origen tan sencillo!

Y nos encontramos al día siguiente de nuestro desafío. Sin duda, mi contrincante me buscó. Juro por lo más sagrado que yo no me acordaba del asunto.

Me miró fijamente, y luego se acercó a mí. Con voz enérgica y segura me dijo:

—¡Caballero! Estoy a su disposición.

—Igualmente.

—Si le parece tomaremos un "taxi" que nos lleve a las alturas del Hipódromo.

—¡Conforme!

El primer automóvil de alquiler que pasó lo mandó detener. Subimos. Mi adversario dió la dirección. Yo me encontraba hondamente emocionado. Pálido, nervioso, miraba hacia los transeúntes, ajenos a la tragedia que muy pronto iba a desarrollarse. ¡Sentí un miedo horrible! De pronto reflexioné que no llevaba ni una navajita de esas que se emplean para afilar los lápices. ¡Los puños, que debían ser como mazas de hierro, eran mi única defensa! El "otro" acaso viniese preparado. Pensé en la muerte, en una muerte estúpida, cuando más contento me hallaba de vivir, cuando muy pronto acabaría mi carrera, donde esperaba triunfar y hacerme rico. Sin embargo, el instinto de conservación se impuso al

SOLEDAD

Para "FRAY MOCHO".

Con su encanto de novia triste
me enamoró la soledad;
preso en sus redes de silencio
quedé para siempre jamás.

Lavé en sus hondas aguas grises
mis pecados de vanidad;
las rosas de mi pensamiento
se abrieron en su dulce faz.

Me avergoncé de toda cosa
pasajera y accidental;
se hizo más honda y reflexiva
mi vieja taciturnidad.

De mi inquietud lancé los dardos,
el velo eterno a desgarrar;
agujas fueron mis deseos,
clavadas en la inmensidad.

Pero la milagrosa luz,
divino "sueño sideral",
con los puñales de sus rayos
castigó mi curiosidad.

En la fuente azul del misterio
mi ardiente sed quise apagar,
el agua me dejó en los labios
un sabor agrio de verdad.

Y mi alma se llenó de anhelos,
fantasmas de la oscuridad.
El diente enorme de la angustia
desgarró mi carne morta!

Pero luché, sereno y fuerte,
y me abracé a la soledad
como a una novia presentida...
¡para no separarnos más!

MANUEL BENAVENTE.

Paysandú (Uruguay), 1926.

miedo. Premedité el golpe más seguro y rápido de deshacerme de mi adversario. ¡Un puñetazo en la mandíbula, seco, acaso mortal! Con rapidez de película pasaron por mi cerebro todas las incidencias del proceso y del juicio oral, y me esforcé en acordarme del artículo del Código que pena el delito de homicidio. ¡Porque yo ya me sentía homicida! Miré de reojo a mi próxima víctima. Estaba mucho más pálido, parecía un muerto; sus brazos caían desmayadamente sobre las piernas. Sus ojos estaban húmedos. Mucho más delgado que yo, su presencia física era, en relación a la mía, inferior. Notó que le observaba, y con voz débil como un balbuceo dijo:

—¡La... verdad..., que no merece la penal...

—¡No es este el momento de hablar, sino de estar prevenido!—repuse violento.

El automóvil llegaba al final del Hipódromo. Caía la tarde. Por disimular mi turbación eché mano al bolsillo del pantalón con objeto de sacar el pañuelo. Mi contrincante dió un respingo. Paró el coche. Abrí la portezuela de la derecha para salir. El otro abrió la de la izquierda. Esperé unos segundos. Miré al fondo del coche, nadie. Di la vuelta, nadie. Mi vista se dirigió al frente y ¡olté una carcajada homérica!... Mi contrincante corría como una liebre, mirando hacia atrás temeroso...

—¿Qué le debo?—pregunté al "chauffeur", que me observaba atónito.

—Tres cuarenta, señor.

Le pagué. Saqué un cigarrillo, lo encendí, y dando chupadas largas me consideré el hombre más afortunado del mundo...

La lengua china

Esta lengua, cuyo origen nos es desconocido, no cuenta más que palabras de una sola sílaba. Estos monosílabos permanecen siempre invariables; es decir, que no se pueden conjugar ni declinar, y sus relaciones se indican por la colocación en la frase.

En la escritura, poseen cada una forma particular, un signo especial. Este signo se halla constituido por dos elementos. El primero, que recuerda la forma primitiva de la escritura, análoga a los hieroglíficos de los egipcios, es ideográfico; es decir, que representan la idea con un dibujo del objeto al cual se aplica. El segundo elemento que se añade siempre al primero, es fonético; es decir, que expresa el sonido. Existen muy pocos caracteres ideográficos, pero gran cantidad de caracteres fonéticos. Los chinos forman tantas palabras diferentes según el tono con que se pronuncian las sílabas. Uno de sus diccionarios contiene, bajo una primera división de 211 signos ideográficos, 44.449 signos distintos. Estas cifras son las del diccionario del emperador Kang-Ki.

Se comprende que el mayor honor que pueda ostentar un escritor chino es saber simplemente leer y escribir su lengua, que comprende muchos millares de caracteres.



Cuando la bella Claudina, conocida por "la huérfana del Miserere", quiso desistir de su temeraria pretensión amorosa, era tarde; ya tenía el alma encadenada a los poderosos atractivos físicos de aquel sér extraordinario, cuyo solo nombre evoca una de las épocas más azarosas de nuestra vida nacional: don Juan Manuel de Rozas.

¿Cómo pudo aquella doncella prendarse del rígido mandatario argentino, cuya férrea voluntad recordaba al sombrío morador del Escorial, y hallar en él ese tesoro de ternura que había de hacer vibrar las fibras de su corazón?

La belleza plástica de Rozas, el porte arrogante y la mirada imperativa que fluía de sus hondos pupilas azules, culminaron la obra de seducción. Ella había visto a Rozas a través de la grandeza deslumbradora de su alta investidura; cuando el populacho exteriorizando su reconocimiento por un inesperado bienestar paseaba por las fangosas calles de Buenos Aires la imagen del tirano con el pecho cubierto de auríferos laureles; cuando los guerreros de la independencia, abrumados de galones, se cuadraban ante Rozas como en otrora lo hicieran al paso del vencedor de Maipo; cuando la más conspicua aristocracia se inclinaba reverente ante el ilustre restaurador de las leyes, el superhombre llamado a consolidar las instituciones de un país anarquizado...

A partir del desastre de Caseros, sólo se ha hablado de Rozas para evocar sus edictos de sangre, para execrar su memoria y ensombrer aún más los cuadros fatídicos de la trágica dictadura. Nos apartaremos, pues, de ese círculo vicioso que el apasionamiento político de sus contemporáneos ha ensanchado, a nuestro juicio, injustamente, y le presentaremos bajo otra faz: la más interesante de su vida.

Rozas surgió como una consecuencia lógica de los acontecimientos. El espíritu de la época — como dijo un respetable historiador — había preparado la formación del tirano; era, pues, un producto del ambiente, como en otros tiranos lo fueron del suyo. Nerón apareció cuando más corrompido estaba el pueblo romano; Robespierre incubó en medio de los desórdenes de la corte de Luis XVI; Rozas perfiló cuando el pueblo anarquizado se iba hundiendo en el caos.

En muchos casos — según lo afirma Deshumbert — la conciencia ha hecho cometer crímenes abominables. Un análisis de la vida moral de Rozas induce a creer que en la violenta eliminación del elemento obstruccionista a su gobierno, el tirano no obraba por ingénita maldad, como se supone, sino que obedecía a su conciencia; trataba a sus amigos como a enemigos de la patria. Lo mismo hicieron los inquisidores, que se creían cumplir un deber aplicando a los herejes los más crueles tormentos.

Toda la responsabilidad de los actos de la dictadura se hace recaer sobre Rozas; pero si, con espíritu justiciero, se distribuyen las responsabilidades, una parte de ellas correspondería a la Legislatura, que confirió facultades extraordinarias a un mandatario, pues su aplicación discrecional resultaba difícil en aquel período turbulento en que el país era una hoguera de encendidas pasiones políticas.

La huérfana del Miserere

Por Alejandro Rómulo Cánepa

(Del libro «La justicia del virrey», recientemente aparecido)

La moralidad de Rozas asumió durante su largo gobierno características curiosas: castigaba los atentados a la propiedad y al honor con la pena de muerte; señalóse él mismo como un modelo de padre y esposo y aborrecía la venalidad y el prevaricato, factores morales que complementara con un acendrado amor a la patria, como lo demostró en su campaña contra los franceses y con una austeridad ejemplar que recién se reconoció cuando el proscripto murió olvidado en medio de la mayor pobreza. La condenación de Rozas es un hecho consagrado y ya la historia lo ha clasificado como un gobernante funesto para los argentinos; pero aun no conocemos a

su mesa y, apenas terminó el almuerzo, presentóse de improviso el bufón de palacio, don Eusebio de la Santa Federación, un cretino que con sus imbecilidades divertía al tirano y le servía de instrumento para humillar a ciertos personajes cuando a Rozas le convenía, rememorando así una modalidad cortésana de la época feudal.

Don Eusebio, ridículamente trajeado y con el cerebro recalentado por el alcohol, desempeñó a las mil maravillas el grotesco papel que le encomendara el tirano: hizo a Claudina una descabellada declaración de amor y terminó por pedirle que fuera su esposa.

—¿Y qué respondéis Claudina, a tan curiosa propuesta? — preguntó

consumado en aras de la más bella ilusión de su vida.

Al día siguiente de aquella grotesca escena, ocultándose bajo el más riguroso incógnito, visitó a Claudina en las inmediaciones de la plazoleta del Miserere, donde la huérfana vivía acompañada de su tutora doña Prudencia García.

—¿Me guardáis rencor por las torpezas que cometí ayer el ilustre loco don Eusebio? — preguntó Rozas, después de saludar cariñosamente a Claudina.

—Vuestra pregunta me revela que habéis sido el instigador de la burla.

—Sí, ¡a qué negarlo...! Pero sólo he querido poner a prueba la habilidad de mi flamante mariscal federal.

—Cubriéndome a mí de ridículo, ¿no es así? — interrumpió Claudina con entonación angustiosa.

—¿Creéis en mi arrepentimiento? — insinuó Rozas con una dulzura hasta entonces desconocida.

—Sí; lo leí ayer en vuestra mirada, a raíz de mi pregunta, y os he perdonado...

—¿Y ahora podéis decirme cuál de mis corifeos os ha molestado...? ¿Acaso habrá sido el libidinoso de Cuitiño?

—No me obliguéis a denunciarle, porque si tal hiciere, él se vengaría de mí después de recibir vuestra reprimenda...

—No sabrá quién le ha denunciado...

—Sospecharía de mí en el acto...

—Bien; no insisto más, pero es necesario que esa odiosa persecución cese hoy mismo — observó Rozas con celosa energía.

—El remedio está en vuestra mano...

—¿Cómo?

—Entregándome un salvoconducto.

—Pues a eso he venido... Aquí está el salvoconducto... ¡Ya veis que he sido previsor! — exclamó Rozas con una sonrisa que llamaríamos diabólica si nos animara el propósito de ofenderle.

III

El sereno de la voz ronca acababa de pregonar las once de la noche, cuando la escena de los excesos federales a cargo de la Sociedad Popular Restauradora, repetíase esa vez en la residencia de la viuda de Cildanez, solarieta mansión que lindaba por los fondos con la modesta vivienda de Claudina. Una soldadesca desenfundada, capitaneada por Andrés Parra, el Marat de la Mazorca, buscaba otra víctima entre las filas unitarias: el teniente Amalio Cildanez.

Apenas repercutieron con estruendo los primeros golpes asestados sobre la maciza puerta colonial, la viuda de Cildanez huyó despavorida hacia el cerco, y desde allí llamó desesperadamente a Claudina para suplicarle que ocultara al teniente en algún escondrijo de la casa; pero la atemorizada huérfana resistióse al ruego de su vecina por temor a las consecuencias que podrían sobrevenirle como encubridora.

Sin embargo, Claudina, conculcada de la situación aflictiva de aquella madre, desesperada, tuvo en esa hora trágica una inspiración salvadora. Corrió hacia el interior de la casa y regresó antes de que la puerta cediera al furioso empuje de aquella manada de lobos. Parra pretendió apoderarse del teniente

¡PERDON!

—¡Perdóname, Señor! — Si he quebrantado, si tu divina ley he transgredido, mira, sin intención he delinquido: podré ser pecador, mas no un malvado. Perdona al pecador arrepentido, que amar y sólo amar fué su pecado.

—¡Perdóname, Señor! ¿Cómo pudiera cumplir tu ley divina si no amara, si tu obra más perfecta no adorara y ante su altar mi ofrenda no rindiera? Bien sabes tú que si al Edén volviera, otra vez, por amar, lo abandonara.

—Perdóname, Señor, Dios adorado: si tu ley es de amor, y yo he querido con todo el corazón enloquecido, de amor, sólo de amor es mi pecado. Perdona al pecador, arrepentido de errar tu ley, mas no de haber amado!

RICARDO AHUMADA M.

fondo su sentimiento ético.

II

Claudina, en las íntimas visitas que hiciera a su antigua condiscípula Manuelita, la hija del dictador, no renunciaba a ninguna ocasión favorable para dejar traslucir a Rozas la admiración y el cariño que le profesaba, ya brindándole primorosas labores en las que ponía un arte exquisito, ya ofrendándole con los albos jazmines que florecían en su jardín o con los primeros claveles que, como estrellas rojas, ella solía lucir en la selva negruzca de su opulenta cabellera.

Rozas, que era un tanto lunático y excesivamente desconfiado, no tomó en serio ese amor platónico, las exquisiteces de aquella alma femenina, y creyendo ser juguete de las veleidades de una niña coqueta, quiso escarmentar a Claudina infligiéndole una tortura de la que más tarde hubo de arrepentirse profundamente. Un día la sentó a

Rozas, acallando con un gesto las risotadas del enronquecido idiota.

Claudina, como si volviera de una pesadilla, alzó la vista y, acariciando al déspota con un chispazo de sus ojos misteriosos, exclamó:

—Ayer me perseguía uno de vuestros corifeos; hoy lo hace uno de vuestros bufones. ¿No creéis que mañana vendrá otro más digno y menos cobarde que aplaque tales desmanes?

Esta severa respuesta que envolvía a la vez un severo reproche, impresionó hondamente a Rozas, quien a partir de ese momento se convenció de que Claudina no era un sér vulgar que mereciera ser el blanco de sus bromas más o menos groseras. El dictador a fuerza de pensar en esa mujer, acabó por corresponder platónicamente a la fervida pasión de Claudina, cuyo amante desvarío, que llegaba hasta las fronteras del endiosamiento, no era más que un estéril sacrificio

Cildanez, pero éste, merced al ardid de la huérfana pudo librarse de caer en poder de la Mazorca, y el sanguinario federal, enconado por el fracaso de la cobarde tentativa, remató la nocturna aventura con un acto vandálico. Secundado por sus esbirros, traspuso el tupido cerco y como una jauría de perros hambrientos, cayeron sobre la tranquila casa de Claudina... Al poco rato, Parra abandonaba el cálido nido de la aterrada doncella, dejando allí como prueba de su ferocidad la vergüenza y el deshonor.

Cuando el dictador supo por boca del mismo Parra los hechos ocurridos, experimentó una profunda contrariedad a pesar de ignorar lo peor de todo lo acontecido: el epílogo en casa de Claudina, que Parra silenció por razones que huelgun.

Rozas, guardando siempre el incognito, entrevistó ese mismo día con Claudina, a quien encontró encastillada en un mutismo impenetrable.

—Os encuentro muy abatida —dijo el tirano muy impresionado.

—Sí; he pasado la noche más cruel de mi vida —repuso Claudina con acento enternecedor.

—¡Vengo a devolveros vuestro salvoconducto, que ayer habéis perdido al salir de la iglesia! —agregó Rozas después de una leve observación.

—No es cierto—repuso enérgicamente la huérfana reaccionando de su postración. —Ese salvoconducto quedó en poder de vuestros corchetes y yo me consuelo de la pérdida bendiciendo al cielo que, con ese papel, ha permitido devolver su hijo a una pobre madre que sucumbía de dolor.

—¡Habéis protegido a un conspirador!—observó Rozas, después de una corta pausa.

—No; he cumplido un deber cristiano, salvando la vida de un hombre.

—¡Eso demuestra vuestra alma noble...! Tomad—dijo Rozas, resueltamente, alargando la mano que apretaba convulsivamente el salvoconducto.

—No—repuso la huérfana rechazándolo.—No me serviría para nada... ¡Ya he sido ultrajada por

un corifeo de la Mazorca...!

Un silencio aplastador clausuró aquel diálogo. Luego, Rozas besó apasionadamente la caldeada mejilla de la infeliz huérfana, y los platónicos amantes permanecieron largo rato ensimismados.

Poco tiempo después de estos sucesos, la tiranía se derrumbaba, arrastrando en su caída, con ímpetu de vendaval, a histriones y esbirros, chusma y soldadesca, mientras que las divisas... arrojadas en medio del arroyo, se enrojecían aún más con la sangre hirviente de los que habían caído al dar el primer grito subversivo.

IV

Era la noche del 3 de febrero de 1852, que vino a clausurar el tenebroso período de la tiranía. Una barca desprendióse silenciosamente de la costa argentina, cuando en la soledad de la lejanía aún perduraban las conmociones de aquel formidable derrumbamiento que ensangrentara los campos trágicos de Casero.

Don Juan Manuel de Rozas marchábase al ostracismo para poner una valla entre su desencanto y el odio de un pueblo; para sepultar en un rincón de la vetusta Albión sus ingratos recuerdos de gobernante repudiado. Ibese para no volver más, y cuando, desde la cubierta del "Centaur", contempló por última vez la ciudad de sus ensueños, debió pensar desalentado en la condición deleznable del poder humano, en las veleidades de esos pueblos que amamantan ídolos para luego matarlos, como Medea mató a sus propios hijos...

El proscrito desvió el confín iluminado por las luces del vivaque, su mirada de águila vencida y la posó en la torre de un templo cristiano que se alzaba como un símbolo de misericordia sobre las ruinas de pretéritas grandezas. Bendijo un nombre y derramó una lágrima... ¿No sería en holocausto del único corazón argentino que le había comprendido, de aquella alma noble y resignada que le llorara sinceramente en la ausencia de aquella hermosa y apasionada huérfana del Miserere?

sus hijos por seguir a la maldita viuda, que cambiaba la ciudad por Trenque Lauquen.

Durante doce largos meses nada se supo de don Antonio. Pero, no faltó un amigo que hiciese llegar a misia Martina la noticia de su paradero. Vivía allí con la viuda de Soto, tal y como si fueran esposos legítimos. Se le escribió suplicándole volviera; se le hizo saber las estrecheces por que pasaba la familia, pues vivían todos con el solo sueldo de Andrés, telegrafista entonces; se reiteraron las cartas: nada. Ni una palabra, ni dos líneas de respuesta.

Pasó otro año. Juanita una mujer hecha y derecha, era visitada

Prevenge la TOS
tomando

PASTILLAS
RIN - RIN
EN VENTA EN TODO EL PAÍS

Caja grande
\$ 1.—
Caja chica
45 cts.

profesábamos una cordial antipatía... Sabes que soy casado y bastante serio. Por tanto, ese sentimiento no obedecía a motivos de competencia. Pero, no podía tragar a ese tipo, falso y malvado según mi conciencia. Y ya verás como no

EL MATIZ

Lo característico del sentido crítico de la mayoría es no entender de matices. En arte como en moral, como en cualquier género de ideas, la ausencia de la intuición de los matices es el límite propio del espíritu de la muchedumbre. Allí donde la retina cultivada percibirá nueve matices de color, la retina vulgar no percibirá más que tres. Allí donde el oído cultivado percibirá doce matices de sonido, el oído vulgar no percibirá sino cuatro. Allí donde el criterio cultivado percibirá veinte matices de sentimientos y de ideas, para elegir entre ellos aquél en que esté el punto de la equidad y la verdad, el criterio vulgar no percibirá más que dos matices extremos: el del sí y del no, el de la afirmación absoluta, para arrojar de un lado todo el peso de la fe ciega y del otro todo el peso del odio iracundo.

JOSE ENRIQUE RODÓ.

BARRANCA ABAJO

Por Alfredo C. López

—Te ha conmovido grandemente encontrar a Juanita Ramírez en semejante lugar, perdida sin remedio... No es para menos, amigo Luis. ¡Tan ingenua y tan bella como los dos la conocimos! ¡Ah!, es toda una historia, y bien amarga, querido.

Veo tu impaciencia... Como fuiste muy de la casa, puedo referirte el desastre de ese hogar... Un verdadero derrumbe, Luis. Se diría un plan que hubiera ideado expresamente la providencia.

Sabes que don Antonio estaba chiflado por la viuda de Soto, completamente ciego, y esa pasión culpable produjera en la familia serios disgustos.

Misia Martina, — ¿la recuerdas? ¡Nunca he visto dama más distin-

guida y bondadosa!—Pues misia Martina, convencida al fin de la inutilidad de sus esfuerzos, cerraba los ojos a las graves faltas de su marido, cada día más apasionado, más estúpido... Por aquel entonces tenía Juanita quince años; su hermano Andrés era tres años mayor. Ella, una mocita de vestido largo, poseía la fresca dentadura que admirabas y esos sus cabellos castaños, llenos de luz. Andrés, como sabes, era un muchacho serio, muy desarrollado para la edad.

Poco tiempo después de marchar tú de Mercedes, el imbécil de don Antonio, cansado de las recriminaciones de su mujer y tal vez decidido de antemano a dar ese paso, desapareció de la ciudad. Abandonó su cargo de valuador, su mujer y

por Carlos Barraza. Tal vez no tengas presente a Barraza, ese muchacho rubio, de ojos fríos... hijo del abastecedor del mismo nombre... ¿Ya sabes? Bueno... Al pobre Andrés, no se le podía hacer pasar por hijo de una madre viuda. Le tocaba el servicio obligatorio, una punta de meses. El muchacho hizo lo posible por esquivar el servicio. Vió a éste, al otro, al de más allá. Rogó, imploró, comprendiendo la situación en que quedarían la madre y la hermana. Nada pudo conseguir. La ley, como siempre en casos parecidos, fué inexorable.

Sin embargo, las relaciones de Carlos Barraza y Juanita eran muy serias. Se fijó el casamiento para la fecha en que volviera Andrés. Confío éste sus angustias al futuro cuñado y después de recibir muchas seguridades por parte de Barraza, se aprestó a la partida más consolada.

La partida fué como todas. Ante la aflicción del hijo, se esforzaba la madre en parecer fuerte, con esa resignación de las damas de rango, que sólo saben llorar interiormente. Y llegó mediodía, hora de la separación: hubo besos, abrazos, lágrimas y recomendaciones hechas con forzada sonrisa. Después el silbar de la máquina, los pañuelos agitados y en el alma de la madre y de la hermana esa sensación de vacío que experimentamos cuando nos hiere la desgracia.

Desde el siguiente día, las dos mujeres trabajaron, humildes y silenciosas. Como es natural, los amigos se habían ido retirando poco a poco, al presentir la miseria. Carlos iba de visita todos los días a horas en que no podía encontrarme. Sin tener motivo aparente, nos

me equivocaba.

Sí, el tal Barraza era el canalla que yo me temía. Dos meses después de la partida del hijo, misia Martina tomó el lecho. La enfermedad se declaró de pronto y desde ese momento la enferma empezó a empeorar hasta ponerse muy grave. Y en aquella casa, antes tan próspera, la miseria, Luis, la miseria reinaba soberana.

Carlos había cambiado por completo con la joven. Se mostraba atrevido, exigente. Ya no era ese amor tranquilo, que espera la sanción del mundo para dilatarse. No. Ahora parecía el lobo que imagina la presa fácil. Y como en la casa se le debían algunos servicios, hechos en momentos desesperados, la pobre niña sufría en silencio por no disgustar a la enferma, siempre bondadosa y resignada.

Barraza prosiguió el asedio de una manera infame, cruel. Demás está decir que ya no pensaba en su casamiento con Juanita. Quería otra cosa el miserable. Sus ideas sobre el matrimonio, que he podido colegir del relato mismo de la joven, pertenecían al orden de las que profesan los crápulas vulgares, incapaces de comprender su santidad. No le detuvo la angustia de la pobre niña, ni la enfermedad de la madre, ni la desolación de aquel hogar.

En fin, querido: dos meses y medio después de la partida del hijo, murió misia Martina, adivinando tal vez muchos horrores del porvenir de Juanita, quien desapareció de Mercedes con Barraza.

Y el final, ya lo supones. Abandonada por el miserable, cayó, definitivamente, al abismo de donde no se vuelve nunca...

CURIOSIDADES

Un explorador francés ha descubierto un pan asirio de 2.485 años, que se supone ha sido cocido en el año 560 antes de Jesucristo, y se encontró en excelentes condiciones. El pan aparece en forma de bollo, y estaba envuelto en un lienzo, dentro de un sarcófago herméticamente cerrado.

Durante el reinado de Carlos VII, en Francia, se consideraba como un lujo fastuoso el uso de camisas de hilo; en general, se usaban de sarga.

Los ibidios, habitantes de la región de Eket (Sudán), cifran la belleza femenina, como los chinos, en la gordura. Allí no hay joven que se case con una mujer delgada, aunque sea muy hacendosa.

Son multadas las Compañías de Ferrocarriles en Inglaterra cuando dejan que las máquinas arrojen humo estando en una estación. Y las multas las cargan luego las Compañías a los maquinistas responsables.

Se asegura que el hombre trabaja mejor y con más actividad en otoño que en cualquier otra estación del año.

En una ceremonia nupcial de la India es costumbre presentar a la novia en medio de una enorme bandeja de crema coloreada.

La medicina moderna pone, como se sabe, una confianza enorme en la luz solar, cuyos salúferos efectos se deben principalmente a la acción germicida de los rayos ultravioletas. Recientemente, en una exposición de higiene celebrada en Londres, se ha presentado un aparato generador de rayos ultravioleta, que permite inyectarlos directamente en la boca y la garganta. Dícese que de este modo se facilita la curación de muchas enfermedades de estas cavidades.

Aun existen restos de las primeras carreteras de que se tiene conocimiento. Fueron construidas por el Imperio Asirio por el año de 1900 a. J. C.; y, como los rayos de una rueda, radiaban desde Babilonia hasta los rincones del imperio.

La palabra inglesa "highway" (camino real) significa literalmente "camino elevado", y tiene por origen las carreteras romanas en las cuales la superficie se elevaba a veces hasta uno y cuarto metros con el fin de contar con buen drenaje. La Vía Apia es la primera de éstas, y el principio de una red de 78.000 kilómetros que se construyó bajo supervisión del estado. Se hizo de baldosas de lava, que descansan sobre un fundamento de mampostería, y se empezó en el año de 311 a. J. C.

Son infinitas las especies que se conocen de geranio, constituyendo una tarea muy prolija enumerarlas todas. Por esta razón indicaremos solamente los que se cultivan para adorno en los jardines y los medicinales, como el geranio cicutario, el geranio encarnado, el geranio de hojas redondas, el geranio roberciano, el geranio olor fuerte, el geranio zonal, el geranio de olor suave durante la noche y el geranio de olor, malva de olor.

En sus usos económicos y medicinales esta planta tiene un gusto ligeramente salado, resultando vulnerario y astringente. Las hojas machacadas y maceradas en vino por espacio de doce horas, contienen las hemorragias, empleándose en forma de cataplasmas contra la esquinencia. La semilla tiene la curiosidad de que puede servir de higrómetro, porque se enrosca en tiempos secos y se desenrosca cuando la atmósfera se carga de vapores.

En Predmost ha sido hallada la tumba de la familia más antigua de Europa. Se trata de un

sepulcro notable; tiene forma ovalada, de cerca de 4 metros de largo por unos dos de ancho, y contenía los esqueletos de veinte individuos, algunos de hombres, otros de mujeres y varios de niños. Al lado del esqueleto de un niño se encontró un bellissimo collar y al lado del de otro, el cráneo de un zorro de las regiones árticas.

Una de las paredes de esta tumba ovalada estaba recubierta con los enormes omoplatos de un mamut, mientras que la mandíbula inferior del mismo animal servía de soporte a otra. El contenido de esta tumba se encuentra actualmente en el Museo de Brno, y el estudio de los cráneos de las personas suministrará a los sabios antropólogos los datos que necesitan para determinar la clase de raza que estos restos representan. Por lo pronto, no hay duda que pertenecían a una variedad de la raza blanca,

al tipo que hoy denominamos caucásico o europeo.

El empleo de perfumes es originariamente de uso oriental. Babilonia era el centro de este comercio. Sabido es que cuando Alejandro se apoderó del bagaje de Darío encontró en él una espléndida caja llena de riquísimos aromas, que arrojó, poniendo en su lugar los poemas de Homero. El gran conquistador quiso demostrar así que un guerrero pierde su vigor saturándose de perfumes.

La ciudad de Berwick-on-Tweed, entre Inglaterra y Escocia, no pertenece, administrativamente, a una ni a otra, y tiene sus leyes especiales.

Lo que se desgasta

Debe reponerse

Está comprobado que el ser humano, no es una máquina que puede trabajar indefinidamente.

El trabajo excesivo que se realiza hoy en todas las esferas, ya sea para sobresalir y destacarse de los demás, o bien para mejorar los medios de vida de que se dispone, origina una pérdida considerable de energías que puede acarrear trastornos de importancia.

La vida diaria nos da ejemplos variados y numerosos: hombres de negocios, funcionarios públicos, profesores, alumnos y en general todas aquellas personas que trabajan excesivamente, en un momento dado se sienten desgastados, sin fuerzas, pierden la memoria y la neurastenia los empieza a dominar.

Es entonces llegado el momento de equilibrar el desgaste con nuevas fuerzas. Para eso está la

NUCLEODYNE

(El tónico que dá fuerza)

que lo dejará como nuevo.

En su fórmula, creación de nuestros laboratorios, entran: Fósforo fisiológico, que regenera las células; esticnina, que tonifica los nervios, y zumo testicular de toro, que favorece la secreción de las glándulas del cuerpo. Es realmente un tónico maravilloso.

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires



AUDICIÓN POÉTICA



Señorita Wally Zenner, que con brillante éxito, acaba de dar un recital poético en el Salón Teatro.



Vista parcial del Salón Teatro, mientras la señorita Wally Zenner daba su audición poética.



El poeta español, don Francisco Villaespesa, que hizo la presentación lírica de la señorita Zenner

Caricaturas de Sanguinetti



El creador del Futurismo, don Felipe Tomás Marinetti.

NECROLOGIA



Doctor profesor don Pedro Celeri, cuyo reciente fallecimiento, ocurrido en esta capital, ha sido muy lamentado en los círculos profesionales.

Conciertos



Señorita Elena Pujol, notable concertista cuya labor artística ha sido elogiada por la crítica musical.

Los footballeres españoles



El célebre guardavalla Ricardo Zamora (x), capitán del equipo, y algunos de los jugadores pertenecientes al Real Club Deportivo, de Barcelona, cuya actuación entre nosotros ha despertado gran interés en los aficionados al football.

Mitín pro
sanción de la ley
de vialidad



Organizada por el Touring Club Argentino y con la cooperación de varias entidades, realizóse la manifestación popular para solicitar de los poderes públicos la pronta sanción de la ley orgánica de vialidad, cuyo proyecto tiene a estudio la Cámara de Diputados. — Vista parcial de la manifestación, detenida frente al palacio del Congreso nacional, a cuyas autoridades les fué entregado un petitorio en el indicado sentido.



La carreta "La Lujanera" con un cartel alusivo, y arrastrada por dos yuntas de bueyes, formando parte de la manifestación.



La manifestación llegando a la plaza del Congreso, donde hicieron uso de la palabra los señores doctor Luis Ardití, Francisco Biocca, Alberto Sadus, Alberto del Valle, Ramón Swaiter, Ricardo Gaete, Vicente Martelleti, Carlos Devoto, Jorge Christensen, Victorio Muttinelli y Esteban Piacenza.

Visita
al importante
establecimiento
industrial
M. S. Bágley Ltda.

Con motivo de la inauguración de nuevas instalaciones en el establecimiento de la sociedad M. S. Bágley Limitada, el directorio de esta importante y acreditada institución industrial, invitó a un núcleo de representantes del alto comercio, de la industria y de la banca, y a un grupo de periodistas, a visitar las diversas dependencias de la casa, en las cuales trabajan 800 personas de ambos sexos. — Vista parcial de los invitados, los cuales fueron amablemente atendidos por el gerente del establecimiento señor Beckurth y por otros altos empleados de la casa.



Los invitados, frente a uno de los productos recientemente elaborados, durante su recorrida por los hornos, bodegas, talleres, etcétera, inspección de la cual salieron gratamente impresionados por el orden, pulcritud y perfeccionamiento con que se desarrolla toda la labor.

Jubilosa manifestación por el hallazgo de los aviadores Duggan y Olivero



Las primeras noticias que llegaron a Buenos Aires, sobre el feliz encuentro de los aviadores argentinos Duggan y Olivero y del mecánico Campanelli, en la isla de Maracá (Brasil), determinó la inmediata formación de públicas manifestaciones de regocijo por el afortunado hallazgo de los bravos pilotos. — A la izquierda: una de dichas manifestaciones dirigiéndose por Callao al domicilio de la familia Duggan. — A la derecha: la señora de Duggan, madre del piloto, acompañada de sus otros hijos y miembros de la familia, agradeciendo, conmovida, desde el balcón de su casa, las afectuosas demostraciones que le tributan los manifestantes.



William C. Stoess, director artístico y anunciante de la estación de broadcasting W L W de Cincinnati, Ohio (Norte América), que dirigió el programa musical español transmitido por esta estación y anunciado en español e inglés.

La estación de broadcasting W L W de Cincinnati, Ohio, Estados Unidos, perteneciente a la Crosley Radio Corporation, acaba de transmitir un programa compuesto exclusivamente de música española y sudamericana, organizado por el periodista estadounidense señor Alvin Plough y ejecutado por la orquesta Formica, bajo la dirección del señor William C. Stoess y una orquesta típica argentina organizada "ad hoc" y dirigida por el señor Herman Maurer. Este programa fue especialmente preparado para los radiofilos de los países hispanoparlantes al sud de los Estados Unidos y se llevó a cabo en la

Música popular argentina en los Estados Unidos

noche del 4 de mayo, anunciándose sus diferentes números, primero en inglés y sucesivamente en español.

La música popular argentina, compuesta de aires populares del norte, tangos, estilos y vidalitas, agradó singularmente, no tan solo al público de los países latinoamericanos, sino también al público de los Estados Unidos y Canadá, a juzgar por la cantidad de felicitaciones que la estación W L W ha recibido, encareciendo la repetición de estos programas.

Existe en este país un erróneo concepto del ritmo y melodía de la música popular argentina. Para una gran mayoría de norteamericanos, en Buenos Aires cantamos peteneras "por lo jondo" y bailamos sevillanas unas veces y otras tango; esa peregrina concepción del tango argentino tan en boga en los escenarios de



Powley Crosley (hijo), presidente de la Crosley Radio Corporation y propietario de la estación de broadcasting W L W de Cincinnati, Ohio, (Estados Unidos).



La estación de broadcasting W L W de Cincinnati, Ohio, E. U. A., durante la transmisión de un dúo de órgano y piano.

"vaudeville" norteamericanos, en donde una manola más chula que un duro y un gaucha, ¡Válgame Dios, qué gaucha!, pintorescamente ataviado con bombacha oriental colorada, chaquetilla y sombrero andaluz, poncho, rebenque, y tirador de vasco lechero—una extraña indumentaria cosmopolita, que Rodolfo Valentino estableció en la famosa película "Los cuatro jinetes de Apocalipsis"—bailan una complicada danza acrobática, al compás de una habanera o de un danzón cubano. Ignoramos si habrá llegado ahí una película "de ambiente argentino", titulada en inglés "Argentine Love", — "Amor argentino" es su traducción literal — que hizo aquí furor un tiempo ha. En una de sus escenas, aparece



La orquesta Formica, dirigida por el señor Guillermo C. Stoess, que ejecutó un programa de música española transmitido por la estación de broadcasting W L W de Cincinnati.



El profesor de bandoneón, señor Herman Maurer, un virtuoso del conocido instrumento, que, acompañado por piano y violín, tuvo a su cargo la ejecución de tangos y aires populares argentinos, durante la transmisión del programa musical español y sudamericano difundido por la estación de broadcasting W L W de Cincinnati, en la noche del 4 de mayo

una boda que tiene lugar en una estancia y el novio, Rodolfo Valentino, caracterizando el hijo de un rico estanciero, se presenta en traje de circunstancias, enfundado en un policromo traje de luces y danza un bolero con la novia, ataviada con mantilla española.

Es indudable que esta adulterada Argentina de opereta, que con harta frecuencia nos vienen ofreciendo los directores de películas, está basada en el gusto y concepción que la mayoría del público americano tiene de nuestras costumbres e idiosincrasia. Algunos directores, poseen un vasto conocimiento de nuestro modo de ser y de vivir; pero ¿puede interesar al público norteamericano una historia sentimental

de nuestros genuinos gauchos a lo Martín Fierro, con chiripá, bota de potro, nazarenas y con barba, cuando se los imaginan lampiños, con sombrero andaluz y bombacha colorada? Los directores de películas, norteamericanos, suelen ser excelentes hombres de negocios, además de directores, y se preocupan tanto del éxito artístico de sus obras, como de su éxito pecuniario, dando al público lo que el público quiere.

Al hacerse los anuncios durante el desarrollo del programa de música argentina, se ha hecho un poco de historia con respecto a nuestros aires y danzas populares, remarcando que nuestros gauchos no bailan tango, como los "cow-boys" no bailan el "fox-trot" o el "charleston". Que el tango es un producto del arrabal porteño, nacido, al decir de Leopoldo Lugones, "en las trattorias de los extramuros bonaerenses, a los acordes del "acordeón maullante", como el "jazz" es un producto del "Bowery" neoyorquino — un barrio cosmopolita de la baja Nueva York, equivalente a la Boca en Buenos Aires — en donde Irving Berlín, el popular compositor de bulliciosos "fox-trots" y baladas fáciles de un sentimentalismo a lo Tosti, vivió los primeros años de su vida como mozo de cantina.



El señor Alvin Plough, periodista norteamericano, y el jefe de publicidad de la estación de broadcasting W L W de Cincinnati, que organizó el programa de música española y sudamericana, transmitido por dicha estación. Este programa fué especialmente preparado para el público aficionado de los países hispanoparlantes, y sus diferentes números fueron anunciados en inglés por Louis John Johnen y luego en español por Octavio Bermúdez Cobián.

Ambos, tango y "fox-trot", tienen un origen similar: son los productos del medio cosmopolita de dos grandes ciudades, que han tomado carta de ciudadanía y no reflejan sino una modalidad de su país de origen.

Estas y otras consideraciones se hicieron alrededor del tango y aires del folklore argentino, durante la transmisión del programa musical, y creemos que contribuirán a desvanecer el convencionalismo de estas gentes, con respecto a nuestra música y costumbres.

OCTAVIO BERMUDEZ COBIAN.

Cincinnati, Ohio, Mayo de 1926.



Estación de broadcasting W L W de Cincinnati, Ohio, E. U. A. — Sala - auditorio, para el público.



La popular orquesta infantil de armónicas de Filadelfia, dirigida por el profesor de armónica Mr. Albert N. Hoxie (x), que ha dado conciertos de música popular en las principales estaciones de broadcasting de los Estados Unidos. — Fotografía obtenida a su llegada a Cincinnati, en donde sus conciertos han sido transmitidos por la estación de broadcasting W L W.



FOOTBALL. -- PLATENSE v. FERROCARRIL OESTE



Componentes del team Platense, que triunfó sobre Ferrocarril Oeste por un "score" de 3 a 1 goals.



Elementos que integraron el equipo de Ferrocarril Oeste, vencidos por Platense durante el encuentro sostenido en la cancha de aquél.



Una vista parcial del público que presenció el partido.

Fiesta privada



El señor Luis Zerbi, acompañado de los miembros de su familia, en ocasión de festejarse el cumpleaños del mismo.

Colaboradores de FRAY MOCHO



Nuestro colaborador señor Mayorino Ferrara, recientemente regresado de Europa, y cuyas interesantes crónicas aparecerán en breve en las páginas de "Fray Mocho".



SOCIALES



La señorita Elvira E. Carballo y el doctor Adolfo J. Burlando, después de la bendición de su enlace.



La señorita Angela Coll Plana y el teniente primero señor Francisco Fullana Agans, recientemente desposados.



Enlace de la señorita Clotilde Manzú con el señor Andrés Ventre. — Los desposados después de la ceremonia nupcial.



Enlace de la señorita Esther Z. de la Rosa con el doctor Francisco Bernardo.



La señorita Filomena Searpino y el señor Domingo Donadio, cuyo matrimonio se realizó últimamente.



Enlace de la señorita Matilde Alicia Recondo con el doctor Juan A. Morgana.

FRAY MOCHO EN BOLIVIA



Una vista del pintoresco puerto de Limquije, sobre el río Guaporé



VILLAZON. — Tropilla de llamas, de las que se emplean en el transporte de barras de estaño desde las minas de Potosí.



Una calle de Limquije. Las casas quedan invisibles, detrás de los árboles.



Un baile de macheteros, entre individuos de la tribu de Río Beni.



Preparando el cargamento de uno de los batelones utilizados para transportar ganado desde el Beni al Acre.



Remolque de los batelones cargados con hacienda, por las aguas del río Mamoré.



CACHUELA GIRAO. — Acondicionamiento del caucho para ser exportado por el Río Madera.



Vista parcial de la población minera de Atocha.



Peones de ambos sexos, durante la faena recolectora del maíz.



Una barraca gomera, situada a orillas del río Guaporé.



Enlace Cremaschi-Filippini. — Los novios después del acto religioso.



DE MENDOZA



Enlace Videla-Silva. — Los desposados después de la bendición nupcial.



De la temporada en las termas de Villavicencio. — El pibe Echevarrieta y su flete.



Señora María C. de Billoud y señores Juan Sofía y Juan L. Sillón.



Julito Cantón.



(Fots. Capra).

La gente menuda que pasa temporada en las termas.

BIBLIOGRAFIA



Señor Antonio Pérez-Vallente de Moctezuma, autor del libro de poesías "Tedio en otoño", recientemente aparecido.



Actualidades cinematográficas



Escena de "El abanico de Lady Windermere", cine-drama que interpretan Irene Rich, Bert Lytell, Mac Avoy, Ronald Colmann y que, con carácter extraordinario, estrenará la General el domingo próximo.



Un cuadro del cine-drama de T. H. Ince, "Aquéllos que bailan", interpretado por Blanche Sweet, Bessie Love y Warner Baxter, que la Corporación distribuye desde anteayer.



Pasaje de "Esposas a jornal", cine-drama que interpretan Virginia Valli, Patt O'Malley, Hele Lee Wright y Mary Carr, que la Universal estrenará el jueves próximo.



Dorothy Revier y Ford Sterling en el cine-drama "Mujer al fin", que Glücksmann distribuye desde el sábado último.



Escena de "La isla de la esperanza", que tiene por protagonista a Richard Talmadge, y que la New York Film estrenará el domingo venidero.



Tom Mix y Margarita Livingston en el cine-drama "Pufos y cascos", que la Fox Film estrenará el jueves próximo.



Escena de "El jazz matrimonial", cine-drama Ajuria que interpretan Marie Prevost, Maat Moore, John Patrick y Mabel J. Scott, que la General estrenará el viernes próximo.



FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE



Durante el acto inaugural de la sucursal número 1 del Banco Municipal de Préstamos. — El señor Pascual (x), gerente de dicho establecimiento, que obsequió con un lunch a un grupo de personalidades bancarias de la plaza, que asistieron a la inauguración.



El señor Eduardo Moré, meritorio funcionario policial, que acaba de ser nombrado secretario de la jefatura política.



Enlace de la señorita Ramona A. Dix con el señor Hugo E. Cattaneo.



La señorita María Adela Piga y el señor Román S. Eguaburo, después de su enlace.



La señorita Teresa Di Bitelli y el señor A. S. Passain, recientemente desposados.



Inauguración de un pabellón en el Club Deportivo Central Argentino. — El gerente del F. C. C. A., señor Romualdo Leslie, su señora esposa y un grupo de invitados, durante el acto inaugural, en el cual hizo uso de la palabra el Sr. Douglas S. Martín.



Las señoras de Case y de Biro, las señoritas de Van Horne y de Biro y los señores Case, Deakin y Harold Torres, de la capital federal, recorriendo las instalaciones del Club.



Las señoritas de Iturbe, acompañadas por el gerente general de tráfico del F. C. C. A., señor Douglas S. Martín.



Una vista parcial de las espléndidas canchas de tennis del Club.



Un aspecto del banquete con que fué obsequiado el señor Rodolfo Edelstein, con motivo de su designación para ocupar la gerencia de la casa central Weill Hnos. y Cia., en la capital federal.



Lunch servido en honor del señor Agustín Fidele, a raíz de la terminación de su gestión como presidente del Hospital Benevolencia. — En dicho acto, el cuerpo directivo de dicha institución le obsequió con una medalla de oro.



Campeonato Villa. — Team de Newell's Old Boys, que en el match sostenido contra Riberas del Paraná, venció a sus contrarios por 6 a 0 goals.



Componentes del cuadro de Riberas del Paraná, derrotado en su encuentro con Newell's Old Boys.



Equipo de Tiro Federal que triunfó sobre Nacional por 2 a 0 goals.



Representantes de Nacional vencidos en el partido jugado contra Tiro Federal.



Acto del sepelio del footballer Domingo Corea, perteneciente a Newell's Old Boys. — En ángulo: retrato del extinto.



Invitados a la fiesta realizada en casa de los esposos Zamboni, con motivo del bautismo de su hijito Jorge Angel. (Fots. Flores Toledo).



De Santa Rosa de Toay (Pampa)



Jugadores del "Santa Rosa Football Club", dando los hurras de reglamento, frente al equipo visitante del "Club Hércules", de General Acha.



Team de 1.ª división del "Santa Rosa Football Club", que empató, por 3 a 3 goals, el match sostenido contra 1.ª división del "Club Hércules".



Cuadro del "Club Hércules", de General Acha, que enfrentó al "Santa Rosa Football Club".



Un grupo de la concurrencia femenina que presenció el partido, llevado a efecto en el field del Parque Centenario.



Monumentos de "El Sembrador" y "El Segador", esculturas restauradas por la comuna de Santa Rosa y emplazadas en los jardines de la Avenida General Roca, de acuerdo con un plan de embellecimiento local que se proponen realizar las autoridades municipales.



Componentes de los cuadros de los "Club Sportivo de Hucal" y "Bernasconi Club", que disputaron un match amistoso en el que resultó triunfante el primero de los nombrados.



Primera división del cuadro "All Boys", que sostuvo un partido con Belgrano Club, a quien venció en el encuentro.



Primera división del "Club Belgrano", que perdió el match con "All Boys". (Fots. Quiroga).



Información gráfica del interior



SAN LUIS. — El doctor Alberto Arancibia Rodríguez, candidato a gobernador sostenido por el partido Liberal, triunfante en las recientes elecciones.



Doctor Nicolás Di Genaro, candidato para el mismo puesto, votado por la Unión Cívica Radical.



El presidente de la Federación Puntana de Football, y candidato a gobernador, doctor Nicolás Di Genaro, dando el puntapié inicial en el partido jugado entre Victoria y San Martín de San Juan.



TANDIL. — Alumnas de 4.º año de la Escuela Normal, acompañadas del director, señor Juan Manuel Cotta y del profesor de ejercicios físicos, señor Zacarías T. Cabrera, después de haber tomado parte en un partido de pelota al cesto.



Busto del general San Martín, obra del escultor Oliva Navarro, recientemente erigido en la Escuela Normal.



SUNCHOALES. — La procesión organizada con motivo de la festividad de San Antonio, recorriendo las calles de la ciudad.



SAN JUSTO (Santa Fe). — Grupo de jóvenes, que reunidas en el jardín "El Retiro", festejaron el onomástico de la señorita Amelia A. Neme.



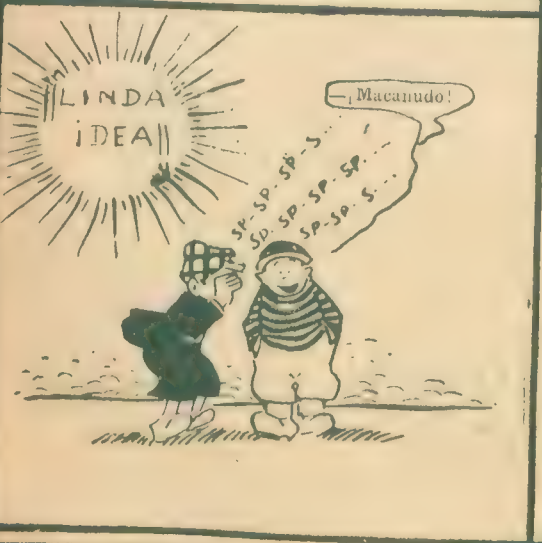
GENERAL RODRÍGUEZ. — Concurrerentes a la fiesta ofrecida por los esposos Rogina, en ocasión de un acontecimiento familiar.



Sixto Armando, joven recientemente desaparecido de su domicilio.



La señorita Benita Vidal, profesora de la escuela número 1, rodeada de un grupo de amigas que le tributaron una demostración con motivo de su próximo enlace.
(Fots. La Vía, Rosso y Talocchi).



Los autos corren, las bocinas graznan. Es una carrera loca, desenfrenada. Apenas se divisan las siluetas de las damas que ocupan los vehículos. Son así como visiones fugaces de un sueño incoherente. El sol da de lleno sobre el asfalto de la avenida aristocrática, que huele a nafta y a petróleo.

Los dos amigos, Marcenal y Ortiz, discurren despaciosamente por la amplia acera. Observan el cuadro, que les es familia, mientras discuten, sin exaltarse, un incidente político, trivial. Opinan de manera opuesta, pero como la tarde es hermosa y dulce no se apasionan. Marcenal es un poeta dedicado al periodismo. Ortiz un médico que no ejerce la profesión, por no abandonar su biblioteca.

—Yo, en el caso del ministro... —dice Ortiz.

Un auto pasa junto al cordón de la acera. Transita con lentitud. En él van una dama y dos niñas, en esa deliciosa edad en que se inspiran madrigales.

—Vea usted—indica Marcenal.—Las de Oldanez.

—Sí. Las conozco de vista. He oído hablar de ellas muchas veces.

—Y las apreciaciones... favorables?

Ortiz hizo un gesto indefinido.

—¿Le interesan?—interrogó Marcenal?

—Me interesó, noches pasadas, la silueta de Margarita. También su sonrisa. Oh! Sonríe como una divinidad. No existe actriz que la iguale. Naturalmente, iba en procura de alguien que me la presentase. Y luego, desistí.

—¿Por qué razón?

—Le diré...

Ortiz se detuvo en la frase. Luego continuó:

—Me merece usted confianza. Rumores... ¿comprende usted? Un estigma.

—¿Oh!

—Es decir, según el criterio moral de quien juzgue. Para mí, más que estigma, un crimen.

Y por la avenida aristocrática, que diríase crepita bajo el sol, los autos rugen, corren, se desesperan en una lucha tan peligrosa como estéril.

Ortiz y Marcenal contemplan el cuadro de un vistazo. Sienten que es muy humano, muy dulce, transitar a pie.

—¿Un crimen...? —interrogó Marcenal. —Explíquese.

—Sí; conceptúa un crimen dejarse vencer por ese vicio que emana de una lujuria... del espíritu. Ese vicio es el alcaloidismo.

Marcenal respiró con fuerza, desahogándose de toda la angustia que le había embargado desde la iniciación del diálogo.

—¿Cómo lo supo usted?

Oh! Sencillamente. Un amigo, a quien pedí me presentara a Margarita, se explayó espontáneamente.

Pero eso... después de todo, no es un caso único en nuestra sociedad, ni en otras tan cultas como la nuestra. En Londres, en París... porque ha de saber usted que se trata de un vicio aristocrático, vicio de intelectuales, de músicos, de artistas. ¿Ha leído usted a Baudelaire?

—Sí; ya conozco eso de los paraísos... infernales.

—Artificiales.

—Infernales, sería más acertado.

—¿Conceptúa usted que la morfina

na y el éter pueden afectar una reputación?

—Y degradar a la persona.

—Yo no lo considero así. Clarín... Leopoldo Alas, aquél famoso crítico irónico que usted habrá leído, dijo que la vida es una cantidad de emociones y de sensaciones. Clarín, a ratos, era también filósofo... Siendo la vida una cantidad de sensaciones y emociones, en nosotros está el derecho de gustarlas de prisa, sin interrupción o de espas-

ted que, de no ser un crimen el alcaloidismo, perseguirían las autoridades a los traficantes de esas drogas venenosas? Si el mal arraigara, mal introducido en nuestra sociedad arteralmente, astutamente, acaso, ¿qué sería de nuestra raza, destinada por la naturaleza a un brillante porvenir? De aquí, de la raza latina, robustecida y dignificada, debe surgir el pleno superhombre. ¿Es posible que, por simple espíritu de imitación permita-

Pidan

"QUILMES DE INVIERNO"

La mejor cerveza para la estación

ciarlas. Si las gustamos de prisa, nos evitaremos las amarguras, de las que la vida, fatalmente, nos reserva buenas dosis. Y ello representa una ventaja.

Ortiz miró a su acompañante, con fijeza. Vió los ojos opacos de Marcenal, su mirar vago, vacilante... y comprendió. Por eso, sin duda, era lento en sus respuestas y poco firme en sus opiniones, cuyo cambio había atribuido, más de una vez, a condescendencia.

—¿No le parece a usted—interrogó Marcenal,—que estoy en lo cierto?

—¡Nunca!... Nunca lo estará sobre este tema. ¿Le parece a us-

mos que ese nuestro gran destino fracase? Yo sé que muchas damas porteñas, de noble estirpe, han caído en veleidades alcaloidistas. Muchas,—estoy seguro,—se han dejado arrastrar hacia ella por simple espíritu de curiosidad. Otras, por singularizarse. Algunas, quizá, por seguir lo que en las ciudades extranjeras va siendo moda... Créame usted, Marcenal, es un deber de todo argentino combatir ese vicio que extonúa, que priva al ser humano de la más noble de sus cualidades: la inteligencia.

—Pero los alcaloides la estimulan.

—Sí, para agotarla, para des-

truirla.

Ortiz detuvo a Marcenal, y, casi irritado, habló con energía:

—Es preciso que usted, conmigo, contodos los sensatos, combata el vicio destructor de las energías vitales; es preciso que en los salones y en los hogares donde tengamos entrada, llevemos nuestro ideal de regeneración, como una enseña de combate. Hagamos saber a las niñas, a las damas, a las jóvenes, que el consumo de los alcaloides, en grandes dosis, se hace ahí donde la canalla trama sus crímenes.

Marcenal paseó su mirada, vaga, distraída, a lo largo de la avenida amplia, bulliciosa, alocada, sobre la que ya iban cayendo sombras. Sombras en las que él veía figuras extrañas, monstruosas, inquietantes; figuras amenazadoras, horribles, engendros infernales. Sintió escalofríos y luego, allá arriba, en un fondo gris, vió destacarse en toda su hermosura esplendorosa, una Margarita que sonreía y se alejaba hasta esfumarse.

Se quedó así, ensoñando. Bruscamente le volvió a la realidad la voz de Ortiz.

—Sí, Marcenal, los hombres somos más fuertes. No nos dejemos vencer por ese enemigo cobarde, escurridizo, que exteriorizando fuerza es tan débil. Le mataremos con una sola idea, con un ligero esfuerzo de nuestra voluntad.

—Oh! ¡Si fuera posible...! murmuró Marcenal, renunciando ya a toda defensa.

—Margarita irá mañana al recibo de X. Es allí donde debemos iniciar nuestra campaña. ¿Irás?

—Iré.

EN EL SALON

El lujo, la fastuosidad, estaban en pleno auge. El salón de X. triunfaba. Y eran como un himno, entonado en su honor, las voces femeninas, las carcajadas gorjeantes, truncadas algunas por la emoción de la alegría, de dulce aturdimiento. De pie, junto a una de las puertas del salón, que daba al hall, Ortiz observaba a las parejas que paseaban aguardando otro número de danza. Llegaban a sus oídos frases sueltas, frases de diálogos que no había escuchado, por lo tanto sin sentido para él. —"No, no es verdad". —"Sí, como la luna..." —"Era para morirse..." —"Sí, precisamente en casa de Ruete fué".

Por fin divisó a Margarita. Era su vestido de un gris opaco, severo, color y corte que no estaba dentro de las exigencias de la rigurosa moda. Un detalle que no pasó inadvertido para Ortiz. "Es, como el negro, el color favorito de los morfímanos. Malo, pensó. La morfina es demasiado rápida en sus efectos".

Luego, al pasar junto a él nuevamente, observó que debía hallarse apenas en su iniciación. La viveza de sus ojos y la frescura de su tez lo atestiguaban así. Ortiz experimentó una rápida alegría por ello. Sí, se salvaría aún.

Ortiz, acariciando ideas acaso vagas, lleno de esperanzas, trabando un plan aún no delineado plenamente, se echó a andar por el salón. Era preciso hablar al amigo indispensable que le presentara a la niña gentil. Mientras observaba los semblantes de toda aquella exquisita juventud femenina. No, no eran tantas las víctimas de los alcaloides. Las que habían caído en el fango dorado podían figurar co-

mo excepciones. Sorprendió algunas miradas demasiado vagas, ojos que diríase se extasiaban en paisajes interiores; ojos de miradas vacías, sin ninguna expresión. El alma que debía animarlos, acaso estaría volando en regiones lejanas...

Ah! Medina conocía a Margarita. Los había visto en amable conversación varias veces. Se acercaría a Medina. Se hacía fácil la presentación y después lograría conversar sobre el tema. Buscó, andando, a su amigo Marcenal. No había llegado aún. El continuaría su plan, solo, sin ayuda.

LA MORAL DEL CUENTO

En el hall, donde se había instalado hábilmente un jardín de invierno, Margarita y Ortiz departían sobre temas generales. El joven médico, impaciente porque la oportunidad no se presentaba, tocó el tema bruscamente.

—Un poco aturdidora la fiesta, a despecho del buen tono. La música norteamericana, atrevida, alocada, turbulenta, me ha dejado con extraña sensación de agotamiento. Estoy como bajo la influencia de algún alcaloide.

Ella le miró con cierto sobresalto, que no pudo pasar desapercibido.

—¿De manera, — dijo riendo, — que es usted una víctima del "shimmy"?

Ortiz, temiendo que ella desviase el tema hábilmente, insistió, a media voz, como si hablara consigo mismo:

—Prefiero los rigores del "shimmy" a las consecuencias de los alcaloides. Oh! Los alcaloides...! Son el enemigo astuto que se introduce en la casa mintiendo, halagando, deslizándose promesas delictuosas... con el fin de realizar una venganza cruel, infame. Muchos inocentes caen en el engaño. No se percatan de que es un demonio, demonio moderno, más perverso aún que el de antaño. Confían... y se entregan. Y él, lujurioso, se-

diento de almas vírgenes, ofrece la segunda manzana, que deleita y mata. Al revés de la otra, de la bíblica, que acariciaba la materia voluptuosamente para corromper su espíritu.

la media hora, para caer en el infierno de todo un día, infierno de la realidad amarga cuando las fuerzas y la salud se agotan.

Y la música, que hasta ellos llegaba, la conceptuó Margarita como

PERDONAREIS...?

A la distinguida señorita ALCIRA GIVERO.

Perdonaréis Señora
que de entusiasmo juvenil repleta
os cante soñadora
el alma inmaculada del poeta...?

Junto a la ornamental rara vitrina
seguía sin querer vuestro revuelo
y en busca de una copa cristalina
a mi lado os condujo vuestro celo.

Un inconsciente roce inesperado
(y una dulce emoción que vibratoria
me recorrió, dejándome turbado)
me llevó a las regiones de la gloria.

Y sin querer también, nos encontramos
en la sentimental pura mirada
que con extraña rapidez cruzamos
sin asombrarnos ni decírnos nada.

Contemplé vuestros ojos que profundos
hieren mirando, y miran dulcemente;
al verlos de fulgores tan rotundos
parecen desertores del Oriente.

Desde entonces porfían mis antojos
que el Sol se apropia aquellas luces puras,
y sólo os bastaría hurtar los ojos
para dejar, Señora, el mundo a oscuras!

Y si las sombras tétricas, Señora,
os llenan de temor, brille el derroche
de luz de vuestros ojos a deshora
¡Alumbrarán dos soles en la noche...!

JOSE GUERRERO LOCAMOUX.

Margarita lo miraba silenciosa, absorta.

—Así,—prosiguió él,—las almas antes puras, ya mancilladas, salen del paraíso imaginario, paraíso de

una burla cruelmente irónica, porque en ese instante eran muy tristes los recuerdos que llenaban su mente.

—¿Por qué...?—interrogó con ti-

midez. ¿Por qué me ha dicho todo esto?

Entonces el doctor Ortiz, grave, con voz serena, con mirada viva, que sugestionaba, habló como un padre cariñoso, como un juez recto y severo:

—Señorita, he tenido el dolor de saber que usted rinde culto a los alcaloides. Esa noche, la noche que me lo revelaron sufrí honda pena. Todas esas horas, horribles horas de tortura, se las dediqué a usted en pensamiento y en corazón. Fué una noche de total insomnio. Ahora bien, es preciso (y fijó en ella su mirada), es preciso que nunca ¡jamás! vuelva a caer usted en la debilidad de hacer uso de las drogas venenosas, que robarían la dulce expresión a esos ojos divinos, marchitarían esa tez de hada y convertirían en un andrajo esa garganta, envidiable por su blancura entre todas las gargantas femeninas. Y eso no puede consentirlo quien, como yo, es un admirador de la mujer porteña.

Margarita bajó la cabeza, hizo un esfuerzo para contener un sollozo y murmuró, con voz desmayada:

Gracias.

Luego tendió su mano fina, blanca, al doctor Ortiz, que la recibió en la suya, con una caricia disimulada.

Y el beso de dos manos fué como el sello de un pacto.

EL PACTO

Cuando volvieron al salón, Marcenal estaba en una de las puertas. Margarita dirigióse hacia un grupo de amigas, que comentaban picarescamente su "tét a tét" con el "mediquito". Así que estuvieron solos Marcenal y Ortiz, el primero interrogó:

¿Y...?

—Creo que hemos ganado la batalla. Dedicuémonos, Marcenal, a salvar estas almas nuevas que están en peligro de naufragio...

Y en el salón vibraba la música como un himno brioso de triunfo.

En aquel tiempo el castillo de Blanpignon, a dos leguas de Bize la Rissette, fué vendido judicialmente y adquirido por un sujeto llamado Lanteigne.

Este Lanteigne, que todo el mundo llamaba el *señor barón*, probablemente porque era rico y la riqueza siempre ennoblece; este Lanteigne, digo, se hizo notar en seguida por su insolencia y su estúpida vanidad.

Apenas instalado en su castillo, en sus tierras pagadas con billetes de Banco, se creyó el rey del país.

Pero no conoció a los vecinos de Bize la Rissette. No se les maneja a latigazos. Hay que saber captarse su confianza, y para conducirse como su amo hay que mostrarse superior a ellos. Y en el terreno de la superioridad, el señor Lanteigne no tenía talla para luchar con el cura de la parroquia.

El era quien dirigía a los habitantes de Bize la Rissette sin parecerlo. Le bastaba desear para lograr, mandar para obedecer. Todos alababan su prudencia y su ciencia, sin hablar de sus otras virtudes. Nadie le consultaba sin lograr los excelentes consejos de su experiencia.

El tal Lanteigne comprendió que para mandar allí tenía que dominar al cura en primer término. Como no le faltaba habilidad, creía que

aquello era demasiado fácil. Y se lanzó a la lucha, seguro de la victoria.

Una mañana uno de sus criados fué a la iglesia con la orden de llevar al cura al castillo. Ausente el párroco, el criado dió el encargo al vicario, al que no conocía.

El vicario, hombre prudente, tuvo buen cuidado de no descubrir la equivocación, y siguió al criado al castillo, donde se encontró en presencia del barón Lanteigne, que le aguardaba en un soberbio salón, lujosamente amueblado.

—Señor cura—le dijo,—sé que la gente de aquí elogia su saber y le felicito. Pero he resuelto poner a prueba su ciencia y quiero ver si es usted hombre capaz de responder a mis preguntas.

—Usted bromea, señor barón—le contestó el pobre vicario.—Un sacerdote no puede prestarse a semejante juego.

A PILLO....

Por Jean Bouvier

—Déjese de tonterías, señor cura. Le aseguro que el juego valdrá la pena. Si gana usted la partida le entregaré a usted dos mil francos para los pobres de la parroquia.

Desde el momento que se trataba de aliviar la miseria de los desvalidos, el vicario no podía retroceder.

—Pues vamos allá, señor barón —suspiró resignado.

Lanteigne dijo:

—Dígame: Primero, lo que valgo; segundo, lo que pienso; tercero, lo que creo.

Como ven ustedes, las preguntas no eran muy fáciles de contestar. El vicario pidió humildemente tiempo para reflexionar.

—Le doy a usted un cuarto de hora—dijo Lanteigne, seguro de su triunfo.

Al cabo de los quince minutos el vicario no tenía cara de haber adelantado gran cosa.

—¿Ha encontrado usted ya las respuestas, señor cura?

—Espero que Dios me inspire, señor barón.

—Entonces, dígame. ¿Cuánto valgo?

—Sin ofenderle, le diré que Nuestro Señor Jesucristo valía un poco más que usted. Como fué vendido en treinta dineros, no es muy aventurado tasarle a usted en veintinueve dineros y medio.

Lanteigne frunció el ceño y prosiguió:

—Muy bien. ¿Qué pienso? Apuesto a que no lo sabe usted...

—Permítame. En este momento piensa usted más en su provecho que en el mío.

Lanteigne, impaciente, repuso:

—¡Sea! ¡Pero le desafío a que adivine lo que creo!

El vicario sonrió maliciosamente.

—Usted cree que soy el cura de la parroquia.

—¡Naturalmente!

—Pues está usted equivocado, porque yo no soy más que el vicario.

Excusado es hablar de la cara que puso Lanteigne. ¡Vencido por un sencillo vicario, él que esperaba humillar al más discreto de los curas! Y no hay que hablar tampoco de los dos mil francos que tuvo que entregar para los pobres de la parroquia.

Una de las equivocaciones fundamentales de los alemanes en la conducción de la guerra, fué el no continuar su avance por la costa, tratando de ocupar Dunkerque por lo menos, y aun Calais o Boulogne, desde cuyos puertos, aun suponiendo que en ellos se detuviese el avance, sus flotillas hubiesen perturbado el tráfico a través del canal, de tal suerte que el traslado del ejército inglés a Francia no hubiese sido llevado a cabo con la seguridad que todos admiramos. Es también una prueba de la escasa importancia que en los medios directores alemanes se concedía al submarino, cuando no se procuraban bases adecuadas para ejercer su acción destructora; los que actuaban en la costa occidental de Inglaterra y en la salida del Canal de la Mancha al Atlántico habían de dar la vuelta por el Norte de Escocia hasta llegar a la zona asignada, gastando no escasa cantidad de combustible y reduciendo con ello el tiempo de que eran capaces de mantenerse en el mar.

Así y todo, cuando la guerra había entrado en su aspecto naval, en una fase análoga a la guerra de trincheras terrestre, los alemanes comprendieron la importancia que podían tener los puertos belgas ocupados, y los aprestaron para servir de base a los submarinos especialmente y a los "destróyers" y torpederos además; es sabido que los canales belgas formaban una red inferior que permitía la comunicación entre varios puntos de la costa. Zeebrugge y Ostende fueron los nidos preferidos por las flotillas alemanas, y el problema se fué agravando de tal suerte que, desde 1917, se empezó a pensar seriamente por el Almirantazgo inglés en la necesidad imprescindible de efectuar una operación que inutilizase tales bases, y, por consiguiente, evitase los ataques de los submarinos germánicos. Desde que los alemanes ocuparon la costa de Flandes la fortificaron fuertemente, emplazando a lo largo de ella numerosas piezas de todos los calibres, que mantuvieron a raya los buques enviados a bombardear el litoral en agosto, septiembre y octubre de 1915. El bombardeo de Zeebrugge, llevado a cabo el 25 de abril de 1916, fué el primero que produjo algún efecto, pues aunque sólo duró cuarenta minutos, costó a los alemanes varios buques ligeros y averió gravemente alguno de los submarinos amarrados en el puerto o en los canales; la primera consecuencia del bombardeo fué el aumento de la artillería alemana, que llegó a contar 120 cañones, entre ellos no pocos de 381 milímetros, viéndose forzados los ingleses a renunciar a los cañones del mar, quedando reducida a la acción ofensiva contra el litoral flamenco.

Aplazada varias veces por falta de medios unas, y una vez ya decidida, a causa del tiempo, la operación contra Zeebrugge tuvo lugar al fin en la noche del 23 de abril de 1918; en ella se vuelve a la táctica inglesa simbolizada en la frase de "ir a coger el toro por los cuernos". Se trataba de hundir unos buques en el canal de entrada, formando con ellos un a modo de bajo fondo artificial que encerrase a los enemigos en el puerto, impidiendo totalmente su salida al mar. Operación llamada "embotellamiento" por los marinos, difícil de llevar a cabo por la probabili-

Recuerdos de la gran guerra

El ataque a Zeebrugge

dad de ser hundidos por el enemigo antes de llegar al sitio elegido y que siempre fracasa, como sucedió con el intento de embotellamiento efectuado por el "Merri-mac" en Santiago de Cuba, los tres o cuatro hechos por los japoneses

El puerto de Zeebrugge lo forma un muelle en arco de círculo que abriga las esclusas de salida del canal; este muelle es de mampostería y está unido a tierra por un tramo metálico; el muelle tenía emplazadas varias piezas de arti-



en Puerto Arturo en condiciones asombrosas de abnegación y heroísmo, y como sucedió en Zeebrugge, pese a la maravillosa organización y sangre fría de los ingleses.

llería, estando defendido por fortificaciones de campaña. El plan, de una audacia realmente grande, consistía en atracar al muelle por fuerza, desembarcando en él y atacan-

do a la marinería alemana en el extremo, mientras se volaba el trozo de muelle metálico para impedir la llegada de auxilios. En tanto los buques bloqueadores se dirigían a la entrada del canal, donde serían hundidos y recogidas sus dotaciones por pequeños cazasubmarinos, y al ser echados a pique tres toques de sirena darían la señal del reembarque a las tropas que combatían en el muelle. Un verdadero enjambre de buques de todos tamaños estaban preparados y debían producir cortinas de humo, niebla artificial, etc.

Todo se llevó a cabo tal y como había sido concebido; un submarino de modelo anticuado, el "C-2", fué cargado de altos explosivos y metido bajo el muelle de hierro, y cuando los cuatro hombres que lo tripulaban se retiraron, lo hicieron explotar y el muelle quedó aislado de tierra. El viejo crucero "Vindictive", de unas 6.000 toneladas de desplazamiento, que había sido convenientemente preparado y transformado al efecto, atracó al muelle por el lado de la mar libre, y desembarcando las tropas que conducía, éstas trabaron en el muelle un rabioso combate. De los tres cruceros designados para ser hundidos, "Intrepid", "Thetis" e "Iphigenia", sólo dos llegaron a su puesto, pues el "Thetis" enredó sus hélices en una obstrucción y fué hundido donde no estorbaba el paso; los dos que llegaron a la entrada del canal no quedaron atravesados en él totalmente, dejando un paso utilizable en media marea. Lo más notable de esta arriesgada operación es que todo se hizo con arreglo al horario dado, y sólo hubo un error de un minuto en la atracada al muelle, que se retrasó sobre lo estipulado ese pequeñísimo espacio de tiempo.

El "Vindictive", hecho materialmente una criba por el intenso fuego sufrido, se despegó del muelle después de lo estatuido, pues repitió los toques de sirena para llamar la atención de los que combatían, y que en el ardor de la lucha no regresaban a bordo; como el casco quedaba cubierto por el muelle, el "Vindictive" no sufrió averías graves y efectuó el regreso con sus máquinas. Días después fué hundido frente a Ostende en una operación análoga, y recientemente tenemos entendido que ha sido puesto a flote y ofrecido como trofeo a la nación belga.

El capitán de navío Carpenter, comandante del "Vindictive", y el teniente de navío Sandford, del submarino "C-2", fueron objeto de una recompensa, y el primero de ellos, que milagrosamente salió ileso, gozó de una merecida popularidad en la Gran Bretaña. Los buques hundidos, aun cuando como se ha dicho, no lograron totalmente hundirse, enterrándose en la arena, y como iban cargados de piedras y cemento, su salvamento, que se lleva a cabo actualmente, presenta serias dificultades, y aún hoy el puerto de Zeebrugge sufre las consecuencias de aquella acción.

Tal es, a grandes rasgos, uno de los hechos más salientes de la guerra, que pone de relieve el alto espíritu de la Marina inglesa, y que si tuvo algún defecto fué solamente lo tardío de su ejecución; seis meses después venía el derrumbamiento del bloque capitaneado por Alemania y con él la victoria aliada.

MATTEO MULLI.

LA VERDAD EXISTE

Una sola es la verdad, una sola es la justicia, y el hombre tiene el deber de tender constantemente y con todos sus esfuerzos al conocimiento de esa verdad, al ejercicio de esa justicia.

A despecho de todos los sistemas exclusivos, la verdad existe. Si el filósofo, harto ensobrecido por haberse apoderado de un fragmento de ella y exclusivamente ocupado en cultivar las riquezas de su parcial conquista, pierde de vista el conjunto, no cesa, empuja, de existir esa vasta y fecunda unidad. El sentido común la descubre, no deduce de ella sabiamente todas las consecuencias que encierra; pero en cada caso particular hace su aplicación, la cual no por ser instructiva es menos justa. Si por acaso yerra, no es ya en el sentido del derecho, sino que en lo que con más frecuencia hay engaño es en el examen de los hechos.

PEL. ROSSI.

Es natural que los primeros europeos que fueron al Nuevo Mundo dieran a los seres de su fauna nombres de los de los animales que en Europa se parecían a ellos. El león y el tigre de América son el puma y el yaguar o jaguar, como se empeñan en llamarle, y del mismo modo bautizaron con el de mirlos, gorriónes, codornices, etc., a las aves que tenían cierto parecido con las nuestras de esos nombres. Esa es la razón por la cual dieron el nombre de reyezuelo a un simpático pajarillo de las Carolinas, nombre tan poco apropiado como el que le dieron ciertos naturalistas que, creyéndolo originario de Luisiana, le apellidaron "ludovicianus" y más tarde "caroliniana", para después darle otro tan poco apropiado como el de "tryothorus", aceptando, por último, el de "tryothorus ludovicianus".

En cuanto a su descripción, se equivocaron igualmente: unos decían que tenía de 12 a 15 centímetros de largo; otros sólo le asignan la mitad de este tamaño. En realidad, mide 14 centímetros.

Es el reyezuelo de Carolina una avecilla que agrada y causa admiración al menos aficionado a los pájaros, por sus habilidades: es músico, arquitecto, obrero, de carácter optimista, feliz y poseedor de grandes virtudes domésticas. Reúne en sí las más salientes cualidades de ocho o diez aves. Es un pájaro feliz, que alegra la vida de los hombres. Tal es el reyezuelo de Carolina.

EL REYEZUELO CANTOR

Lo que más llama la atención en él es su canto. Este pajarillo tiene un verdadero tesoro en la garganta. Al ver su tamaño, nos inclinamos a creer que su voz ha de ser dulce y débil, y, sin embargo, su torrente de voz es asombroso. No se concibe que garganta tan pequeña pueda producir sonidos tan fuertes. Mentira parece que uno de los más pequeños seres alados de la creación posea tal volumen de voz. A todo aquel que conozca esta avecilla y la oiga cantar, le parecerá que al emitir sus trinos y gorjeos, ha de reventar su pequeña laringe, se han de dislocar sus huesos del paladar y se ha de rasgar todo su cuerpecillo. ¿Cómo es posible que pulmones tan reducidos puedan soplar con tanta fuerza, que la garganta que modela la voz emita sonidos que se oyen a casi un kilómetro de distancia? Es incomprendible. El que oye el canto del reyezuelo de Carolina y no conoce al ave canora, cree que aquellos trinos provienen de un ser diez veces mayor que el diminuto pajarillo que al aire lanza sus encantadores gorjeos.

¿Será posible dar una idea de cómo es su canto? Ni aun con las notas del pentágono podremos imitarlo; es necesario acudir a voces onomatopoyéticas para aproximarse un tanto.

Las diez o doce notas las da rápidamente y las repite unas diez veces por minuto. En la época del celo y cuando riñen, pues aun dominados por la cólera cantan, la rapidez es mayor y cantan hasta una octava más alto que de ordinario. Su cántico puede reproducirse de esta forma: *la-mi, do-la-mi, do-la-mi, do-la*, repetidas veces, y tras una pausa, continúa: *la-mi-do*, para volver a las primeras notas.

Un pajarillo feliz, optimista, mímico
y arquitecto.

El reyezuelo de Carolina

Lo curioso de este pajarillo es que canta durante todo el año; durante los más abrumadores días estivales se oye su voz; al caer de la hoja, sus trinos resuenan entre la hojarasca que arrebató el viento; cuando la nieve y el hielo cubren la campiña, su alegre canto se deja oír, y al llegar la risueña primavera, sus gorjeos llenan el aire, mezclados con el aroma de las nuevas flores. En esto se parece a su meridional compañero el sinsonte, el ruiseñor de los trópicos, que tanto han cantado los otros ruiseñores: los poetas hispanoamericanos.

Penetrad en las selvas más tupidas, caminad por las más encharcadas sendas, por las montañas nevadas, y oiréis las armoniosas notas del reyezuelo de Carolina. Os sorprende en invierno, os cautiva en otoño, os mece en verano, os alegra en primavera.

metros en busca de insectos, su alimento.

En la actualidad—añade—observo tres parejas de reyezuelos de la Carolina, y todos ellos tienen su morada en los edificios o lugares deshabitados, no lejos uno de otro. Una de las parejas tiene su nido en las ruinas de un molino; las otras dos en unas matas frondosas. Llevan cinco años viviendo en los mismos lugares.

Lo que ignoro es qué hacen, adónde van a parar sus hijuelos cuando se hacen mayores. Es indudable que muchos son víctimas de los gavilanes y alcotanes; pero los restantes, ¿adónde se dirigen? No cabe duda que muy lejos del lugar en donde nacieron. En la casa solariega continúan siempre los padres, como los viejos hidalgos.

FRIVOLA

Con sonrisa inefable que encierra
todo un mundo de bellas promesas,
me has mirado al pasar, y he sentido
por ti conmoverse mi afán y mi pena.

¡Me has mirado al pasar! ¡Cuánto diera
por saber si en tu alma coqueta
tiembla y luce la flor de un cariño
que así como el mío... sufriendo, aún espera!

PAX

Silenciosa la casa... Las ventanas abiertas
y en mi alma, el sosiego...
Juventud e ilusiones,
¡y en mi espíritu un himno de esperanza y anhelo!

MARIA ELENA SHEATHAN.

Es un ave que parece criada para recrear el oído del hombre.

El naturalista Andobón sentía especial cariño por este pajarillo; no es sabio que exagere sus apreciaciones; pero la afición que sentía por el reyezuelo de Carolina le hace decir que imita, como el sinsonte, cuando oye. No hay tal; el canto de esta ave es suyo, muy suyo; no imita el canto de ningún otro animal, como ninguna otra ave puede imitar el suyo. Otra particularidad sumamente curiosa presenta este pequeño ser. De las aves de su familia es la única que no emigra. Vive siempre en las regiones templadas del Este de América del Norte.

Al ocuparse de esta avecilla, dice el naturalista S. F. Aaron: "He prestado la mayor atención a buen número de estas aves, estudiando sus costumbres por individuos de ambos sexos y por parejas en la época de su incubación y cría, y ni una sola vez he dejado de observar que los individuos nunca abandonan sus nidos, a pesar de alejarse ochocientos o novecientos

especie de suave borra, que no pude identificar.

La parte exterior de uno de ellos era de ramitas y palitos toscos, algunos tan gruesos como un lápiz, mientras que la del otro era toda de hierba.

Ningún nido de ave alguna puede compararse al del reyezuelo en dureza y solidez.

La hembra es la que generalmente hace el nido; pero si al macho no le gusta el lugar elegido para anidar, y esto ocurre con frecuencia, entonces él construye otro a su gusto, en el que se establece. Este nido es siempre muy superior al que construye la hembra, más sólido y compacto en su exterior y más suave y amplio en el interior. En estos casos, la hembra traslada allí su morada, hace la puesta y empolla los huevos. El padre se encarga de buscar el alimento para todos.

La ligereza y rapidez de sus movimientos, superiores a las de todos los de la misma familia, aseguran una abundante ración de alimentos.

A las dos semanas de haber salido del cascarón, las crías salen volando y abandonan el hogar paterno.

LO QUE COME EL REYEZUELO

En Washington se han examinado repetidas veces estómagos de estos pájaros, y en todos ellos se ha encontrado una gran semejanza de alimento. El menú es igual en todos; lo que varían son las especies de insectos en cantidad. Unos prefieren una clase; otros, la otra; pero también puede ser debido a la mayor o menor abundancia de una determinada clase de bichos en los parajes que habitan. En un estómago se encuentran arañas, escolopendras, grillos, cucarachas, orugas, crisálidas de mariposas y falernas, lombrices y toda clase de pequeños seres vivientes. La mayoría de los insectos que devoran son perjudiciales para la agricultura, a la que rinden un gran servicio estas simpáticas avecillas, cuyos trinos son la admiración de cuantos los oyen.

Quiénes eran los "cuadrilleros"

Cuadrillero, en la Edad Media, era el que en una partida o cuadrilla se encargaba de repartir el botín cogido por sus mismos compañeros, jurando después sobre los Santos Evangelios cumplir bien y lealmente su cometido.

Al crearse en Castilla la Santa Hermandad, se llamaron cuadrilleros los hombres armados que componían esta institución, principalmente los cabos que los dirigían. Desde los Reyes Católicos, su nombramiento era facultad de la Corona.

Tenían por misión la persecución de malhechores, y en especial de salteadores y bandoleros; tan pronto como tenían noticia de la comisión de un delito, estaban obligados a salir en busca de los culpables hasta cinco leguas del pueblo de su residencia, "haciendo dar apellido y repicar las campanas en todo lugar donde llegaren" para que así fuese más fácil el auxiliarse unos a otros.

La herencia de Alberto

Por Pierre Valdagne

El señor Lepomme, notario en París, decía a Alberto Clivette, modesto funcionario municipal:

—Su padrino, el señor Trouvard, rentista, fallecido el día 5 del mes pasado, le instituye su heredero universal. La fortuna del difunto asciende a trescientos mil francos.

—¡Qué suerte!—exclamó Alberto dando un salto de alegría.

—Un momento. Hay una cláusula según la cual para que usted entre en posesión de la herencia es preciso que se case con la señorita Marcelina Lourdier.

—¿Marco...?

—Según mis informes — siguió el notario, — ha debido usted de conocer en otros tiempos a la familia Lourdier. El padre ha muerto; era encuadernador. La viuda vive con su hija Marcelina, que está empleada en las Galerías Ronsard.

—¡Ah! ¡Ya recuerdo! Papá Lourdier, mamá Lourdier y una chiquilla delgaducha, con los pelos alborotados, que siempre estaba comiendo golosinas. Hace quince años lo menos que los perdí de vista. ¿Y dice usted que vive esa señorita Marcelina?

—Sí, en la calle de Lemerrier, número 225.

—¿Y está soltera?

—No lo sé. Eso usted lo averiguará, y pida que lo esté, pues así podrá usted casarse con ella y recibir los trescientos mil francos de su padrino.

—¿Y si está casada?

—No recibirá usted un céntimo.

—¿Y si es fea?

—¡Trescientos mil francos es una suma!— dijo entonces contento el notario.

Tiene usted razón, Marcelina irá a verlo.

Después de una noche de insomnio Alberto fue a la calle de Lemerrier al salir de su oficina. Abrió la puerta de Lourdier. En pocas palabras Alberto se dio a conocer, y la conversación recayó de pronto en los recuerdos de la época en que la familia Clivette y la familia Lourdier mantuvieron relaciones de amistad.

Y Marcelina ¿se ha casado?

—¡Qué! ¿se casó?— dijo Alberto. Hoy es una mujer que se casó con un muchacho sin dinero. Ahora está en las Galerías Ronsard. Como no puede vivir y no ha dicho que se casó, será a no ser que se encuentre un hombre que la quiera de verdad.

—¿Y por qué no se ha casado ya?

—¿Por qué?— dijo Alberto con un tono que hizo decir a la muchacha:—

—¿Por qué viene a verlo si no tiene su dinero?

Alberto contó entonces lo que le ocurría.

—¿Cuándo me da a mí papá Trouvard?

—¿Si lo es usted?... ¡Pues no se casa! ¿Y cómo se casa si no se casa? Siempre que usted a ella le traiga un paquete de golosinas.

—Pues no se le olvida a usted, ¿quiere usted saber?... ¡Pues el encargo de su padrino es de trescientos mil francos!— dijo entonces Alberto.

caso con ella me quedo sin un céntimo.

—¡Trescientos mil francos!— exclamó la señora Lourdier.

—¿Cuándo vuelve la señorita Marcelina de su almacén?— preguntó, impaciente, Alberto.

—Venga usted mañana. Es domingo y estará en casa. ¡300.000 francos! Si ustedes se gustan pueden contar con mi consentimiento. Es usted un buen mozo y educado. Ahora que le prevengo que Marcelina es una muchacha muy original.

¿Qué deben leer las muchachas?

Odette Pauncier se ha entrevistado con las más encopetadas autoridades eclesiásticas francesas, inquirendo si las muchachas de hoy pueden leer impunemente cualquier obra.

La señorita Pauncier se ha dirigido al cardenal Dulvis, arzobispo de París, a monseñor Baudrillart y a otros ilustres personajes eclesiásticos.

Las respuestas de estos dignatarios no señalan un avance en las doctrinas eclesiásticas, cuyo espíritu en estos achaques se remite al de los tiempos de Fención.

Como entonces, también en estos tiempos se recomienda la mayor prudencia y mesura en la elección de libros para niñas.

No solamente nada que perturbe su inocencia—lo que nos parecería muy bien y es lo necesario,— sino tampoco nada que perturbe su fantasía, ni que las aparte demasiado de la mísera realidad mundana, ni nada, en fin, que las haga desear un mundo nuevo, o una nueva manera de vivir distintos a los de su peculiar condición de vida...

A todas estas cosas que están muy bien, se asocian, desde luego, la señora Duroy, directora de un Liceo femenino de París; Roberto de Flers, la duquesa de User y... ¡hasta el mismo Mauricio Donnay!, en cuyo teatro no hay, seguramente, nada para señoritas, sino más bien todo lo contrario; por lo que solía exclamar Fernando Martini, interpelado frecuentemente por las madres para saber si tal o cual obra era moral y podía ser vista por sus hijas:

—¡Pero! ¿Por qué no se casan de una vez todas esas benditas hijas que andan por el mundo?...

La princesa Murat tiene, en cambio, ideas mucho más amplias. Hace, naturalmente, la salvedad del firme respeto a la inocencia de las niñas, que se debe procurar y defender a toda costa, lo que es lógico y necesario, ya que lo contrario sería una monstruosidad, y aunque nada dice de la fe, se debe sobreentender, porque, como dijo Balzac, "una mujer sin fe es una flor sin aroma".

Pero la princesa Murat hace después una aclaración muy justa y muy de tenerse en cuenta. Y es que, a su juicio, las muchachas debían aprender esa vida que la realidad depara muchas veces, y que, conociéndola, sabrían aprestarse a la defensa de los muchos peligros y asechanzas a que están expuestas...

Algunos, comentando estas palabras de la princesa, dicen que fuera mejor que enseñarles a soslayar y a evitar los peligros, especialmente las que deben afrontar la vida para ganarse el pan, el procurar que las niñas de hoy, mujeres mañana, sepan ganarse la vida. Porque una vida resuelta es un gran dique... contra toda contingencia.

Marcelina Lourdier es una joven encantadora. Alberto queda fascinado desde el primer momento. ¿Quién reconocería en aquella bellísima criatura a la chiquilla delgaducha, de pelo sucio y alborotado de hace quince años?

Alberto, que ha vuelto otros domingos, se siente cada día más enamorado. Y si no se atreve a declararse es porque advierte en algunas palabras de Marcelina una intención irónica que le preocupa.

Pero un día, solo con la joven, se decide.

—Si yo le preguntase si quería ser mi esposa...

—Le contestaría que no.

—¿Tanto le desagrado?

—Nada de eso. Es que usted no me quiere.

—¡La adoro!

—No. Lo que adora usted son los 300.000 francos de su padrino. Mi madre me lo ha contado todo.

—Le juro Marcelina que no pien-

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y modico

so en ese dinero. Sólo pienso en usted; lo demás no me importa.

—Pues hay que probarlo.

—¿De qué manera?

—Renunciando a esa herencia.

—¡Marcelina! ¡Reflexione usted!...

—Está todo pensado. Mediando ese dinero entre los dos nunca podré creer que usted se ha casado conmigo por amor.

—¿Y si no fuera usted tan dichosa como yo quisiera que lo fuese?

—Yo no seré dichosa hasta que no dude. ¿Cuánto gana usted?

—Ochocientos francos al mes.

—Yo gano más que usted. Para los dos nos sobra. No hace falta tanto dinero cuando marido y mujer se quieren.

—¿Me quiere usted, Marcelina?

—Cuando vuelva de casa del notario se lo diré.

Esto ocurrió hace tres años. Hace tres años que Alberto se ha casado con Marcelina, y no lamenta su herencia perdida. Pero la señora Lourdier dice en todas partes que su hija está loca.

Desposorios históricos a bordo del "Bucentauro"

"Bucentauro" era el nombre que llevaba la suntuosa galera sobre la cual el Dux de Venecia, rodeado del nuncio y de todos los embajadores, celebraba, cada año, la famosa ceremonia de su casamiento con el mar Adriático. Este navío, artísticamente esculpido y lleno de atributos era como un heraldo de la magnificencia de Venecia y de su potencia marítima.

El Dux subía al "Bucentauro" el día de la Ascensión e iba en él hasta el canal de Lido. Llegado a este lugar, lanzaba un anillo bendecido en el mar, al mismo tiempo que decía estas palabras: *Desponsamus te, mare, in signum perpetui domini.* (Mar, nosotros te desposamos en signo de soberanía perpetua).

Este acto de posesión del mar databa del siglo XII, del día en que el Papa Alejandro III había declarado, en signo de reconocimiento al asilo recibido por el Dux de Venecia: "Que el mar os esté sometido como la esposa lo está al esposo". Alejandro III bendijo la primer ceremonia y sus sucesores hicieron otro tanto con las siguientes. Julio II fué refractario a la ceremonia, y un día preguntó dónde estaba escrito el contrato de posesión que daba el dominio del Adriático a los venecianos. Cuando Bonaparte se apoderó de Venecia el "Bucentauro" fué destruido y la ceremonia no se volvió a celebrar.

Se dice mal cuando se dice la pesca de la ballena, siendo, como es, una verdadera caza. El cachalote no es menos terrible por su ferocidad que el león y el tigre, y, sin embargo, la caza de la ballena, aunque este formidable animal sea de temperamento pacífico, es peligrosísima por la maestría que hay que observar en la maniobra de las piraguas.

Prontitud en virar, facilidad en la carrera del cable y seguridad en el golpe del harpón son las principales condiciones para el buen éxito, que, de no salir todos ellos a la perfección, puede ser causa de gravísimos accidentes.

La ballena es un mamífero del orden de los cetáceos, que se distingue del cachalote por la carencia de dientes, reemplazados en la mandíbula por ochocientas barbas o láminas córneas. La mandíbula inferior está desnuda y sin armadura.

Tiene dos respiraderos colocados en la parte superior de la cabeza, a cinco metros aproximadamente de su extremidad; sus ojos, del tamaño de los del buey, ocupan los extremos de su inmensa boca; su lengua es tan grande como la tercera parte del cuerpo, y frecuentemente suministra de veinticinco a treinta barriles de aceite.

Las hembras tienen dos tetas en el pecho, y su leche tiene el mismo sabor que la de vaca; son vivíparas y paren anualmente uno o dos ballenatos del tamaño de un buey.

Su cariño a los hijos es extremo, velando por ellos con inaudita solicitud; cuando les dan de mamar se tienden sobre un costado para presentarles el pecho, y así pueden respirar mientras maman. Defiéndenles con ahínco y se dejan matar sobre ellos cuando éstos han muerto ya.

Se pretende haber encontrado ballenas de ochenta metros de longitud. La ballena habita todos los mares, pero especialmente los del Norte. A pesar de su fuerza es tímida, y el menor ruido le asusta; cuando la sorprenden se sumerge con tal rapidez, su terror es tan grande, que a veces se rompe la cabeza contra las rocas del fondo del mar.

Este inmenso y útil cetáceo va desapareciendo de los mares por la tenacidad con que los marinos de los países brumosos se dedican a cazarle. Ya en el siglo XV los holandeses mandaban cada año a esta caza doscientos buques, montados por veinte mil hombres. Un documento fidedigno, que se conserva en el museo marítimo de la ciudad alemana de Hamburgo, demuestra que los holandeses de entonces, durante un período de cuarenta y tres años, cogieron cuarenta y siete mil ballenas.

Dejamos para otro artículo los pormenores de la caza de la ballena con sus interesantes y muchas veces trágicas peripecias, y vamos por el momento a transcribir fielmente una de las más bellas y fantásticas leyendas que de hace siglos acá corre de boca en boca entre los tripulantes de los balleneros, hombres que por vivir comunemente entre brumas, nada tiene de particular que sean dados a creer en las divinas y evocadoras patrañas del misterio.

Esta hermosa leyenda la recogió Dubarry, el novelista francés y elador de las aventuras de los cazadores de ballenas, insertándola en uno de sus más curiosos libros,

Vidas y aventuras de la vida real BALLENAS y BALLENEROS

La ballena, monstruo de los mares. — Cuarenta y siete mil ballenas cazadas por una flota holandesa. — El cuento de Rispal el marinero y la bruja hechicera.

de donde nosotros la transcribimos. Es bella y curiosa. Oid:

"Había entre Bayona y Fuenterrabía, cerca de San Juan de Luz, un marinero que, a pesar de sus diez y ocho años, pasaba por haber empaquetado tantos arenques como el más viejo pescador de toda la costa. Desde Enero a San Silvestre, corría bordadas en el golfo de Gascuña, pescando chicharro y sardina, que iba a vender a Fuenterrabía, Bayona o San Juan de Luz.

Rispal era huérfano desde la infancia, pero gracias a su energía

suma, el calafate y el pescador podían navegar de conserva, tanto más cuanto que la hija de Táfia, morenilla, con unos ojos tamaños, tenía cierta debilidad por Rispal, y voluntariamente se hubiese lanzado viento en popa hacia la rada del matrimonio. Desgraciadamente, el pirata de su padre daba a la banda siempre que le hablaban de espon-sales, y mandaba remendar sus redes al pobre pescador, en cuanto éste, trastornado a babor y estribor por ese diablo de dios ciego, quería forzar la vela acerca del autor de

DECORACIÓN

Para "FRAY MOCHO".

Sobre el fondo del cielo de un intenso dorado se marcan, muy precisos, los claros del follaje, cual se delinean sobre albo lienzo delicado los esmeraldinos contornos de un encaje.

Por sobre vetustos plintos, de musgo verdosos, derraman los geranios sus cascadas de flores, y más atrás, en la verja de hierros mohosos, las glicinas enseñan sus pálidos colores.

Un altivo pavo real muestra haciendo alarde de gran riqueza, su cola azul, violeta y gualda, bajo el Sol de la primavera y tibia tarde que hace brillar sus ojos de oscura esmeralda.

La fuerte brisa que llega hasta mí, perfumada, en estrofas divide la canción de la fuente y en la magia de la tarde de Sol coronada ¡un gran resplandor dorado rodea mi frente!...

Las rosas sueñan con las corolas inclinadas... y allá, entre la fronda naciente, en la lejanía, la alondra suavísima de brillantes miradas, vierte su raudal inagotable de armonía...

En violáceo fondo se amortigua la tarde tras un soberbio abanico de nubes de oro... El jardín, en penumbras, como antes ya no arde, ¡y una campana extiende su lamento sonoro!...

CARLOS MARIA PODESTA.

y buenos brazos se encontraba sobre poco más o menos a sotavento de su boyá.

Una sola cosa le trastornaba, la brújula: amaba a la hija de un viejo pescador llamado maese Táfia, el cual, a pretexto de que poseía algunos sacos de metálico, pretendía casar a su hija con una de las primeras gavetas del lugar.

Maese Táfia era excelente maestro calafate, y nadie sabía servirse mejor que él de la estopa, guipón, pitarasa... pero tampoco sabía nadie echar la red como Rispal. En

los días de la joven goleta, que llamaban Belinda.

Un día que el viejo le trató con más dureza que de costumbre, cuando se marchaba cabizbajo, se abordó con Belinda, que salía de la iglesia y avanzaba a toda vela.

—Buenos días—dijo a Rispal; —¿has visto a mi padre?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—Siempre que le hablo de tí, brucea hasta zozobrar, y me responde disparatando; creo que no tengo más recurso que tragarme el bi-

chero.

—¡Morir tú! No quiero, te lo prohibo.

Y como estaban en un sendero donde nadie les veía, la joven enjugó con sus lindas manecitas los húmedos ojos de Rispal.

—¿Qué hacer?—preguntó éste.

Belinda reflexionó un instante, y levantando en seguida la cabeza:

—Escucha—dijo;—a media hora de aquí hay en la montaña una hechicera que he encontrado muchas veces y que me ha prometido un filtro para ser feliz, a condición de que fuese a pedirselo a su cueva. ¿Si fuésemos a verla?...

—¡Vamos!—dijo Rispal.

Cuando llegaron los jóvenes al antro de la hechicera, ésta removía una mezcla diabólica que hervía en una marmita de bronce, delante de la que estaban acurrucados un buho y un sapo.

Belinda expuso en pocas palabras el objeto de su visita.

—Niña—dijo la hechicera,—hoy no tengo tiempo, pero mándame mañana a este muchacho y le daré lo que deseas.

—¡Lléveme el diablo — murmuró Rispal, bajando la montaña — si no preferiría encontrarme en medio del golfo, con la tempestad más deshecha, que aborarme en el campo con esa prófuga del infierno.

Al amanecer, trepaba conmovido por el sendero que conducía a la gruta de la hechicera.

Esta le esperaba. Los pardos ojos de la vieja lanzaron relámpagos; pero recobró la calma, y adelantándose hacia el marinero le dijo:

—Haré que te cases con Belinda si consientes en vivir conmigo quince días.

Rispal se estremeció.

—Sé lo que piensas — prosiguió la hechicera; — pero también te amo yo más que tu pécora, y sin embargo me contentaré con quince días de tu vida para llevarte después al colmo de tus deseos. ¿Quieres?

Y adelantando su asqueroso rostro besó a Rispal en los labios.

El marinero se estremeció como si le hubiese mordido una víbora; lanzó ahogado grito; retrocedió algunos pasos, y dominado por indescriptible terror, huyó hacia el mar.

Tres o cuatro días después, — transcurrían, por entonces, los días más hermosos del estío. — Rispal preparó su barca y, metiéndose golfo adentro, iba pensando en su novia, mientras que echaba cantando la red sobre un banco de sardinas. De pronto se remolvió el agua en derredor suyo y del fondo del golfo se levantó una masa negraza que le lanzó al aire con la barca.

Era una ballena tan grande como jamás la vió un harponero.

Rispal, que había hecho una pirueta en el espacio, cayó sobre el grasiento dorso del cetáceo, en el que clavó un bichero con nervioso movimiento. El monstruo, apenas sintió la herida, que no llegó a penetrarle en la carne, levantó la cola y partió como un rayo en dirección al océano.

Rispal adivinó al momento que aquella ballena era la hechicera, que había concebido el proyecto de llevar al marinero a una isla desierta, esperando obtener allí por temor lo que no podía conseguir por amor.

En derredor de ella hervía el agua. En pocos minutos atravesó el golfo de Gascuña; entró en el mar de Vizcaya; dejó atrás a Asturias;



dobló como un relámpago la punta de Galicia, y se inclinó al sur en cuanto entró en el Atlántico.

Ninguna vela se veía en el mar y el verde espejo se turbaba aquí y allá solamente por alguna banda de delfines, haciendo cabriolas, o algunos rorcuales persiguiendo su presa.

En aquel momento podrían ser las dos de la tarde. A las cuatro se encontraba la ballena a la altura del estrecho de Gibraltar; a las seis doblaba al largo las Canarias; a las siete llegaba al trópico de Cáncer; a las nueve costeaba las islas de Cabo Verde, y a media noche atravesaba el Ecuador.

Entonces moderó su desenfrenada carrera. Millares de estrellas brillaban en el cielo como polvo de diamante. La ballena, cada vez que azotaba el agua con su cola, levantaba una nube de fuego que caía sobre Ríspal, cubriéndole de una sustancia gelatinosa de penetrante olor.

En medio de estas luces diabólicas, los ojos del monstruo arrojaban siniestros resplandores, y por sus labios erraba sardónica sonrisa.

Cuando aclaró el día, la ballena y su jinete bolineaban delante de Río Janeiro.

En aquel tiempo, es decir, en 1711, Francia sostenía cruda guerra con Inglaterra y Holanda. La ballena pasaba precisamente delante de la ciudad brasileña cuando el almirante francés Dugnay-Trouin atacaba una fortificación avanzada de la costa, defendida por los ingleses.

Bien por fatiga, bien por sobresalto, el monstruo iba tan cerca de tierra que muchas veces revolvió la arena, llegando a nadar a doscientos metros del punto del combate.

Ríspal no pudo darse cuenta de lo que ocurrió entonces; oía silbidos sobre su cabeza y rugir a la ballena como una tempestad, viéndola después saltar hacia el Sur y ganar la alta mar.

Era que el monstruo, al pasar entre la costa y el buque de Dugnay-Trouin en el momento en que el barco y el fuerte se mandaban sus andanadas, había recibido ocho balas de cañón, de las que cuatro le habían roto la mandíbula inferior y saltado un ojo, abriéndola el vientre las otras cuatro.

Sus respiraderos arrojaban sangre con violencia, capaz de volcar un navío. Entonces le pareció a Ríspal, porque no veía nada, que emprendía el célebre una carrera tan fantástica que no se la puede representar el pensamiento. Aquello no era vuelo, era un no sé qué tan frenético que el maquinero tuvo miedo y se afianzó más y más: al bichero que tenía clavado en el dorso de la ballena.

De repente experimentó Ríspal violento choque que le arrancó de las manos el bichero, y perdió completamente el conocimiento.

Cuando volvió en sí, después de cuatro horas de letargo, era aún de noche y la ballena yacía varada entre madroperas y corales sin dar señales de vida. El joven la miró con asombro.



De lo vivo a lo pintado

Por RAMIRO MERINO

Las paredes del cine retemblaban con las carcajadas del público a cada nueva incidencia de la película cómica que pasaba ante su vista. Y la cosa no era para menos, porque los trances en que se veía Pirulo, protagonista de aquellos dos mil metros de regocijo a pierna suelta, eran realmente para desternillarse de risa. Huyendo de un acreedor, tropezaba con una escalera apoyada en un andamio y le caía encima un cubo de pintura blanca, que lo dejaba como un paisaje de la sierra. Trataba de seguir corriendo, se le trababan los pies en la escalera y venía el hombre a caer dentro de un gran tonel de asfalto, de donde salía traducido al más negro betún. Se apoyaba entonces en una tapia ruinosa para arrancarse del rostro las madejas pegajosas de la salsa en que se había rebozado, y la tapia se le caía encima, dejándolo envuelto en un montón de escombros. Se levantaba Pirulo dando tumbos; entonces tropezaba con el dependiente de una confitería que llevaba un gran ramillete de dulce, y metía la cabeza dentro de aquel colchón de merengue, mientras el dependiente le aticaba unos bandejazos terribles.

Todos nos reíamos como unos tontos viendo cosas tan divertidas; pero, por encima de las carcajadas de todo el mundo, como las voces del tenor y la tiple en un concertante de ópera, sobresalían las de un matrimonio viejo y gordo, que se tiraba de espaldas a cada desventura de Pirulo.

Detrás de dicho matrimonio estaba una mamá con sus dos niños, y al llegar la hora de merendar desenvolvió una bandeja de cartón, en la que aparecieron dos pasteles. En aquel momento oí que ambos niños decían simultáneamente:

—Oye, mamá, ya sabes que el pastel blanco lo tenía pedido yo.

—¡No, señor, el tuyo es el de chocolate!

—El mío es el de chantilly, que para eso lo he pedido yo en la pastelería.

—¡Ya verás cuando lleguemos a casa!

—¡Eso digo yo! ¡Ya verás tú! ¡Se lo diré a papá! Y como la mamá dudara lo que hacer, los chicos echaron mano a la bandeja y...!

—¡Te he dicho que sueltes!

—¡No me da la gana!

—¡Que sí!

—¡Que no!

—¡Zas! El pastel vino a saltar y cayó de cabeza, con toda su cabeza blanducha y blanquicina, sobre la espalda escotada de la señora gorda, como si un ave gigantesca hubiera dejado al pasar un recuerdo de sí misma.

¡Dios me valga, la que se armó! La buena de la señora y el no menos bueno de su marido no encontraban palabras con que recriminar la mala educación de los niños, los cuales echaron mano al cogote de la dama, porque todavía el pastel les seguía pareciendo cosa rica, y en poco estuvo que el más goloso de los chicos no pasara la lengua por la nuca de la indignada espectadora.

Lo peor fué que el marido me sorprendió riéndome y me dijo muy indignado:

—¿De qué se ríe usted, caballero?

—Hombre, le diré a usted. No soy tan mal intencionado que vaya a reírme del pastel que le ha caído a su señora. Me río de los cascotes que le caían a Pirulo.

Y, muy satisfecho de mi explicación, me estuve riendo estrepitosamente los quince minutos que duró el descanso.



Delante de él se extendía el mar hasta una ribera de verdes y frondosos árboles, detrás de los que emergían unos montes cubiertos de nieve que parecían volcanes en ignición, a juzgar por las rojizas luces que brotaban de ellos.

—¿Dónde estoy? — murmuró el marinero.

En seguida volvió a mirar al monstruo sobre el que había viajado.

—¡Por mi santo patrón! ¡Qué horribles horas he pasado sobre esta vieja carroña! ¡Parece un sueño!... Por un momento creí que marchaba en línea recta a casa de Belcebú. ¿Habrás visto maldita hechicera? ¡Ah, hija de Satanás, ya te encuentras en la cala seca!...

¿Y Belinda?

Rosadas tintas comenzaban a dibujarse en Oriente; la mar se quebraba plañidera en los arrecifes, y Ríspal, mecido por su encantadora armonía, pensaba en Belinda cuando una vela se divisó en el horizonte.

Efectivamente, era un bri-barca que se acercaba. El marinero aló en seguida el bichero a su chaqueta, cinturón y pañuelo, y lo agitó llamando al barco a medida que éste se aproximaba.

Al cabo de una hora de indefinibles angustias, habiendo visto sus señales, vino a socorrerlo una canoa, saltando poco después a la cubierta del buque, cuyo capitán, por extraordinaria casualidad, era un marino de Bayona que navegaba entonces como ballenero.

Refirió su aventura y preguntó qué tierra era la que veían.

—Estamos a la vista de Ika-Mani, precisamente en los antípodas del fondeadero de la Nivelles— le respondieron.

—¡Por Baco! — exclamó estupefacto. — ¡Preciso es que esa discipula del diablo haya corrido buenos nudos!

El buque medía cuatrocientas toneladas, y habiendo pasado de este peso el aceite y barbas que extrajeron del monstruo, terminada la fundición y maravillado el capitán con el hallazgo, se hizo a la vela para Gascuña, y seis meses después llegó a la vista de Bayona, en donde entró como triunfador a toda vela.

Se vendió el cargamento, y como Ríspal tenía derecho a la mayor parte del beneficio, ajustadas las cuentas, se vió en poder de diez mil libras, cantidad que equivalía a veinte mil pesos de hoy.

En cuanto tuvo sus ganancias en el bolsillo, fué a San Juan de Luz, donde había circulado el rumor de su regreso y aventuras. Belinda lo esperaba, y maese Tafia, a pesar de sus talegas, se creyó dichoso en poder dar a su hija a un mozo que podía caminar a nivel del alcaide.

Un mes después, todas las campanas del pueblo repicaban anunciando el casamiento de Belinda y el marinero.

Lo cual prueba que la pesca de la ballena es buen oficio, a pesar de lo que digan los marineros de agua dulce.

FERNANDO LOPEZ MARTEL



Un ingeniero suizo, el señor Jules Jaeger, ha presentado a las Cámaras de Comercio de París y Londres el proyecto de un puente para cruzar el canal de la Mancha. El señor Jaeger propone unir los sistemas de ferrocarril, carreteras, canales y ríos navegables de Inglaterra con sus correspondientes del Continente de Europa.

Se construirán dos diques para- lancia de 42 kilómetros, sobre los lelos desde Calais a Deal, una dis- cuales pasaría el ferrocarril y trá- fico rodado, mientras que el espa- cio entre los dos constituiría un abrigado canal a modo de exten- sión o alargamiento del canal, de Calais hasta Inglaterra. El autor del proyecto cree que este canal podría luego continuarse desde Deal a través de la parte Noroeste del Condado de Kent, hasta Herne Bay en el estuario del Támesis, convirtiendo en esta forma a Lon- dres en estación terminal de los sistemas continentales de ferroca- rriles, canales y carreteras. El cos- to de la obra se calcula entre 1.225 y 1.400 millones de pesos. Por otra parte, el costo del túnel tantas veces proyectado ha venido experi- mentando aumentos estos últimos cincuenta años, y el cálculo más reciente lo supone en unos 1.050 millones de pesos.

Tratando el proyecto de Jaeger de una obra sobre la superficie del mar, es preciso tener en cuenta las necesidades del tráfico en ambos extremos del puente, en Deal y Ca- lais, y, con este objeto, se construi- rán en ambos puntos dos grandes puertos, provistos de todas las fa- cilidades para el transbordo de mercancías entre el ferrocarril, barcazas y vapores. El tráfico ro- dado por ferrocarriles y carreteras cruzaría estos puertos sobre eleva- dos puentes levadizos.

La obra se construiría calculan- do un desarrollo ilimitado del trá- fico. La distancia entre ambos di- ques, o sea el canal, sería de algo más de 300 metros y la profundi- dad variaría entre 120 y 180 pies.

Cada dique llevaría vía doble y una carretera superpuesta para el paso de automóviles, carros, etc. Toda la estructura sería construí- da en línea recta desde Calais a Deal, y en este último punto, todo el tráfico rodado, incluidos los fe- rocarriles, se desviaría en direc- ción Oeste, para unirse con las re- des actuales de ferrocarriles y ca- rreteras que van a Londres. Aun cuando luego se prolongase el ca- nal desde Deal a Herne Bay, en el bajo Támesis, la obra total desde Calais al Támesis se alejaría muy poco de la línea recta.

No tomando a Dover como punto de partida del puente por el lado de Inglaterra, el ingeniero Jaeger evita las corrientes existentes a la entrada de este puerto y que po- drían representar dificultades para

LA INGENIERIA DEL PORVENIR

Un puente gigantesco entre Inglaterra y Francia

la construcción, de costosa elimina- ción. Estas corrientes son tan fuer- tes, particularmente desde que el Almirantazgo británico ha construí- do una base naval en Dover, que los potentes vapores que en la ac- tualidad efectúan la travesía entre Calais y aquel puerto, tienen nece- sidad de entrar en él a toda mar- cha para evitar ser arrastrados con- tra las escolleras, según ha ocurri- do recientemente.

Además de hacer posible la car- ga de barcazas en los muelles de Londres y su envío por vía marí- tima perfectamente resguardada hasta los sistemas de canales del Continente, el proyecto Jaeger ha-

las demás naciones del Continente es el mismo que en Inglaterra. En realidad, existe una diferencia de un centímetro entre un ancho y otro; pero esto que no ha sido una dificultad en el pasado no lo sería tampoco en el porvenir, y mediante el servicio de *ferry-boats*, veríamos vagones franceses, ingleses y ale- manes, circular sin inconvenientes por las líneas de ferrocarriles de una u otra nación.

En la actualidad, aun se sostiene un servicio muy reducido y expues- to a toda clase de interrupciones por el estado del tiempo; pero con la ejecución del proyecto Jaeger estas dificultades desaparecerían y

mayor rapidez que el túnel, puesto que estaría expuesto a los fuegos de la escuadra de mar del Norte y de las baterías de la costa. Por otra parte, no sería difícil a los mi- litares conseguir que el puente se construyese con alguna combina- ción, mediante la cual fuese posi- ble destruirlo rápidamente en el caso de guerra con el país vecino.

En opinión del señor Jaeger, su proyecto, en lugar de constituir un peligro para Inglaterra en tiempo de guerra, sería de gran importan- cia militar. Fácil es imaginarse que de haber existido el puente durante la última conflagración mundial, hubiese representado una ventaja estratégica del más alto valor ima- ginable, ya que hubiera constitui- do el mejor lazo de unión de todas las líneas de comunicaciones con Francia, sirviendo al propio tiem- po de dique contra las bases de submarinos alemanes, lo que nunca pudo conseguir por completo la base naval de Dover, ni tampoco los campos de minas, aun cuando éstos casi llegaron a lograrlo.

Pero quizá la objeción fundamen- tal de los técnicos militares esté basada no tanto en el problema de la destrucción del puente como en el temor de que Inglaterra fuese derrotada en una futura guerra, y es que una de las primeras condi- ciones que le serían impuestas en la paz habría de ser indudable- mente la reconstrucción de lo des- truido, que es de suponer pasaría bajo el control de los vencedores para su explotación.

Eso, naturalmente, es colocarse en la peor de las suposiciones; pe- ro quizá sea deber de las autori- dades militares, por la naturaleza de su cometido, imaginarse siem- pre lo más desagradable y preve- nirse contra ello.

Autolitografía

Con este nombre se conoce un procedimiento de impresión caligrá- fica, que consiste en escribir con una tinta química sobre un papel común y transportar el escrito a una plancha preparada al efecto, en la cual en dos o tres minutos queda en relieve una prueba nega- tiva del diseño. Para la estampa- ción, se da tinta de copiar al mol- de, y la impresión se efectúa colo- cando sobre él una hoja de papel que se comprime con la palma de la mano. Se tiran de este modo un gran número de ejemplares, cui- dando de dar tinta cuando las re- producciones aparezcan poco inten- sas. Las planchas, luego de utili- zadas, se borran fácilmente con una esponja, agua y jabón.

EL HALCON Y EL GALLO

Un halcón familiarizóse tanto con su amo, que ape- nas le llamaba éste cuando el animal estaba sobre él.

El gallo, por el contrario, huía de su dueño, gritando cuando se le acercaba.

Dijole un día el halcón:

—Vosotros los gallos no sois agradecidos; pertene- céis a una raza servil; no os acercáis a vuestros amos sino impelidos por el hambre. ¡Qué distintos de nosotros, pá- jaros salvajes! Somos fuertes, nuestro vuelo es más rápido que el vuestro, y sin embargo no huímos de los hombres; por el contrario, nos posamos en sus manos cuando nos hablan; siempre nos acordamos de que les debemos nues- tros alimentos.

El gallo le respondió:

—No huís de los hombres porque nunca habéis visto un halcón asado, mientras que nosotros a diario vemos gallos al horno.

LEON TOLSTOY.

ría revivir el tráfico de *ferry-boats*, tan empleado durante la guerra. Así como el tráfico ordinario del canal podría salir de Herne Bay, en el bajo Támesis, con dirección a Deal y Calais, evitando en esta forma el mar abierto a la altura y fuera del cabo North Foreland, trenes de mercancías completos po- drían ser transportados en *ferry-boats* de Deal a Calais, para luego circular por las líneas del ferroca- rril del Norte de Francia.

Excepto en España, Portugal y Rusia, el ancho normal de vía en

el servicio podría efectuarse con regularidad en el mismo caso de guerra, pues dentro del canal, en- tre los dos diques, los *ferry-boats* estarían a cubierto de ataques por torpedos y minas.

En la opinión de los técnicos, el proyecto del ingeniero suizo es de más fácil realización que el túnel; pero también en este caso las au- toridades militares inglesas encuen- tran innumerables inconvenientes, a pesar de que, en caso de guerra entre Inglaterra y Francia, el puente podría ser inutilizado con

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . \$ 2.50	Trimestre . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 6.00	Semestre . . . 4.00
Año 9.00	Año 11.00	Año 8.00
N.º suelto . . 20 cts.	N.º suelto . . 25 cts.	
N.º atrasado 40 .	N.º atrasado 50 .	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no soli- citadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógra- fos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande cada tomo	\$ 12.—	3.70
Tapas sueltas chico	8.—	3.—
Tapas sueltas grande	9.—	3.—
Tapas sueltas chico	6.—	1.50

PAPEL Y TINTA

Una edición crítica del "Martín Fierro".—

Don Ramón Menéndez Pidal no ha caído en exageración al calificar de obra notable la que ha producido el erudito profesor Eleuterio F. Tiscornia, tomando por asunto el famoso poema de José Hernández.

Ardua fué la empresa de bordar aquí un comentario en torno de cada uno de los variadísimos estudios que ha motivado el "Martín Fierro", desde su aparición hasta nuestros días. Los unos lo han contemplado desde el punto de vista puramente estético, los otros desde el filológico y no faltan los que de él se han servido para determinar ciertos principios sociológicos relacionados con nuestra nacionalidad. Huelga decir que entre los intelectuales españoles, Menéndez y Peylayo, Unamuno, por no citar sino autoridades, nuestra epopeya payaduresca — como le llama Rojas — despertó un interés notorio que se tradujo en opiniones favorables y dignas del mayor crédito. La filosofía del "Martín Fierro" ha dado lugar a glosas interesantes; difícilmente — ha dicho un conocido literato — se encontrará una obra de carácter popular que tenga mayor profundidad ideológica. Pero maguer la abundancia de estudios al respecto, el "Martín Fierro" sigue despertando la atención de los comentaristas. Todavía, en ciertos puntos, no se ha dicho la última palabra. Por ejemplo, el aspecto filológico del poema no había sido contemplado con la detención necesaria: se esperaba un análisis minucioso de los vocablos para determinar la verdadera procedencia de los mismos, ya que hasta el presente subsiste la polémica en torno del origen de ciertas palabras.

De ahí que la obra del señor Tiscornia llegue en momento propicio para destruir tantas especies que por obra y gracia del desconocimiento del idioma por parte de muchos, han adquirido autoridad de verdades. El profesor Tiscornia confirma con la seriedad de este trabajo su prestigio de erudito. Sin dejarse impresionar por las teorías dominantes, realiza su obra con serenidad, demostrando un profundo dominio del idioma a la vez que de la literatura castellana. Las notas al poema pintan al sociólogo bien informado; los comentarios filológicos — que son la novedad del libro — denuncian al lingüista lleno de esa autoridad que sólo se logra con el estudio tesonero y bien dirigido.

Sabido es que el "Martín Fierro" contiene expresiones que los menos avisados en materia de lingüística consideran como netamente americanas, cuando en realidad, llegaron a estas tierras en el idioma de los conquistadores. Un cotejo detenido de los viejos cantares de gesta y nuestro poema, enseñará que muchos vocablos cuyo origen se discute, abundan en los primeros. No hemos de negar que en el lenguaje gauchesco haya una respetable copia de palabras de origen americano, por ejemplo las que provienen del quichua, del araucano, del

guaraní, del pampa, etc.; y algunas castellanas cuya fonética y ortografía ha sido alterada, dándoseles también un significado distinto al que tuvieron, pero ni las unas ni las otras bastan para modificar la lengua madre. Las primeras y las segundas sólo han enriquecido a ésta, pero nunca han determinado formaciones dialectales definidas. Muchos términos aducidos como argentinos, son en verdad perfectamente españoles y esa es la causa de polémicas que, en cierto momento, han llegado a apasionar los ánimos. El profesor Tiscornia, ha tenido en cuenta las diversas teorías para discutir las, fundando su opinión en documentos valederos. Toma una palabra y busca su filia-

de que se dejen de lado los celos y los egoísmos, y se premie a los trabajadores intelectuales que contribuyan con los frutos de su talento al desarrollo de la cultura nacional.

I. M.

"La emoción de Montevideo, ante el raid del comandante Franco", por Mercedes Pinto. Montevideo.—

La exquisita poetisa señorita Mercedes Pinto, ante el gesto de los héroes españoles realizado últimamente y que tanto emocionó a la intelectualidad uruguaya, ha reunido en un elegante tomo la emoción despertada por los intrépidos aviadores en la vecina república.

El libro que nos ofrece Mercedes Pinto es un conjunto variado y armonioso, donde los escritores y poetas uruguayos han reflejado su emoción por los vencedores del espacio. En la obra que prologa la distinguida escritora, con la galanura de su estilo, se destacan fir-

Un solo sentimiento, una misma inspiración, una misma inquietud, una idéntica pasión, se encierra en esta obra, forjada por un ansia de justicia a los valientes paladines que, así como Colón describió una huella imborrable sobre los mares, cuatro siglos después, ellos la han trazado sobre la pizarra del azul.

Mercedes Pinto, es también una sentida poetisa; así lo dice Cristóbal de Castro en el libro que le prologó y que intitula "Brisas del Teide". "Al nacer Mercedes Pinto se agruparon junto a su cuna todos los Hados. Y todos los augurios de la Naturaleza y de los hombres se vistieron de fiesta".

El verso de esta escritora, trazado en los moldes clásicos, es puro, hondo, sentimental, ajeno a todo sensualismo; fluye de él una espontaneidad deleitante, una música avasalladora.

A la pureza de su estilo unifica el sentimiento. Le inspiran los motivos más grandes: el amor, el dolor, la inocencia. Se vé que su corazón abierto a la caricia de una gran inspiración se detiene en las fuentes de la ternura.

Colaboradora de "Nuevo Mundo", de "La Esfera", de otras importantes publicaciones extranjeras y del vecino país, la escritora Mercedes Pinto, nos da siempre el fruto hermoso de su estro ardiente, la elocuencia de su espíritu artístico, encerrado en la copa de oro de sus poemas, siempre bellos y tejidos con emoción.

Así es cómo interpreto los libros que me envía del vecino país, la poetisa celebrada ya por tantos versos hondos y aplaudida por plumas autorizadas.

F. B. VISILLAO.

"La justicia del virrey. Narración histórica argentina", por Alejandro Rómulo Cánepa.—

La Casa Editorial Maucci de Barcelona, ha tenido el buen acuerdo de publicar la 2.ª edición de esta notable obra, tan interesante y bien escrita.

Alejandro Rómulo Cánepa, de quien dice Juan José de Soza Reilly que con la tenacidad filosófica del pájaro que, a pesar de los vientos, construye su nido; este noble escritor ha impuesto su obra, con una clara comprensión del panorama del pasado argentino, abandonando los hasta ayer trillados caminos y ha conseguido evocar los ocultos tesoros de poesía que yacen enterrados, tanto en las centurias coloniales, como en los tiempos siguientes, poesía que constituye el más delicioso perfume de la historia.

¿Cómo lo realiza? He ahí precisamente su originalidad. Evocando episodios y personajes perdidos u olvidados injustamente en forma tal, que el lector logra trasladarse, por manera maravillosa y por unos instantes, a las épocas lejanas en que vivieron o acontecieron, dejando en su espíritu, ora la emoción heroica, ora la suave melancolía de las cosas pretéritas.

De tan aventajado historiador-poeta, puede decirse que es ya un especialista en este género de literatura, tan poco cultivado hoy en día. Si sus múltiples composiciones de ese carácter no fuesen suficientes para acreditarlo como tal, bastarían las incluidas en este tomo para conseguirlo definitivamente.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7382, Avenida

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
ATENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPTALMOLÓGICO "SANTA LUCÍA"
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 210
U. T. 88, Mayo 6887

Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 728 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUJIA
DE SEÑORAS
B. MITRE, 1256. U. T. 422, Adrogué
ADROGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Círculo de
La Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. 5728, Juncal

ción poniendo en la empresa el rico caudal de sus conocimientos; logra descubrir el origen de la misma, pero, mientras lo ha buscado, mucha erudición ha puesto en juego, de suerte que el lector, no sólo recibe el provecho de saber la procedencia del término, sino que recibe una serie de enseñanzas literarias y filológicas de alto valor.

Los estudiosos más destacados de España y América han recibido con aplauso esta obra, y, en cartas que tenemos a la vista, estimulan al autor para que persista en su labor tan brillantemente iniciada.

En la Argentina, no son muy frecuentes publicaciones de aliento como la del profesor Tiscornia. Acaso falte el auspicio que infunde ánimos. Sea lo que fuere, es hora

mas autorizadas, desde la del patriarca de las letras Zorrilla de San Martín y el altisonante Frugoni, hasta la sutil Raquel Sáenz y la sentimental Alicia Porro Freire.

Dice la prologuista, señorita Mercedes Pinto, española de origen, pero residente en Montevideo, ante la pujanza de sus compatriotas: "La hazaña de los aviadores españoles, si fué admirada como tal, llevó a sus límites el delirio de esta región del Plata". Y así es, en efecto, pues todavía nos sentimos vibrar bajo el calor del entusiasmo que nos despertaron los valerosos y vencedores de los vientos que trajeron a estos países la gloria de la madre patria, envuelta en las alas del pájaro mecánico.

Sabor a viejo romance tiene la historia del famoso maestro ceramista inglés Wedgwood, el mérito de cuyas obras fué justamente apreciado en vida del autor y no decae en el transcurso del tiempo. Hasta se da el caso de que a la extraordinaria estimación que alcanzan entre los coleccionistas se una la de aquellas personas poco o nada versadas en el arte de la cerámica.

Wedgwood nació en Burslem, ciudad del condado de Stafford, el año 1730. Recibió una instrucción muy deficiente, y a la edad de once años, al morir su padre, entró como tornero en una fábrica que dirigía el hermano mayor del huérfano, a quien graves trastornos en su salud impidieron seguir la práctica del oficio.

Abandonó entonces su ciudad natal; se asoció a un tal Harrison, establecido en Stoke, y durante el poco tiempo que permanecieron unidos comenzó a desarrollarse en Wedgwood un talento especial para la fabricación del vidriado de adorno.

Al ceramista inglés deben sus mejores creaciones los decoradores británicos contemporáneos suyos y muchos de los que posteriormente alcanzaron renombre en ese mismo aspecto de la actividad artística.

Durante la época de Wedgwood, la cerámica inglesa estaba en decadencia tal, que las personas de buen gusto se proveían en el extranjero de los objetos artísticos de esa clase, justamente desdeñosa de las monstruosidades que se producían en su país. Y fué entonces, mientras cundía el desaliento entre los ceramistas de Staffordshire, cuando se reveló el talento de Wedgwood, revolucionario del arte que cultivaran sus antepasados y que constituía su ideal.

Ya de niño, su recreo favorito consistía en recortar figuras en papel, a las que prestaba siempre armónicas proporciones y gallardas actividades. También gustaba de pasear por el campo, y observaba atento la Naturaleza.

Ya en pleno desarrollo de sus facultades artísticas, el precario estado de su salud obligó a Wedgwood a recluirse en su alcoba durante una larga temporada. Escaso de recursos, trató de procurárselos y para ello confió los secretos de su arte a compañeros que le traicionaron, ávidos de aprovechar exclusivamente para sí aquellas enseñanzas. Cuando el maestro pudo reanudar el trabajo, aceptó el que le ofrecieran, en condiciones mezquinas; pero, animoso siempre, su férrea voluntad no tardó en vencer aquellas desfavorables circunstancias, auxiliado por su compañero leal, el único entre todos, que fué Tomás Bentley, quien no abandonó un instante al fraternal amigo, cuyo arte amaba con tanta intensidad como el propio Wedgwood.

Estableció éste en Burslem un pequeño taller, con el techo de paja, y continuó la fabricación del vidriado artístico. Prosperó el negocio, y pudo el ceramista fundar una segunda manufactura de vidriado blanco, y una tercera, de donde salió aquella loza de color café con leche, que adquirió rápida fama. Todo eso ocurrió en menos de un año, y uno de los motivos del triunfo de Wedgwood fué su habilidad para fabricar los moldes. Hombre sencillo y de una gran modestia, acostumbraba a decir: "Si quieres algo bien hecho, hazlo tú mismo". Fiel a esta máxima, permanecía el día entero junto a sus

El fundador de un pueblo Vida y obras de un gran ceramista inglés

operarios, cuya labor vigilaba atento, y en ella tomaba parte a cada momento, con lo que perfeccionaba la técnica de sus obreros, hasta tal punto, que los objetos fabricados por otros ceramistas no podían aspirar a la competencia con los procedentes de los talleres de Wedgwood.

Tuvo el artista la feliz ocurrencia de obsequiar a la reina con algunas piezas de aquella nueva loza color crema. La soberana le encargó en seguida un servicio completo, por el que obtuvo, sin solicitarlo, el título de fabricante de vajillas de la Corona.

No tardó el artista en abrir un establecimiento en Londres, en el West End y exhibió allí ejemplares

gewood y los que él ejecutaba con más gusto. Esa labor favorita constituía el cuarto invento de importancia del gran ceramista, quien, tras de innumerables ensayos con diferentes clases de arcilla y materias colorantes, logró producir cafeas, medallas y estatuillas de extremada delicadeza, con una sustancia muy dura y resistente a todas las causas ordinarias de destrucción.

También se debe a Wedgwood el descubrimiento del arte de pintar vasos y otros objetos de este género, sin que conserven la apariencia de barniz de la pintura ordinaria sobre porcelana o loza.

En esos ejemplares, el azul claro y el rosa eran los dos colores pre-

feridos por el público, y sobre el fondo así matizado aparecían bellas danzarinas y otros atractivos motivos ornamentales.

Estaba Wedgwood en el apogeo de su fama, y era su condición tan humilde, según hemos tenido ya ocasión de indicar, y tal su amor al oficio, que repetidamente se dió el caso de que, mientras mostraba sus obras a un grupo de encopetados visitantes, si le asaltaba una nueva idea, si vislumbraba la manera de perfeccionar cualquier detalle, despojábale rápidamente de la casaca, se ponía un mandil de obrero, y se sentaba a trabajar en el torno, mientras su consocio hacía girar la rueda.

A Wedgwood le adoraban sus operarios. Junto a uno de los más estimados por él llegaba con frecuencia el maestro, a quien el joven obrero alargaba, una tras otra,

de arcilla, con las que el ceramista modelaba vasijas, y con ellas se dirigía luego al torno para perfeccionar por sí mismo su trabajo.

El renombre de Wedgwood no se circunscribió a los límites de su patria, sino que trascendió a Francia, Rusia y otros países. Los palacios moscovitas eran decorados con bajorrelieves modelados por el ceramista inglés, a quien la reina Catalina encargó varios servicios de vajilla, constituidos cada uno por numerosas piezas.

Con el fin de atender puntualmente los crecientes pedidos que recibía Wedgwood, fundó nuevos talleres no lejos de Burslem, y la colonia obrera domiciliada en torno al establecimiento fabril fundó un pueblo que recibió el nombre de Etruria en recuerdo de la comarca de Italia, famosa por su bellísima cerámica.

Algunos de sus aristocráticos clientes sugirieron a Wedgwood la idea de que reprodujese en sus vasijas paisajes del país, y tan pronto como fué conocido el propósito, gran número de nobles ingleses, entre ellos algunos pares del Reino, ofrecieron al maestro sus hermosas quintas para que las utilizara como modelos.

Una de las mejores colecciones de cerámica de Wedgwood se conserva en los Estados Unidos. También allí figura, en otra colección notable, uno de los jarros de más esbeltas líneas entre los fabricados por aquel artista, jarro que, además, es famoso por el asa, minuciosamente elaborada y de un rarísimo ornato. El jarro está matizado de un azul tenue y tiene espacios blancos, y aunque se trata de un ejemplar sin tacha, no es la mejor obra de Wedgwood.

Dejó éste un aventajadísimo discípulo, William Thomas, quien fué uno de los pocos que siguieron utilizando aquel "jaspe" inventado por su maestro, y con el que fabricó vasijas casi tan perfectas como las de Wedgwood. Y justo es consignar que Adams llegó a tener personalidad propia y no se limitó a ser, como alguna vez se ha afirmado, un imitador de su maestro.

Las esculturas de las catedrales

Chartres, la vieja ciudad conocida ya en tiempos de los romanos, es una población que presenta monumentos tan grandiosos como la puerta Guillaume, y la magnífica catedral, admirable ejemplar gótico que no desmerece junto a las otras catedrales del mismo estilo que Francia posee.

En el punto más preeminente de la ciudad se eleva la catedral construida en 1020, destruida más tarde por un incendio y reedificada de 1194 a 1290. Está compuesta de cinco naves y tiene 134 metros de larga por 46 de ancho.

El exterior del templo se halla ornamentado con profusión de estatuas y esculturas representando santos, pasajes bíblicos y sabios de la antigüedad.

Son notables las vidrieras de colores del interior que datan del siglo XIII, y la cripta románica construida con piedras enormes.

Se venden los clisés utilizados en esta Revista

Dirigirse a la Administración de
FRAY MOCHO

Bolívar, 879

Buenos Aires

tan bellos, que a todas horas aparecía la tienda invadida por los aristócratas, quienes admiraban las vasijas expuestas y constantemente hacían adquisiciones.

Bentley, el fraternal amigo y asociado de Wedgwood, fué su activo auxiliar, ya que, por sus conocimientos de arte y literatura, le prestó excelentes servicios, sobre todo en la parte artística de la fabricación.

El contorno de las vasijas, la disposición de los motivos ornamentales, el clasicismo en la línea; todo detalle, en fin, evocaba el carácter del arte griego y romano, lo que se debe, en parte, al influjo que en Wedgwood ejercieron los constructores de muebles contemporáneos suyos, que al ornamentar seguían el estilo clásico.

Los trabajos ejecutados en jaspe fueron los de mayor mérito de Wed-

ANECDOTA

'Acompañó Bolívar a un embajador español al Vaticano, para ser presentado a Pío VII. Al acercarse a Su Santidad advirtiéndole el embajador en voz baja y en lengua española, que debía arrodillarse para besar la cruz de la sandalia del Pontífice. Bolívar se negó a cumplir con esta parte de la ceremonia, y fué en vano que el embajador, turbado, le dijese que era necesario someterse a la etiqueta. Por toda respuesta hizo un movimiento de cabeza, que indicaba su firme resolución de no ceder. Notó el Papa la sorpresa y el embarazo del embajador, y sospechando la causa, dijo con bondadosa condescendencia:

—Dejad al joven indiano hacer lo que guste.

Y extendiendo la mano, permitió que Bolívar le besase el anillo, lo que hizo del modo más respetuoso.

Ayer estuve en casa de mi excelente amigo Hambus, el pintor visionario cuyo impresionismo espanta.

Estaba solo en su estudio, vestido con una magnífica levita, lujo que me sorprendió.

Hambus notó mi gesto y dijo:

—Esta levita me pertenece desde hace más de un mes.

—¿Y no la usabas?

—No, porque estaba de viaje.

—¿Tu levita? No te comprendo.

—Es muy sencillo. El mes pasado, cuando tuve la suerte de vender a buen precio mi famoso cuadro "La alucinación de un fauno", me hice una hermosa levita, prenda aristocrática y severa que ha sido siempre mi debilidad. Hacía apenas cuarenta y ocho horas que la usaba cuando mi amigo Gleze, el escultor, me la pidió prestada, porque tenía que asistir a la inauguración oficial de su estatua a Emilio Faguet, y no era cosa de presentarse en americana al ministro.

"Tómala—le dije—y devuélmela cuanto antes.

Gleze salió contentísimo y no volví a saber más de él. Pasaron quince días. Muy inquieto por la suerte de mi levita, fui a la casa del escultor.

—Vengo por mi levita—le dije.

—¿Qué levita?

—La que te presté hace quince días.

—¡Ah, sí! ¿Pero no te la ha devuelto?

—¿Quién?

—Fusin, el paisajista. Se la presté el mismo día de la inauguración de mi estatua, porque iba a ser testigo en la boda de

LA LEVITA

Por Maurice Dekobra

su modelo y no tenía qué ponerse. ¿Qué iba a hacer? Fusin es un excelente muchacho. No te contraría, ¿verdad? Lo que me extraña es que no te la haya devuelto. Lo mejor es que vayas a su casa. Vive en la calle de Arbalétriers, 131.

"Corrí a la casa de Fusin. La portera me dijo que no vi-

media; todavía puede usted encontrarlo en Santa Clotilde.

"Tomé el ómnibus y llegué a Santa Clotilde cuando los empleados de la funeraria recogían el catafalco. Me dijeron que la comitiva fúnebre iba camino del cementerio del Père Lachaise, y que la tumba de la difunta estaba precisamente

EL PERRO, ETC.

El perro es un animal religioso. Salvaje, adora la luna y las claridades flotantes del agua; son sus dioses, y por la noche les dirige grandes alaridos. Doméstico, se gana con sus caricias la voluntad de los genios poderosos que disponen de todo en la vida: los hombres. Los venera; y para honrarlos, realiza ritos que conoce por ciencia hereditaria; les lame las manos, se apoya contra sus piernas, y cuando los ve irritados, acércase a ellos arrastrándose sobre el vientre, en prueba de humildad para aplacar su cólera.

ANATOLE FRANCE.

vía ya allí. Se había mudado a la calle de Jemmapes, número 8 bis.

"Tomé un autobús, y una hora después estaba en la casa de Fusin. El paisajista, al saber el objeto de mi visita se puso muy encarnado y balbuceó:

—¿Cuánto lo siento, caballero; pero yo no tengo su levita! Ayer, mi amigo Parcelin, el ceramista, me dijo que se la prestara por veinticuatro horas para asistir al entierro de una tía suya. Son las tres y

detrás del monumento de Eloi-sa y Abelardo.

"Volví a tomar el ómnibus y acerté a ver a Parcelin en medio de la familia desconsolada. Me sorprendió el verlo en mangas de camisa.

—¿Viene usted por la levita de Fusin? En aquel coche va. Se la he prestado a mi cuñado para retratarse en casa de Sitratte, en el bulevar Raspail. Sigale usted, y se la dará después de retratado.

"Desesperado, subí al ómnibus, y tres cuartos de hora

después estaba en la fotografía.

—¿Qué me quiere usted?

—La levita que le ha prestado a usted Parcelin es mía... y quiera...

—¿Que es de usted?

—Sí, es mía. Yo soy Hambus.

—Usted será Hambus, ¿pero quién me prueba que la levita es de usted? No le conozco. ¿Quién me dice que usted no es un ladrón?

—¡Caballero!

—¡Nada de caballero! La levita me la ha prestado mi cuñado, y sólo a él se la entregaré. Y dé usted gracias a que no lo mando detener por tentativa de robo.

No había nada que hacer allí. Al día siguiente me fui a casa de Parcelin y le pedí enérgicamente mi levita.

—¿Su levita? Vamos por partes. Mi cuñado me trajo ayer la levita que me había prestado mi compañero Fusin. Yo no le conozco a usted, y Fusin no me ha hablado nunca de usted. Pudiera usted ser un ladrón. La levita se la devolveré a Fusin, y dese por contento que no lo mando detener por tentativa de robo.

En casa de Fusin se repitió la escena, y tuve que ir hasta Gleze para volver a entrar en posesión de mi levita. ¿Sabes cuánto ha durado todo esto? Tres semanas. ¡A cualquier hora vuelvo yo a prestar nada mío!

—Es que... querido Hambus...—le dije tímidamente,—yo venía a verte precisamente para que me prestases tu levita para asistir mañana al bautizo de un sobrino mío.

"La ascensión del águila"

Una grande y bella obra cinematográfica. — La revelación de Isabelita Ruiz como actriz dramática

Sin exagerar, puede adelantarse que constituirá un acontecimiento cinematográfico el estreno del film "La ascensión del Águila", que prepara la casa Max Glucksmann. Este film es el que se dio a conocer en Europa bajo el título de "Destinee" y cuya realización se debe a uno de los más grandes directores cinematográficos de la hora actual: Henry Roussel, el que hizo la celebridad de Raquel Meller como "vedette" de la pantalla.

Otra revelación, quizás mucho más sorprendente que la que Roussel ofreció con Raquel Meller, es la presentación de Isabelita Ruiz como actriz dramática. Quien haya

conocido a esta artista como cancionista y la vea ahora en la pantalla, comprobará una de las transformaciones más insospechadas, más extraordinaria: Isabelita Ruiz se coloca de golpe entre las más grandes actrices de la pantalla. En resumen: es una verdadera revelación.

Recordaremos que "La ascensión del Águila" ha merecido la distinción de ser exhibida, por pedido especial del primer ministro M. Aristides Briand, en los salones de la presidencia de la República Francesa, asistiendo al acto el presidente M. Doumergue, todos los ministros, el cuerpo diplomático ex-

tranjero, especialmente invitado por M. Briand y, en fin, las más altas personalidades de las ciencias, de las artes, de la política y del gran mundo, obteniendo un éxito rotundo.

Este acto constituyó la consagración definitiva de M. Henry Roussel como director cinematográfico, consagración que se hizo efectiva con la entrega de condecoraciones oficiales.

"La ascensión del Águila" triunfó más tarde en toda Europa, como había triunfado ante la élite.

Abarca esta obra cinematográfica, en una síntesis extraordinariamente feliz, pujante, los comienzos estupendos de uno de los hombres más extraordinarios que hayan existido: Napoleón Bonaparte.

¿Quién, si no ha leído, no ha oído siquiera hablar de aquella increíble hazaña del "Cabito" que a los 26 años de edad, al frente de un ejército de valientes pero desorganizado, cruza los Alpes y arroja a los imperiales, hasta entrar triunfalmente en Milán, librando

a Italia de la dominación extranjera?

Y bien: esta épica hazaña, este hecho histórico que parece una aventura novelesca, lo hace revivir Henry Roussel en forma que ninguna evocación lo supera. No son escenas de guerra reconstruidas para dar mera espectacularidad al film, es, como diríamos... es... "aquello" mismo, condensado en sus aspectos más emocionantes.

Pero el film no se reduce a lo bélico de la hazaña. Es el "Cabito", que fué más tarde el emperador Napoleón, el que revive en medio de una época de relajamiento patriótico, de trivialidades, de egoísmos; es Napoleón Bonaparte que destaca su carácter maravilloso en medio de esa sociedad, es un romance humano que se desarrolla en forma apasionante, es la gracia, el buen gusto; en resumen: un todo correcto, presentado con una técnica sabia, firme, segura. Repetimoslo: "La ascensión del Águila" constituirá un verdadero acontecimiento cinematográfico.

"UN ESCANDALO EN MAR DEL PLATA", FUE ESTRENADA EN EL BUENOS AIRES

Don Julio F. Escobar, autor de numerosas piezas de teatro, ha estrenado una más con el título del epígrafe, por cierto alarmista y policial o poco menos. Avezado escritor teatral, no ignora que el título de una obra es algo importante para determinar expectación en el público, que en este sentido se impresiona fácilmente, como le impresiona el cuadro que en una exposición ostenta un valioso marco, aunque la tela no sea una cosa excepcional.

Es así como la sala del Buenos Aires estaba repleta la noche del estreno, efectuado en la última sección. Había, pues, triunfando el truco, como triunfó también la obra, bien que no resulte nada extraordinario.

"Un escándalo en Mar del Plata" es la historietita de un matrimonio. Un caballero inglés y su esposa una criolla, viven felices y pasan una temporada estival en el balneario marplatense. Allí reconoce en la mujer a una antigua tertuliana de cabaret, cierto veraneante de la aristocrática playa. Entre este personaje y el inglés se suscita un incidente, que parece tendrá proyecciones en el campo llamado del honor. Pero la madre se enreda, pues una hermana del veraneante, y jugadora empedernida, suele ser provista generosa y desinteresadamente de fondos por el inglés y éste, en un momento dado, hace ver a aquél que el lance caballeresco no salvaría nada, ya que la virtud de esa muchacha depende de él.

Como en las buenas comedias amables, todo termina satisfactoriamente. El caballero británico perdona a su cónyuge la ocultación de su turbio pretérito, la pecadora queda redimida y más enamorada aún de su amantísimo esposo.

El actor Muñio, en el papel protagonista, se desempeñó con mucha eficacia, siendo bien secundado por la señora Conti y demás elementos de su compañía.

LA OPERETA "LA TERESINA", DE STRAUSS, GUSTO MUCHO EN EL AVENIDA

La compañía "Plus Ultra" nos dió a conocer otra interesante novedad, de las varias que ya nos ofreció en su temporada, bien proficua por cierto. Ya hemos consignado en anteriores ediciones el acierto de la empresa en la elección de las operetas "Ketty" y "El Muñeco", dos obras muy agradables, de divertido argumento y agradable música. Ahora, con el estreno de "La Teresina", del famoso maestro Oscar Strauss, opereta que en el viejo mundo se viene repitiendo con singular fortuna, debemos reafirmarnos en lo ya dicho.

El libreto, original de Schanzaer y Wellack, traducido al castellano por los señores Ricardo Cappenberg y Julio F. Escobar, gira en torno de la supuesta infidelidad de la cantante Teresina, artista perteneciente a una troupe de saltimbanquis y casada con el conde de Lafayette, quien ya en París y viviendo entre las gentes de la corte de Napoleón, prescinde de sus deberes de esposo, atraído por la vida cortesana. Teresina, cónyuge leal, juega una mala pasada aparente a su marido, acudiendo a una cita del emperador, el cual está enamorado de la cantante. Cuando Lafayette, sintiéndose deshonrado, averigua la verdad, resulta que nada ha pasado.

La música de Strauss ilustra los momentos más interesantes del libro y da motivo al maestro austriaco a componer bellos números de elegante armonía que el público supo apreciar debidamente, exigiendo el bis en algunos de ellos. Es una música fresca, rica de inspiración, que traduce muy bien las escenas culminantes.

"AGENCIA MATRIMONIAL", DE EMILIO BASTIDA, EN EL SMART

No es, desde luego, esta farsa de Emilio Bastida, más que una pieza jocosa, a ratos inverosímil y a veces grotesca, destinada a divertir al público durante una hora, sin tener en cuenta la originalidad de los recursos ni otra prevención que la que resulta de conocer mucho teatro y muy bien al auditorio. Bastida es autor experto y que puede permitirse la aventura de escribir una pieza con un tema trivial dejando librada a las ocurrencias que surjan al hilo de su desarrollo, los efectos cómicos necesarios para distraer y alegrar a una concurrencia fácil como es la del teatro por horas.

Dentro de estos contornos, "Agencia matrimonial" no es ni mejor ni peor que otras mil piezas del mismo género y tendencia, que han desempeñado cumplidamente su cometido pernociando treinta o cuarenta veces y pasando después a esa enorme fosa común donde yacen para "in eternum" en justo olvido, la mayor parte de nuestros sainetes en un acto.

EL TEATRO CRÍTICA-GLOSAS-HUMORISMO

Pepe Rattí, que asumió las funciones de agenciero matrimonial, sacó todo el partido posible de su papel al que dió la movilidad y travesura necesarias para su eficacia. Chela Cordero, hizo una simpática y graciosa secretaria, dentro de los reducidos límites orales de su rol. Los demás cumplieron correctamente, dando un conjunto equilibrado que agradó.

"VALENCIA", de BOTTA, DUPUY DE LOME, OSSORIO Y EL MAESTRO DE BASSI, EN LA COMEDIA

Con buena fortuna dió a conocer la compañía de la Comedia esta nueva revista, en la que los proveedores de esa sala han continuado cultivando el aspecto del género que les ha dado éxito en anteriores producciones y que consiste en presentar cuadros de prosa o verso en los que se explotan con acierto y eficacia sucesos de actualidad nacional o extranjera. En esta forma las revistas de la Comedia tienen un marcado sabor local, ya que en todo momento las referencias, alusiones y chistes giran en torno de motivos familiares al público, lo que aumenta el resultado jocoso que se busca.

El diálogo no es esmerado y que la lógica no preside su desenvolvimiento, como si hubiera sido escrita sin preocupaciones. Posiblemente, el señor Vázquez quiso escribir una obra de esas que ahora se clasifican de grotescas, y el ensayo no ha sido feliz.

La protagonista, una gallega inmigrante que viene al país con nobles propósitos y para lograrlos acepta situaciones de farsa, pierdo, a poco que actúa, su perfil humano y se torna un muñeco manejado a gusto y capricho por el autor. Falta, por tanto, en la pieza del señor Vázquez, una de las cosas que más debe cuidarse en una producción escénica: calor de humanidad. Por lo demás, como ya lo apuntamos, tampoco tiene méritos literarios "Jesusa", que podrían en parte haber salvado sus defectos.

La señora Agueda, que encarnó el tipo de la gallega, comunicó mucho brío al personaje, gustando su interpretación al público. Lo mismo el actor Serrano.

PARRA EN LAS CANDILEJAS

Después de dos postergaciones impuestas por la conveniencia de restablecer su salud completamente, suponemos que a estas horas habrá reaparecido en su escenario familiar el gran actor que es

SE REPUSO EN EL MAYO: "QUE VIENE MI MARIDO"

La graciosa pieza de Arniches, que estrenara la Membrives en el San Martín años atrás, ha vuelto al cartel, repisada esta vez por el conjunto español Juárez-Sanjuán, que viene desarrollando tan interesante temporada en el Mayo. La festiva producción del prestigioso autor español, fué muy festejada por el público, que premió la labor de los intérpretes, especializándose con las primeras figuras de la compañía.

OTRA VEZ EN EL CANDELERO

El poeta salteño Juan Carlos Dávalos y su remolque literario (!) Ramón Serrano, se encuentran otra vez en plena actividad. A su éxito del Ateneo con "La tierra en armas", agregan ahora el estreno de otra pieza de ambiente norteño titulada "El ataja-camino", estrenada en el Liceo por la compañía de Blanca Podestá. De esta pieza nos ocuparemos en el número próximo, pero podemos anticipar a nuestros lectores que carezcan de tonada y de antecedentes de la ornitología norteña, que el ataja-camino es un pájaro que tiene la costumbre de salir al paso a los viajeros nocturnos, cruzándose en el camino como para no dejarlos avanzar. Nosotros ya teníamos noticias comprobadas de que ese pajarillo, en forma transfigurada y no con muchas plumas, sino con una sola, le está interceptando también el camino de la gloria al ingenuo poeta salteño. Ese pajarito es serrano, es decir, propio de las sierras.

UN BUEN EXITO EN EL APOLO

Los conocidos fabricantes del ramo, que constituyen la razón social Goicoechea and Cordone, han estrenado en el Apolo una farsa cómica titulada "El inventor del paraguas", en la que Arata y Morganti tienen destacados papeles, que saben aprovecharlos con toda eficacia.

En el número próximo nos ocuparemos detalladamente de esta pieza.

LOS YERNOS DE BENAVENTE

No se trata, claro está, de miembros de la familia del ilustre autor de "La noche del sábado", sino de su obra "Los nuevos yernos", cedida en exclusiva a la compañía de Camila Quiroga y que sin ser de lo mejor de Benavente, es una buena nota de arte intercalada en la temporada del Ateneo.

OTRA VEZ "MUSTAFA"

A pesar de ser una pieza representada centenares de veces, la reprise efectuada en el Nacional de la obra de Discépolo, ha sido muy bien recibida y se viene repitiendo con mucha afluencia de público. Hay que creer que las buenas piezas no envejecen.

EN EL PASAJE GÜEMES

La bombonera del Pasaje Güemes, teatro Florida, continúa en excelente tren su temporada de revistas ligeramente verdeantes, como anticipo de la lejána primavera, lo que no tiene nada de extraño dado el nombre poético y sugestivo que tiene esa sala. Las piezas en cartel gustan mucho y hacen reír al numeroso público que presencia las representaciones noche a noche. Se separó del elenco, no se sabe aún si provisional o definitivamente, la tiple Ada Falcón, llenando el vacío correspondiente Lucy Clori, que cosecha muchos aplausos.

GRAN SPLENDID

"El trapero", por Jackie Coogan, el pequeño y extraordinario actor, fué estrenada en este regio cine, preferido por las familias más distinguidas de nuestra sociedad.

En el curso de esta semana serán exhibidas notables películas, de marcas famosas, con bellos argumentos y gran "mise en scène".

CAPITOL

Muy concurridas se han visto las funciones realizadas en estos últimos días en el elegante cine de este nombre. "La mujer peligrosa", por Priscilla Dean, uno de los últimos estrenos, ha gustado sin reparos al público selecto que acude a esta sala.

CINE PARC

Ha sido designado administrador de esta bella sala cinematográfica, ubicada en la calle Santa Fe y Thames, el señor Ramón J. Lecuona, quien actuó últimamente en el Capitol. Con esta designación, que ha sido muy bien recibida, se pone al frente de un cine importante de Palermo, una persona culta y entendida en el ramo.

LAS VIRTUDES...

...no son más que una consecuencia directa o indirecta del respeto:

La "tolerancia" ¿no es el respeto de las opiniones y de las ideas ajenas?

La "educación" es el respeto a las conveniencias.

La "obediencia" es el respeto a la autoridad.

La "honradez" es el respeto a la propiedad.

La "compasión" es el respeto al sufrimiento.

La "pureza", la "decencia" son el respeto a nuestro cuerpo y al de los otros.

La "franqueza" es el respeto a la verdad.

La "gratitud" es el respeto al recuerdo de los beneficios recibidos y al sentimiento que inspira el bienhechor.

La "propia estimación" es el respeto del honor.

La "justicia" es el respeto de los derechos.

La "dignidad" es el respeto de sí mismo.

Entre los cuadros que alcanzaron mayor éxito, dentro de una muy favorable acogida general, merecen destacarse "Llegó Marinetti... Pif... Paff!", graciosa y espiritual sátira contra el futurismo, en la que Spaventa se revela como un actor cómico de recursos muy plausibles y originales; "Qué lance se tiró el tipo", cuadrillo de costumbres, es decir, de malas costumbres en el que la audacia y una feliz ocurrencia de un "donjuán", le proporcionan el logro de sus aspiraciones amorosas; "Carlitos calavera", donde con alusión a un cuadro de una revista anteriormente estrenada en el mismo teatro, se ofrece la oportunidad al actor Casaravilla y a la señora Pomar para desarrollar una escena de picaresca gracia; "La rendición de Abdel-Krim", cuadro un poco enfático pero que consigue dar una nota sentida y agradable y, finalmente, la apoteosis que sirve para el desfile del elemento femenino ataviado con trajes lujosos y de buen gusto que ponen una simpática nota final a la pieza.

LA NOVEDAD DEL SARMIENTO: "JESUSA", DE JOSE M. VAZQUEZ

Por segunda vez, estrena este año en el Sarmiento el señor José M. Vázquez, quien logró un buen éxito con "Problemitas", su obra anterior. Esta vez, hay que reconocerlo, el referido autor se ha dormido un tanto sobre sus flamencos laureles literarios, pues "Jesusa" no acusa progreso sobre su trabajo precedente y hasta podría afirmarse que es un retroceso. Se echa de ver que la pieza carece de situaciones teatrales, que

Parravicini y que hará las delicias de los concurrentes, con la desopilante pieza "Aventuras y desventuras del indio Pilú-Pilú", que tradujo y adaptó con verdadero acierto.

Ello traerá mil y una satisfacciones a los millares de admiradores del gran bufo, ya que casi no se concibe en Buenos Aires el teatro sin Parra.

PALPITANDO

Este popular porteñismo lo practican en el Maipo con motivo de cada estreno de revista. El título es siempre un misterio y sólo se revela después de muchos cabileos. Hay allí en preparación una revista nueva que saldrá a luz en los primeros días de julio. Se ignora su nombre. Brindamos el palpito a nuestros lectores mientras persisten en el cartel "En el Maipo no hace frío" y "Lo que gusta a las mujeres".

Conviene apurarse en la solución, porque los ensayos de la nueva pieza andan ya muy adelantados y de un momento a otro se revelará el título.

REFUNDICION

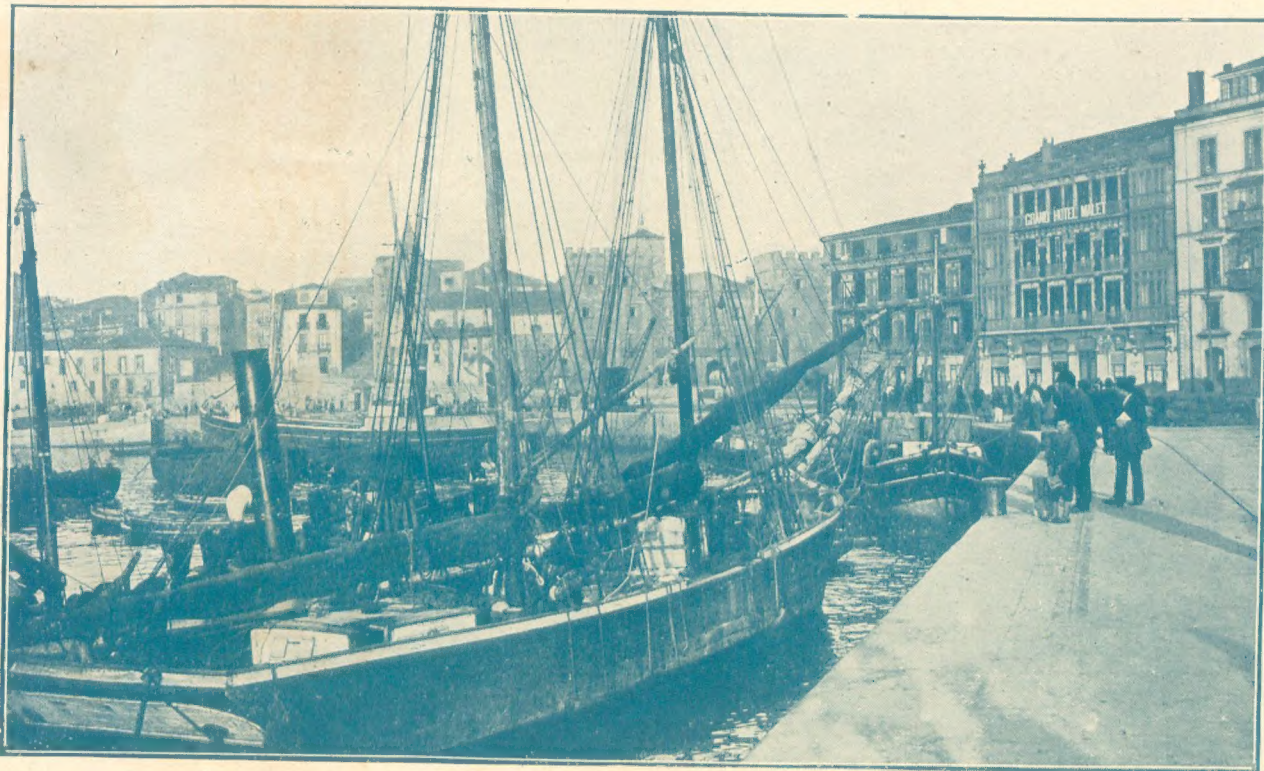
En el San Martín han echado a la cacerola las revistas más viejas de su repertorio de la actual temporada y han cocinado con ellas una nueva, titulada "No sé con cuál quedarme", que está dando excelentes resultados. Con este plato y "Vengan todos a oír esta milonga", las populares diarias del San Martín tienen mucho más éxito que los lamentables espectáculos de la famosa Comisión de la Liga de las Naciones.



*De la España
pintoresca
GIJON*



El renombrado palacio de los condes de Revillagigedo, una de las más notables curiosidades arquitectónicas de España.



Perspectiva de uno de los viejos muelles del puerto de Gijón.



Un lugar arcaico de la ciudad:
el camino de la Pescadería.





Realce su Belleza

aplicando a su cutis el delicioso Polvo Graseoso
Leichner de sutil fragancia y fácil adherencia,
que hará resaltar en su rostro y escote la
lozanía de la juventud, en una tez suave,
sedosa y perfumada.



POLVO GRASEOSO LEICHNER

*Al enviar los cupones contenidos en las cajas
no olvide de certificar su carta, de lo contrario
se expone a perder un obsequio de gran valor.*